

**CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA,**

**9**

**Conferencias de Historia Habanera.**

**1ª Serie: Habaneros Ilustres.**



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador

# **CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA**

**Dirigidos por**

**Emilio Roig de Leuchsenring**

**Historiador de la Ciudad de La Habana**

**9**

---

## **CONFERENCIAS DE HISTORIA HABANERA**

### **1ª. SERIE: HABANEROS ILUSTRES**

**I**

**Nicolás M. Escovedo, el ciego que vió claro,  
por Emeterio S. Santovenia.**

**Pozos Dulces, el inútil vidente,  
por José Antonio Ramos.**

**Rafael Ma. de Mendive, el maestro de Martí,  
por Félix Lizaso.**

**A. Suárez y Romero, el cantor de la  
naturaleza guajira,  
por Manuel I. Mesa Rodríguez.**

**El compositor y pianista N. Ruiz Espadero,  
por José Luis Vidaurreta.**



---

**MUNICIPIO DE LA HABANA**  
**Administración del Alcalde**  
**Dr. Antonio Beruff Mendieta**

**1937**

**Patrimonio Documental**  
OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# Nota preliminar.

*Iniciamos en este Cuaderno la publicación de la primera serie, consagrada a Habaneros Ilustres, de las Conferencias de Historia Habanera, que por nosotros organizadas, a iniciativa del Alcalde, doctor Antonio Beruff Mendieta, se celebraron en el Palacio Municipal de La Habana, todos los miércoles, a las 9 p. m., desde el 4 de noviembre de 1936 al 31 de marzo de 1937.*

*En el presente Cuaderno aparecen las conferencias primera, segunda, cuarta, sexta y séptima de dicha serie, o sean las pronunciadas, respectivamente, por los señores Emeterio S. Santovenia, sobre Nicolás M. Escovedo, el ciego que vió claro; José Antonio Ramos, sobre Pozos Dulces, el inútil vidente; Félix Lizaso, sobre Rafael M<sup>a</sup> Mendive, el maestro de Martí; Manuel I. Mesa Rodríguez, sobre Anselmo Suárez y Romero, el cantor de la naturaleza guajira; y José Luis Vidaurreta, sobre El compositor y pianista Nicolás Ruiz Espadero.*

*La tercera conferencia — Máximo Gómez, su ideología político-revolucionaria, por Emilio Roig de Leuchsenring—fué editada en el Cuaderno número 7—Ideario Cubano: Máximo Gómez—, publicado en 18 de noviembre del pasado año como homenaje del Municipio de La Habana al Generalísimo del Ejército Libertador en el centenario de su nacimiento. Y la quinta conferencia— Juan Francisco Manzano, el poeta esclavo y su tiempo, por José L. Franco—vió la luz en el Cuaderno número 8: Autobiografía, Cartas y Versos de Juan Francisco Manzano.*

*Las demás conferencias serán editadas en grupos de cuatro o cinco en cada Cuaderno, excepto la décima, del señor Francisco González del Valle: José de la Luz y Caballero y la orientación*

de sus enseñanzas, *que ha de editarse en Cuaderno aparte consagrado a recoger los Aforismos de José de la Luz y Caballero, de la colección completa y en gran parte inédita que se conserva en la Biblioteca Nacional.*

*Precede a las cinco conferencias recopiladas en este Cuaderno la relación completa de todas las de la primera serie: Habaneros Ilustres, con los programas de los Conciertos de Música Cubana, ejecutados por la Banda Municipal, con que fueron amenizadas cada una de ellas; así como también las palabras que pronunciaron el Alcalde de La Habana y el Historiador de la Ciudad en el acto inaugural de la referida serie.*

EMILIO ROIG DE LEUCHSENBRING,  
*Historiador de la Ciudad de La Habana.*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# **Conferencias de Historia Habanera.**

## **1ª Serie: Habaneros Ilustres.**

### **Conciertos de Música Cubana.**

1ª—Noviembre 4, 1936.

NICOLÁS M. ESCOVEDO, EL CIEGO QUE VIÓ CLARO,  
por Emeterio S. Santovenia.

*Programa del concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: La Bella Cubana, J. White.—3: Ojos Criollos, J. M. Gottschalk.—4: El Sufrimiento, (Canción), J. M. Jiménez.—5: Riendo y Llorando, J. Ancker-mann.—6: No me Toques, (Danza), I. Cervantes.

2ª—Noviembre 11.

POZOS DULCES, EL INÚTIL VIDENTE,  
por José Antonio Ramos.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: Música Cubana, (Pot-pourri), E. Reynoso.—3: El Pensamiento, (Danza), J. White.—4: La Glorieta, (Danza), I. Cervantes.—5: Mirame Así, E. Sánchez de Fuentes.—6: La Corina, (Canción de 1829).

3ª—Noviembre 18. Homenaje al Generalísimo del Ejército Liber-tador en el Centenario de su Nacimiento.

MÁXIMO GÓMEZ: SU IDEOLOGÍA POLÍTICO-REVOLUCIONARIA,  
por Emilio Roig de Leuchsenring.

*Programa del concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: Toques Militares Mam-bises (Compuestos en la Guerra de Yara por Eduardo Agramonte

y Piña y transcritos por el Teniente Músico José Alvarez, según los tocaba en la Guerra del 95 el Corneta de Ordenes del Generalísimo Máximo Gómez, comandante José Cruz).—3: La Bayamesa, (Canción popular, música de Carlos Manuel de Céspedes y Francisco Castillo).—4: Canto de Guerra, G. M. Tomás.—5: La Profecía de Heredia, (La más antigua canción patriótica cubana).—6: Himno Invasor, E. L. del Castillo.

4ª—Noviembre 25.

RAFAEL MA. DE MENDIVE, EL MAESTRO DE MARTÍ,  
por Félix Lizaso.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: Amor y Patria, (Criolla), M. Fraga.—3: Dime que Sí, (Danza), J. M. Gottschalk.—4: Zapateo Cubano.—5: Cuba, (Habanera), E. Sánchez de Fuentes.—6: Himno a la Libertad, Sánchez de Fuentes-Tomás.

5ª—Diciembre 2.

JUAN FRANCISCO MANZANO, EL POETA ESCLAVO Y SU TIEMPO,  
por José L. Franco.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: El Sungambelo, (Guaracha de 1813).—3: Danza Lucumí, A. García Caturla.—4: El Sufrimiento, (Canción), J. M. Jiménez.—5: So tu boca ma freca, (Guaracha de 1878).—6: Danza de los tres golpes, I. Cervantes.

6ª—Diciembre 9.

ANSELMO SUÁREZ Y ROMERO, EL CANTOR DE LA NATURALEZA GUAJIRA,  
por Manuel I. Mesa Rodríguez.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: Barcarola, A. Rodríguez Ferrer.—3: Zapateo Cubano.—4: El Prisma. (Contradanza 1846), Manuel Raúl de Sanguily.—5: Los ojos azules (1846), José Sierra.—6: Potpourri cubano, J. Marín Varona.

7ª—Diciembre 16.

EL COMPOSITOR Y PIANISTA NICOLÁS RUIZ ESPADERO,  
por José Luis Vidaurreta.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: Scherzo Capriccioso (Transcripción de G. M. Tomás), I. Cervantes.—3: Canto del esclave, N. Ruiz Espadero.—4: Scherzo, Cecilia Arizti.—5: Preludio, I. Cervantes.—6: La Bella Cubana, J. White.

8ª—Diciembre 23.

MIGUEL ALDAMA, O LA DIGNIDAD PATRIÓTICA,  
por Joaquín Llaverías.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: (A) La Pendencia, (contradanza), M. Saumell.—(B) La Nené, (contradanza), M. Saumell.—3: La Separación, (Vals).—4: Canto de Libertad, Sánchez, de Fuentes-Tomás.—5: Romántica, Cecilia Arizti.—6: Canto a Cuba, Santacilia.

9ª—Diciembre 30.

LORENZO MELÉNDEZ, O EL NEGRO EN LA EDUCACIÓN CUBANA,  
por Salvador García Agüero.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: El Sungambelo, (Guaracha de 1813).—3: La Candelita, Lauro Fuentes Matons.—4: Recitación a Solas, A. Roldán.—5: La dulce piña, (danza de 1836), 6: Nena, (polka), S. Güell.

10ª—Enero 6, 1937.

JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO Y LA ORIENTACIÓN DE SUS ENSEÑANZAS,  
por Francisco González del Valle.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: Sobre las Aguas del Bayamo, Lauro Fuentes Matons.—3: El Conde Alarcos, M. del Monte.—4: Cobardía, (canción), E. Delfín.—5: La Mano.—6: Danza Hierática de la ópera indígena *Quiché Vinak*, Jesús Castillo.



11<sup>a</sup>—Enero 13.

ANTONIO BACHILLER Y MORALES, EL PADRE DE LA BIBLIOGRAFÍA  
CUBANA,  
por Fermín Peraza.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: Duelo (Elegía Musical dedicada por la "Revista Ilustrada", de New York en enero de 1889 a los deudos del sabio hispanoamericano Antonio Bachiller y Morales).—3: Ojos Brujos (Capricho cubano), G. Roig.—4: La Piñata, M. Saumell.—5: El Pensamiento, J. White.—6: Vuelta al hogar, I. Cervantes.

12<sup>a</sup>—Enero 20.

FELIPE POEY, EL MÁXIMO NATURALISTA DE HISPANOAMÉRICA,  
por Mario Sánchez Roig.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: Cuba, (Habanera), Sánchez de Fuentes.—3: Barcarola, A. Rodríguez Ferrer.—4: Danza Cubana, I. Cervantes.—5: Las Bodas, M. Saumell.—6: Gavota, L. Fuentes.

13<sup>a</sup>—Enero 27.

MUERTE Y EXEQUIAS DE MARTÍ,  
por Gerardo Castellanos G.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: El negro bueno.—3: Himno a Martí, Gaspar Agüero.—4: Danza de los tres golpes, I. Cervantes.—5: Canto del esclavo, N. Ruiz Espadero.—6: La Separación, (Danza), I. Cervantes.—7: La Bayamesa, (Canción popular, música de Carlos Manuel de Céspedes y Francisco Castillo).

14<sup>a</sup>—Febrero 3.

JOSÉ SILVERIO JORRÍN, O LA TIMIDEZ POLÍTICA,  
por Elías Entralgo.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: A unos ojos, (Criolla), María de La Torre de Delmonte.—3: ¡Arriba criollo!, (Mar-

cha cubana), José White.—4: Gavota, J. Anckermann.—5: Barcarola, A. Rodríguez Ferrer.—6: El sufrimiento, (Canción), J. M. Jiménez.

15ª—Febrero 10.

ANGUSTIA Y EVASIÓN DE JULIÁN DEL CASAL,  
por José A. Portuondo.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: Saludo a Cuba (Contradanza), M. Saumell.—3: Los ojos azules, (Contradanza, 1846), José Sierra.—4: Vuelta al hogar, I. Cervantes.—5: Amor y Patria, (Criolla), M. Fraga.—6: Scherzo Op. 10, Cecilia Arizti.

16ª—Febrero 17.

VICENTE ESCOBAR, UNO DE LOS PRECURSORES DE LA PINTURA EN  
CUBA,  
por Evelio Govantes.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: Sones de mi tierra, (Potpourri), E. Reynoso.—3: Sobre las aguas del Bayamo, (Barcarola), Lauro Fuentes Matons.—4: Pequeño poema, Arturo Bonachea.—5: Novelita, (Danza), Marín Varona.—6: Zapateo Cubano.

17ª—Marzo 3.

FÉLIX VARELA, EL PRIMERO QUE NOS ENSEÑÓ A PENSAR,  
por Roberto Agramonte.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: La Profecía de Heredia, (la más antigua canción patriótica cubana).—3: Himno a la Libertad, Sánchez de Fuentes-Tomás.—4: El Prisma, (Contra-

danza, 1846), Manuel Raúl de Sanguily.—5: Canto a Cuba, Santacilia.—6: Danza Cubana, I. Cervantes .

18ª—Marzo 10.

ANTONIO MEDINA, EL DON PEPE DE LA RAZA DE COLOR,  
por Angelina Edreira de Caballero.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: So tu boca ma freeca, (Guaracha de 1870).—3: A. El negro bueno, (Guaracha); B. Juana Chambicú, (Guaracha); C. El negro Rafael, (Guaracha).—4: La Corina, (Canción de 1820).—5: Danza lucumí, A. García Caturla.—6: Danza del tambor, A. García Caturla. (Estas dos danzas han sido instrumentadas para banda, expresamente para este concierto, por su autor.)

19ª—Marzo 17.

JUANA BORRERO, LA ADOLESCENTE ATORMENTADA,  
por Angel I. Augier.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: Gavota, Laureano Fuentes.—3: Romántica, (Melodía), Cecilia Arizti.—4: Las Bodas, (Contradanza), M. Saumell.—5: El esbelto talle de S., (Danza de 1838.—6: Divagaciones, (Preludio), V. D. Agostini.

20ª—Marzo 24.

JOSÉ MANUEL MESTRE, LA FILOSOFÍA EN LA HABANA,  
por Carlos Rafael Rodríguez.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: Lanceros, Víctor Pacheco.—3: El Pensamiento, (Danza), J. White.—4: Amor y Patria, (Criolla), M. Fraga.—5: Scherzo, (Transcripción de G. Tomás), I. Cervantes.—6: Potpourri, Marín Varona.

21<sup>a</sup>— Marzo 31.

FRANCISCO DE ARANGO Y PARREÑO, INTERPRETACIÓN DE LA REALIDAD  
ECONÓMICA DE CUBA,  
por Enrique Gay-Calbó.

*Programa del Concierto:*

1: Himno Nacional, P. Figueredo.—2: La Glorieta, (Danza),  
I. Cervantes.—3: Ayer y Hoy, (Potpourri), E. Reynoso.—4:  
Mírame Así, (Habanera), E. Sánchez de Fuentes.—5: Preludio,  
I. Cervantes.—6: La Bella Cubana, J. White.



# **Palabras del Alcalde de La Habana, Dr. Antonio Beruff Mendieta, en el acto inaugural de las Conferencias de Historia Habanera. (\*)**

Como Alcalde Municipal correspóndeme decir unas palabras en el inicio de esta magnífica obra de divulgación cultural, animada y dirigida por el Historiador de la Ciudad Dr. Roig de Leuchsenring, obra que con toda la enorme trascendencia que no ha de tardar en serle reconocida, no constituye para mí sino el punto de partida de cuanto me propongo realizar en beneficio del pueblo de La Habana, en este orden de cosas. Nuestro país necesita que actos como el que propicia esta noche el Municipio se prodiguen. Por muchos años su espíritu progresista estuvo contenido por un régimen de fuerza, y todas sus energías se enderezaron a derribar ese régimen y a restablecer las libertades públicas. La clausura prolongada de sus más altos centros docentes, la persecución de sus intelectuales más destacados y la exclusiva consagración de éstos al combate sin tregua contra la Dictadura, determinaron el estancamiento de nuestra cultura, y sólo podremos reparar el daño sufrido, multiplicando actos como éste, destinados a ejercer su benéfica influencia, no sobre grupos minoritarios, sino sobre las masas, que es necesario incorporar a este movimiento de superación intelectual. Nos hemos decidido a vivir bajo el imperio de la Democracia, y el gobierno del pueblo por el pueblo no puede ser perfecto entre nosotros, si no elevamos sobre la marcha su nivel de cultura; si no le hacemos apto para el ejercicio ordenado y consciente del poder.

---

(\*) Tuvo lugar en el Palacio Municipal, la noche del 4 de noviembre de 1936.

La hermosura de este acto consiste para mí en que las puertas del Palacio Municipal, abiertas hasta ahora sólo para recibir a los contribuyentes y a los políticos, se abren de par en par para que el pueblo participe de los beneficios de la cultura, para que se le enseñe por los más altos intelectuales de la hora presente, en qué forma el Padre Varela, Arango y Parreño, Luz y Caballero, Poey, Bachiller y Morales, y tantos otros pioneros de la ciclópea tarea de romper los viejos moldes de los conquistadores, lucharon por incorporar la colonia olvidada al ritmo de la civilización de su época. Desde esta tribuna se enseñará a la masa a creer en sus propios destinos y a conocer su propia fuerza, descubriéndole la grandeza de hombres brotados de su seno, como Meléndez, Manzano y Antonio Medina, y se le ilustrará sobre la esencia revolucionaria del pensamiento político de sus libertadores, Máximo Gómez y José Martí. En nombre de este pueblo, yo doy las gracias a los ilustres conferenciantes que nos han ofrecido su concurso para tan hermosa obra.

Me he propuesto ser breve, porque supongo al auditorio ávido de escuchar la sabia palabra del Dr. Santovenia. No quiero terminar, sin embargo, sin dirigirme desde esta tribuna a los Alcaldes de los grandes centros urbanos de la República para sugerirles la conveniencia de imitar el ejemplo de nuestro Municipio. El examen público de la personalidad científica, artística o literaria de los hijos más insignes de cada término, puede constituir un serio aporte al estudio de la historia nacional y contribuir indiscutiblemente a que la cultura penetre hasta las capas más bajas de la sociedad cubana, generalizando el conocimiento de los esfuerzos realizados para hacer de un pueblo rudo e híbrido de colonizadores, aborígenes y esclavos, una nación civilizada y amante del progreso. Para que un pueblo marche hacia el porvenir a paso de vencedor, es indispensable que su pasado no constituya casi un secreto para él.



# **Palabras del Historiador de la Ciudad, Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, en el acto inaugural de las Conferencias de Historia Habanera.**

La historia de estas *Conferencias de Historia Habanera* queda expresada en las palabras que acaba de pronunciar nuestro Alcalde, el doctor Antonio Beruff Mendieta. Consignada en su programa de gobierno municipal como uno de los primordiales e ineludibles deberes de los ciudadanos que, investidos de autoridad por el voto del pueblo, regirían los destinos nacionales al restaurarse la vida constitucional en la República, la urgente implantación de disposiciones que elevasen el nivel cultural del país, apenas ocupó el Dr. Beruff Mendieta la primera magistratura de la Ciudad, se dispuso a hacer buena, con hechos, esa promesa, realizando así, no sólo el cumplimiento de lo que consideraba un deber de gobernante, sino también la satisfacción de un sincero y hondo anhelo personal.

Y creo indispensable esclarecer que estas afirmaciones no son las rituales palabras de cortesía al funcionario, tan huecas como hipócritas y serviles, y de que tanto se usa y abusa en actos de naturaleza análoga al presente, sino la estricta y cabal expresión de la verdad. Y yo, que por temperamento y carácter, he sido siempre crítico implacablemente justiciero de nuestros hombres públicos, aprovecho esta oportunidad para reconocer y proclamar el interés que en todo momento ha revelado el doctor Beruff Mendieta por nuestro progreso educativo y cultural, ya pidiendo, antes de su elección, orientaciones y consejos a instituciones representativas de los más vitales intereses de nuestro país y a hombres que juzgó de acreditada y permanente consagración a los valores de

la cultura; ya en la Alcaldía, acogiendo y viabilizando cuantas iniciativas contribuyeran al mejoramiento, en lo educativo y cultural, de nuestro pueblo.

Así, puedo decir, porque es verdad plenamente comprobada, que en el desempeño de mi puesto de Historiador de la Ciudad he recibido del doctor Beruff Mendieta cálida acogida y entusiasta protección para llevar adelante todos aquellos proyectos que, relacionados con las funciones propias de mi cargo, le he presentado; con esta particularidad, muy digna de mencionarse: que, rompiendo con la fatua línea de conducta adoptada por casi todos nuestros gobernantes, de echar a un lado, no continuándolas, aquellas buenas obras comenzadas por sus antecesores, para emprender otras, sin más razones que anotarse la gloria de la iniciativa personal, muy por el contrario, el doctor Beruff Mendieta no ha puesto reparo alguno a que su administración continuase y mejorase los *Cuadernos de Historia Habanera*, comenzados a publicar por la administración anterior, consignando al efecto en los presupuestos municipales un crédito especial, de que antes no gozaron, para editarlos y repartirlos gratuitamente a cuantos los solicitaren hasta cubrir el cupo de la tirada ordinaria—5,000 ejemplares, el más alto tiraje de libro alguno en nuestra República.

Atención preferente ha prestado también el actual Alcalde a ese tesoro histórico que representan los Libros de Actas del Cabildo habanero, conservados en los archivos municipales.

Las Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana que se guardan en el Archivo de este Municipio, comienzan desde 30 de julio de 1550, por haberse perdido los Libros de Cabildos anteriores a esa fecha, cuando el incendio de la población por el pirata francés Jacques de Sores, en 1555, hasta los días finales de la dominación española; existiendo también, desde luego, los correspondientes al período de la ocupación militar norteamericana y a la época republicana.

Dicho Libros de Cabildos contienen datos, antecedentes y documentos, en su mayor parte inéditos y desconocidos, de valor inapreciable para el esclarecimiento de la historia colonial, no sólo de La Habana, sino asimismo de toda la Isla, ya que el Ayuntamiento habanero en los primeros tiempos de la colonización abarcaba todos los poderes, ejecutivo, legislativo y judicial, presi-



diendo normalmente sus cabildos el gobernador, y en todas las épocas, como residencia que fué esta ciudad de las máximas autoridades políticas, administrativas, judiciales y eclesiásticas, desarrolló siempre este Cabildo poderosa vitalidad, y las actas de sus sesiones tienen por ello trascendencia histórica excepcional.

Por todas estas razones, la publicación de los Libros de Actas del Cabildo Habanero representará, sin duda alguna, el más valioso e indispensable aporte documental a la historia de La Habana y de la Isla, que ha de reportar extraordinaria utilidad a los historiadores nacionales y extranjeros y será de general provecho educativo y cultural.

Cada uno de los volúmenes que se editen de las Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana contendrá la transcripción íntegra de éstas, precedida de un estudio histórico redactado por mí sobre la época correspondiente al volumen de que se trate, según hice al publicar, en 1929, el Libro de Cabildos perteneciente al período de la dominación inglesa en La Habana.

Consignadas en presupuesto por el doctor Beruff Mendieta las cantidades necesarias para la publicación anual de dos volúmenes de las Actas Capitulares del Ayuntamiento, el primero de ellos se encuentra ya en prensa y comprenderá las actas correspondientes a los años de 1550 a 1565, y en ellas encontrarán los lectores, recogida en sus más minuciosos detalles, la vida habanera de tan remota y desconocida época, con datos valiosísimos, no sólo referentes a las disposiciones oficiales sobre gobierno y administración de La Habana y de la Isla y sus relaciones con la metrópoli, sino también acerca del comercio, industria, obras públicas, beneficencia, propiedad, concesiones, privilegios, profesiones, cultos religiosos, costumbres, disposiciones sobre indios y negros esclavos, etc., etc. Este primer volumen, como los siguientes, estará ilustrado con reproducciones fotográficas de documentos, grabados y retratos de la época.

Consciente de la necesidad y trascendencia que para los pueblos todos, y singularmente para el cubano, tiene el conocimiento de la historia nacional, y consagrado desde hace largos años al estudio de la historia de nuestro país, he pensado siempre que la misión del historiador, y mucho más de quien, como yo, desempeña el cargo de Historiador de la Ciudad de La Habana, no debe circunscribirse a la investigación de antecedentes, hechos, infor-

mes y documentos históricos, y a la publicación de los mismos y de estudios sobre personajes o acontecimientos de influencia decisiva en el progreso educativo de los pueblos, y a la conservación de objetos y monumentos que, significando recuerdos estimables de épocas y hombres del pasado, a veces nos den la clave de alguna verdad histórica con aquéllas o éstos relacionada, sino que las actividades del historiador deben extenderse, además, sobre todo en países como Cuba en que su historia está por escribir, a despertar el interés y el entusiasmo por los estudios históricos, prestando apoyo decisivo a las iniciativas individuales o colectivas en pro del desenvolvimiento de los mismos.

Consecuente con esta manera de pensar, acogí con todo calor y entusiasmo el brillantísimo proyecto concebido hace tiempo por el Instituto Popular del Aire, de ofrecer a nuestro pueblo un *Curso de Introducción a la Historia de Cuba*, cuyas lecciones, en vez de ser dictadas oralmente a un corto número de personas, podrían recibirlas, mediante su trasmisión por radio, cuantos así lo desearan en toda la República.

Paralizada la realización de ese proyecto por la carencia de los medios económicos adecuados, me comprometí con los directores del Instituto Popular del Aire a lograr del señor Alcalde Municipal su apoyo y protección al mismo, y en efecto, apenas expuse al doctor Beruff Mendieta las líneas generales de ese plan, convencido e identificado con las altas y nobles finalidades culturales y cívicas que perseguían sus iniciadores, le impartió su aprobación, dando las órdenes oportunas a fin de que la Administración Municipal sufragase los gastos calculados por el Instituto Popular del Aire como costo de trasmisión, propaganda, etc., de las 36 lecciones de que se compone el Curso de Introducción a la Historia de Cuba, las que, a cargo de distinguidos profesores de reconocida dedicación y competencia en las disciplinas históricas, desde el día 10 del pasado mes se están radiando, todos los martes y sábados, de 8 a 9 de la noche, en los estudios de la radioemisora C. M. C. Y., y serán publicadas posteriormente en los *Cuadernos de Historia Habanera*.

A intensificar y completar todos esos empeños culturales vienen ahora estas *Conferencias de Historia Habanera*, cuya primera serie, consagrada a *Habaneros Ilustres*, estamos inaugurando.

La exposición, por nuestras más destacadas personalidades intelectuales de la hora presente, de la vida y la obra de los habaneros ilustres que figuran en esta serie de conferencias, no sólo ha de servir para que nuestro pueblo recuerde o conozca la actuación ejemplar de esos próceres esclarecidos que han figurado con relieve en las letras, las ciencias, las artes y la enseñanza, o como benefactores públicos, o como mantenedores y defensores de la independencia de Cuba, sino también para que, recordándolos o conociéndolos, se convenza de que nuestra patria, pequeña y débil, es grande y fuerte por la grandeza y fortaleza que le supieron dar con sus vidas ejemplares estos habaneros ilustres; y que no es necesario ir a buscar a otras tierras, ejemplos de virtudes cívicas, de desinterés y de sacrificio, de integridad moral, de firmeza de principios, de austeridad privada y pública, de honradez y de laboriosidad, ni tampoco se requiere importar de otros países doctrinas y enseñanzas para el buen gobierno y administración de nuestra República, sino que volviendo un poco la vista al pasado y recorriendo las páginas de la historia patria, encontraremos hombres justa e imparcialmente merecedores de nuestro respeto, nuestra admiración y nuestra gratitud, por el ejemplo de sus vidas y porque nos legaron, con sus obras, el tesoro preciadísimo de acuciosas investigaciones y profundos estudios sobre nuestros problemas políticos, económicos y sociales, que constituyen normas admirables para el cabal desenvolvimiento de la República, en los días presentes y en el mañana.

Esas vidas de *Habaneros Ilustres*, presentadas con la imparcial severidad de juicio con que seguramente lo harán los conferenciantes de esta serie histórica, han de constituir elocuentísimas lecciones de cubanidad, tan necesarias y útiles en la hora crítica que atraviesa nuestro pueblo. Y llevando a éste a imitar las virtudes de aquellos preclaros compatriotas y a poner en práctica, adaptándolas a nuestro tiempo y a nuestras necesidades actuales, sus enseñanzas y doctrinas, contribuirán, sin duda, a la formación de una verdadera conciencia nacional, base indispensable para que los pueblos no arrastren la existencia inalterablemente estancada y mezquina de las tribus salvajes, sino que disfruten de esa perenne renovación, reveladora de un anhelo jamás satisfecho de progreso y mejoramiento, que caracteriza a los pueblos verdaderamente civilizados y cultos.

# **Nicolás M. Escovedo, el ciego que vió claro,**

**por Emeterio S. Santovenia.**

Nicolás Manuel de Escovedo y Rivero fué habanero no sólo por su nacimiento, ocurrido aquí el 10 de septiembre de 1795. Habanero fué también por el medio dentro del cual creció, se educó, modeló su carácter e intervino en la vida pública.

A los diecisiete años era bachiller. A los veinte estaba graduado en Filosofía y en Derecho. Dejó la condición de alumno para adquirir en seguida la de profesor. En la Universidad de La Habana obtuvo la cátedra de Texto Aristotélico. Casi al mismo tiempo apuntó en él la inclinación a intervenir en los destinos colectivos de su patria. En 1817, nada menos que por un ministro o director de la policía de Madrid, se indagaba la conducta de Escovedo, denunciando como sospechoso de ser liberal revolucionario.

En competencia intelectual con Varela y Saco, participó en las oposiciones convocadas para proveer la cátedra de Constitución, inventada en La Habana por iniciativa del obispo Espada y Landa. Varela alcanzó el primer lugar en aquellos ejercicios, pero, al ausentarse de La Habana con motivo de su elección de diputado a las Cortes españolas, quedó sustituyéndole Escovedo. Corría la segunda época de vigencia del código político acordado en Cádiz para acomodar la vida de las Españas a algo más decoroso y humano que la omnipotencia y el absolutismo del Rey. La cátedra de Constitución fué un instrumento que el encadenamiento de diversos sucesos puso en manos de Escovedo para que contribuyese con eficacia al fomento del espíritu público, que él consideraba indispensable en la forja de un pueblo aspirante al imperio de la civilidad.

La devoción de Escovedo a la cosa pública—no para servirse de ella, sino para dignificarla y hacerla fecunda—tuvo manifestaciones paralelas a la que utilizó el vehículo de la cátedra de Constitución. Al andar por los veinticinco años de su edad, era, tanto como profesor de grandes alcances, abogado y escritor. Abogado, sobresalía por el dominio de las disciplinas jurídicas y por la posesión de dotes oratorias extraordinarias. Escritor, se ejercitaba en el periódico *El Observador Habanero*—político, científico y literario—, diputado el mejor de su época.

Con los avances logrados por Escovedo en el desarrollo de sus facultades intelectuales, cabalmente al sustituir a Varela en la cátedra de Constitución, en 1821, coincidió una enorme desgracia: la de la pérdida de su vista. Una afección atroz, el glaucoma, le privó de ese sentido. Además, le dejó sometido a dolores intensísimos, que pusieron a prueba su temple de cuerpo y espíritu. La trayectoria de su vida—azar y angustias, luz y sombra, estoicismo y desventura—sufrió brusca desviación. Y por el desviado él se internó en algo así como un mundo nuevo para su capacidad creadora.



Escovedo se situó de espaldas al mundo físico cuando quedó ciego. No fué aquella obra de su voluntad, sino consecuencia de una adversidad irreparable. Y, como el suceso se produjo donde se miraban en el grado más profundo

las bellezas del físico mundo,  
los horrores del mundo moral,

su vida de relación, desconectada de la contemplación del primero de tales universos adquirió mayores proposiciones en el segundo. El mundo físico ya no podía ser objeto de su observación ni motivo de su delectación. Pero el mundo moral se agigantaba en torno suyo.

El carácter de Escovedo no había sido extrovertido en la plenitud de sus cinco sentidos. Su innato imperio de mente y corazón era demasiado robusto para que el medio externo coartase la libre ejecución de sus designios. Su carácter fué siempre intro-

vertido. Podían las circunstancias del medio externo hacerle reflexionar y sopesar las ventajas y los inconvenientes de una determinación, pero su voluntad no se doblegaba ante el criterio opuesto al suyo. Lo que su carácter tuvo de introvertido, desde las raíces mismas de su comercio con los demás hombres, creció y se fortaleció al reordenar él su existencia en la órbita del mundo moral, sobrepuesto al mundo físico.

Un ciego que renunciaba al ejercicio de las actividades de su preferencia debía apoderarse de un arma fuerte: la del estoicismo. Escovedo tuvo a su servicio la asistencia, los cuidados y la abnegación de su prima Inés de Ayala, que le acompañó hasta fuera de Cuba. También recibió el alivio de la comunicación frecuente con amigos y afines. Sin embargo, estos auxilios habrían sido ineficaces si él no hubiera puesto en juego los recursos de su alma estoica.

El estoico se exhibió en él para soportar el dolor físico generado por la enfermedad que le había privado de la vista y para atenuar los efectos de esta desgracia. En lo primero se halló presente el hombre entero, empeñado en acallar con la impasibilidad los ayes que le arrancaba una dolencia punzante. En lo segundo puso en práctica, filosóficamente, el principio de que el mal presente era más llevadero que otros que hubieran podido sobrevenirle.

Hallábase en París cuando los excesos del glaucoma, que le había dejado ciego, atenaceaban sus carnes. Requirió la ciencia y pericia de un oculista famoso. Este le desengañó con una confesión terrible: el único procedimiento capaz de aliviarle consistía en vaciar sus apagados ojos. “¿Traéis ahí el instrumento para verificarlo?”,—interrogó al especialista. Y en el acto se realizó la operación, al cabo de la cual el paciente, bañado en sangre, acuñaba la admiración del médico con su imperturbabilidad, absoluta, inaudita.

Lo otro, su resignación infinita ante la pérdida del sentido de la vista, enriquecía su mundo interior. Este no sólo no le aisló de sus semejantes. Por el contrario, fomentó insospechados contactos. Los ojos físicos no existían. En cambio los del alma adquirieron alcance ilimitado.

José de la Luz y Caballero compartió con Escovedo confidencias, tristezas, alegrías, consolaciones y esperanzas. Y Luz y Ca-

ballero dejó un fiel reflejo del equilibrio interno de Escovedo. Aquella memoria, aquel entendimiento, aquella voluntad, tan enérgicamente templados, se vieron—obstruída la principal puerta—obligados a concentrarse sobre sí mismos. Lograron doble vigor y poderío. Vistióse de nuevos medios de sentir aquella alma, entregada, de ser válida la expresión, a otro sentido más espiritualizador y de más exquisita categoría. Sentíase defraudada de los goces, consuelos y distracciones que habían menester los dolores inherentes a la humana naturaleza para su alivio y solaz, y el genio de la meditación para continuar su propia obra. Pero, en compensación, podía reflexionar el ilustre ciego: “Yo me he formado fruiciones en lo más recóndito de mi alma: allí no hay noche ni día; allí está la imagen de la Eternidad, la actividad constante y perpetua de la razón; y yo he podido derramar torrentes de luz sobre todos los objetos que miro con los ojos del entendimiento, porque toda la luz que baña el mundo externo ha venido a recogerse y concentrarse en el ardiente foco de mi conciencia”. Era singularmente instructivo oírle las exquisitas y profundas observaciones que le había sugerido el roce con los hombres por medio del oído. Reconocía en la fisonomía de la voz, por decirlo así, las intenciones y el carácter de las personas que con él trataban. Jamás se engañaba en su descubrimiento cuando se figuraba que tal voz correspondía a un hombre pusilánime, tal otra a un valiente, ésta a un irresoluto, aquélla a un menguado. Revelaba, en fin, un mundo completo de novedades a todos los que poseían sus cinco sentidos.

En el seno de ese mundo moral se agitó Escovedo. Perdió la vista física. Pero conservó la otra, la del espíritu, desarrollada en términos inusitados. Las limitaciones de sus nexos con “las bellezas del físico mundo” fueron compensadas por una mayor penetración en “los horrores del mundo moral”. Los contempló a la luz de su entendimiento. Observó sus orígenes. Y vió y previó sus derivaciones, así las adversas como las felices.

\*

Allá, en las tinieblas que le circundaron al perder el sentido de la vista, tuvo, paradójicamente, como un mirador de colorales dimensiones. Con frecuencia le asaltaban las que él llamó

habituales murrias. Pero un profundo sentido de la función de la vida se sobreponía al influjo de sus congojas. Meditaba. Oteaba las razones y sinrazones que poblaban el universo moral de que formaba parte. Así, fué penetrando grado a grado en la entraña misma de su tiempo y del tiempo por venir. Y fué el ciego que vió claro.

Ya Manuel Sanguily advirtió que nadie podría dar idea tan exacta de lo que era aquel hombre como sus contemporáneos, que le admiraban y veneraban. Y fueron contemporáneos suyos quienes observaron sus condiciones excepcionales para juzgar y prever. José Antonio Saco, Domingo del Monte, José de la Luz y Caballero y Gaspar Betancourt y Cisneros le trataron y le reconocieron excelencias nada comunes. Saco le consideró suficiente para producir asombro entre gentes extrañas y hasta desafectas a los principios de que Escovedo era animador. Del Monte advirtió que la pérdida de la vista había aumentado y robustecido la fuerza de su entendimiento y la facultad de decir con elecuencia. Luz y Caballero le tuvo por uno de los primeros hijos de Cuba. Betancourt y Cisneros le diputó capaz para enderezar desde La Habana entuertos que Camagüey sufría.

Por el vuelo rapidísimo de su pensamiento y por la perspicacia de las miradas de su mente, fué comparado con el águila. Betancourt y Cisneros escribió unas palabras sencillas que fueron todo un alto pronunciamiento: "Me alegro de que el águila de Escovedo haya puesto su pensamiento en el camino de hierro..." He ahí la cifra de la capacidad intuitiva y creadora de Escovedo. Para *El Lugareño*, tan adentrado en la obra material de construir en Camagüey un ferrocarril cuando en España echar caminos de hierro parecía empresa reservada al genio anglosajón o cosa así, el pensamiento de Escovedo bastaba para poner en marcha una actividad fecunda. Y Luz y Caballero dictó esta sentencia: "Era menester haberle tratado íntimamente para conocer hasta donde se remontaba el águila... Era el águila que remontaba el vuelo no para hacer una vana ostentación de poderío, sino precisamente para mejor volver sus ojos sobre los intereses de sus hijos y protegidos... ¡Qué difícil era hallar en todo el ámbito de nuestros conocimientos un hombre bajo todos conceptos tan interesante como ese ciego que era el hombre de vista más larga y perpicaz en toda esta tierra de Cuba!" Tamaña elevación en el



espacio—en el espacio del mundo moral—sólo pudo ser alcanzada, repitámoslo, por el ciego que vió claro.

El panorama abarcado por los ojos de su espíritu fué vasto. Lo inmediato era la patria. Lo de más allá, aquello que se dilataba sin límites en la lejanía, era la humanidad. ¿Comprendió él que la patria no era, en suma, sino la porción de la humanidad en que le había tocado nacer y que oteaba más de cerca?

Las sombras que le circundaban en la vida física acrecentaron su claridad de mente y corazón. Claridad de mente y corazón, en Escovedo, fué tanto como claridad de estadista, tanto como auténtica condición de estadista. Y el estadista combinó y puso en juego el pensamiento y la acción.

Hombre de pensamiento fué Escovedo desde temprano: el manejo de las ideas constituyó su ocupación capital. Hombre de acción—de acción al servicio del pensamiento, de acción como agente del pensamiento—también lo fué, sin mayor esfuerzo, en el curso del primer cuarto de siglo de su vida. Lo difícil para varón de temple distinto al suyo, no para él, era ser hombre de acción en su segundo mundo: en el mundo sin luz física en cuyo seno se movió a través de casi la segunda mitad de su existencia.

Su gran panegirista, Luz y Caballero, subrayó la calidad de hombre de acción presente en Escovedo. No radicaba la fuerza de Escovedo en la palabra que seducía o halagaba, sino en la que movía a la acción. La triunfante era la palabra que fabricaba convicciones o derrumbaba prevenciones. En medio de las tormentas desatadas por el choque de intereses, aparecía sobre el terreno de la lucha el conjurador de conflictos para embotar los agujijones de los enfurecidos y arrancar a la víctima del potro del martirio en que yacía. Estaba dotado como el mejor de los campeones para la guerra, y, sin embargo, se adelantaba siempre a proponer la paz. La Naturaleza le formó para mandar: mandaba por el valor de que se hallaba dotado y por la resolución con que descendía desde la altura de una idea madre hasta los últimos pormenores en la ejecución de un vasto plan. Su actividad solía apoyarse en su vivacidad para poner en movimiento los resortes y recursos que le sugerían su ingenio y su conocimiento de los hombres. Y con maestría utilizaba las razones especiales que pudieran

obrar en cada actor de los comprendidos en el mismo drama y distribuía los papeles para el logro cabal de la acción.

\*

Las facultades intelectuales y morales reunidas en Escovedo no se malograron en estériles artificios de la palabra. Lo material tenía para él tanta importancia que no se habría perdonado nunca su inhibición ante las vicisitudes de lo cotidiano.

Sus condiciones de orador fueron excepcionales. Eminentes contemporáneos suyos—Luz y Caballero a la cabeza de ellos—hablaron del señorío de su voz y de la razón superior con que se adueñaba así de los sentidos como del ánimo de los oyentes. Todo en él parecía concurrir para hacerle poderoso. Con su enorme infortunio, su ceguera, contrastaba la gallardía de su talante. Se levantaba, majestuoso, ocultando sus ojos sin vida o las cavernas de sus ojos tras espejuelos verdes. Hércules de la palabra, hasta su cabeza, aun vista por detrás, era imponente.

Todo ese dominio fué puesto por Escovedo al servicio de la parcela de humanidad en que le tocó nacer y vivir. En la cátedra, en el foro y en el templo masónico usó de la palabra para aleccionar, para educar, para construir. Aquellas líneas de *El Lugareño* sobre la posible eficaz intervención de Escovedo en el plan del primer ferrocarril camagüeyano dejaron constancia de sus inquietudes en torno a la economía cubana. Y su espíritu público, una de sus virtudes cardinales, se manifestó y creció gracias a la posesión de condiciones materiales y espirituales privadas de un hombre singular.

\*

El espíritu público de Escovedo se exhibió con reiteración en Cuba y fuera de Cuba. En La Habana empleó sus actividades en la cátedra, el foro, el periodismo, la masonería, la Sociedad Económica de Amigos del País y la Academia Cubana de Literatura. En España tuvo asignada por voluntad de los electores cubanos una alta función política, malograda por la incompreensión de los rectores de los destinos hispánicos.

La creación de la Academia Cubana de Literatura fué consecuencia del estado de cosas que advino dentro de la vida española con ocasión de la muerte de Fernando VII. Miembros avanzados de la Comisión Permanente de Literatura organizada en el seno de la Sociedad Económica de Amigos del País, en La Habana, obtuvieron autorización regia para elevar la Comisión a la categoría de Academia. Y, con independencia de la Sociedad Económica, surgió la Academia Cubana de Literatura.

Apenas iniciada la existencia de la Academia, empezó a manifestarse en La Habana el antagonismo entre los hombres apegados a la intolerancia y los aspirantes al libre juego de las ideas. Lo que tal querrela significaba, tanto por su raíz como por su alcance, fué observado por Escovedo. Predijo la horrenda suerte que esperaba a Cuba. Con relación a la Academia Cubana de Literatura, escribió a Domingo del Monte:

“Las corporaciones, y mucho más las de gente ladina, son anomalías en el sistema del absolutismo; y, por más que en los periódicos se nos copien articulazos apellidando libertad, la verdad de Dios es que nuestro absolutismo se está como se estaba, y mucho me temo que se esté por largos y dilatados años”.

Estas palabras de Escovedo fueron escritas en días en que se hablaba sin cesar de libertad y progreso. Muchos eran los que creían que Fernando VII se había llevado a la tumba el absolutismo monárquico. Escovedo no se dejó ilusionar por la fofa literatura de los periódicos que cantaban el triunfo de un régimen de civilidad y derecho en España y el resto de su imperio colonial. En Cuba el absolutismo se hallaba en su puesto: no había cedido un palmo de terreno a la vida nueva a que tanto aludían los ingenuos. Y lo peor no estaba en la presencia del absolutismo: lo peor estaba en la amenaza de que el absolutismo perdurase en Cuba por muchos años.

La opinión de Escovedo sobre el absolutismo fué expresada a Del Monte el 2 de mayo de 1834. Un mes después se hallaba en La Habana, ocupando el supremo cargo oficial de la Isla, Miguel Tacón, encargado por hombres que en España se decían liberales de remachar en Cuba las cadenas del despotismo, de aquel despotismo temido y previsto por Escovedo



El motín de La Granja constriñó a la Reina Gobernadora, en 1836, a poner en vigor la constitución española de 1812. No llegó ésta a regir de nuevo en Cuba. La rejuró e hizo rejurar en Santiago de Cuba el gobernador Manuel Lorenzo. Pero en La Habana continuaba, en función de primera autoridad de la Isla, Miguel Tacón, quien se opuso con invencida tenacidad a que los habitantes de Cuba entrasen en una órbita política semejante a la que acababa de reaparecer en la Península. A lo sumo, Tacón se avino por el momento a permitir la elección de los diputados cubanos que, en número inferior al que correspondía a la Isla, debían representarla en las Cortes Constituyentes. Escovedo, electo en noviembre de 1836, fué uno de los cuatro diputados de Cuba en aquella ocasión.

Los antecedentes de la actitud de Tacón en Cuba y del criterio imperante en España acerca de la suerte de Cuba adelantaban bastante respecto del éxito de los diputados de la Isla. Uno de ellos era José Antonio Saco, residente en Europa por obra de Tacón, que le había expulsado de Cuba.

Saco y Escovedo eran supremos entre pares. Ambos sobresalían entre sus colegas por la precisión con que calibraban tanto lo venidero como lo presente. Saco estuvo con ansiedad al tanto del viaje de Escovedo hacia España. Desde Madrid, el 27 de diciembre de 1836, comunicó a Luz y Caballero, residente en La Habana: "Supongo a Escovedo navegando. Pero, si por alguna casualidad no hubiera salido todavía, yo le ruego por toda la amistad que le profeso que no se mueva de allí. Esto cada día se va poniendo peor". También desde Madrid, el 5 de febrero de 1837, escribió a José Luis Alfonso, a la sazón en París: "Si Nicolás Escovedo hubiese llegado ya a ésa, dale en mi nombre un tierno abrazo, y dile que tenga ésta por suya, y que por ningún motivo piense venir a España, pues, además de los trabajos y peligros que correría en los caminos, el viaje sería inútil." ¿Por qué era inútil la presencia de Escovedo en Madrid? ¿Qué ocurría? El mismo Saco informó a Alfonso de los propósitos del Gobierno y de las Cortes. Gobierno y Cortes eran de lo más indecente e indeseable así en sabiduría como en honradez. Habían determinado ya dejar a Cuba, Puerto Rico y Filipinas en clase de colonias. Venían obrando en secreto, porque el silencio y el disimulo fueron las primeras armas empleadas para matar las as-

piraciones ultramarinas. “Tú no puedes figurarte—añadió Saco—la injusticia, y el odio, y el desprecio con que se trata a nuestro país.” Y, refiriéndose a la rejuramentación constitucional de Santiago de Cuba, vaticinó: “Si lo de Cuba se acaba, la tiranía que allí vamos a sufrir será espantosa”. Dos hechos horribles se producían en la Península: la privación de representación nacional a los antillanos y filipinos y la inseguridad para transitar por el Reino. “En vista de estos hechos—postuló Saco—, ¿no sería locura que Escovedo pensase en venir a España? Yo lo que siento, aparte del chasco que me he llevado, es que no sé por dónde salir, pues el único agujero medio entreabierto que quedaba es la ruta de Valencia, y ya se está cerrando con la nube de facciosos y ladrones que lo cubren. En breve creo que no habrá diligencias, pues en pocos días han quemado dos, y se llevan a los pasajeros descalzos y casi desnudos y haciéndoles pasar muchísimos tormentos, cuando no les quitan la vida”. ¿Cuál era el porvenir de los cubanos? Saco informó a Alfonso: “Nuestra cuestión no es ya de papeles, sino de espadas y balas. ¿Podemos emplearlas y salir vencedores? Entonces seremos felices. ¿No podemos resistir? Pues no nos queda más recurso que inclinar la cabeza, y tender el cuello a las cadenas. Esto te lo dice uno que está en España, y que conoce a España.” El dilema era grave. En cualquiera de los casos previstos, Cuba debía sangrar: sangrarían sus hijos en cuerpo o en espíritu.

El desdichado fin advertido por Saco no tardó en llegar. La comisión encargada de dictaminar acerca de los derechos de las provincias de Ultramar rindió su informe el 10 de febrero de 1837, cinco días después de la denuncia formulada por Saco en su carta a José Luis Alfonso. Se apoyó en el criterio de que era imposible aplicar a tales provincias la constitución del Reino. Por consiguiente, se las regiría y administraría por leyes especiales y propias para hacer su felicidad. El 16 de abril las Cortes, por noventa votos contra sesenta y uno, aceptando aquel informe, decidieron no admitir en su seno a los diputados de Ultramar. Al día siguiente, Saco escribió: “Si Escovedo ha salido de Nueva York, buen chasco se lleva el pobre.” El chasco, realmente, era inmenso. Escovedo iba a saber que, por efecto de lo acordado por las Cortes, el derecho constitucional vigente en Cuba quedaba reducido a la letra y al espíritu de la real orden de

28 de mayo de 1825 que invistió al Capitán General de todo el lleno de las facultades que se concedían a los gobernadores de plazas sitiadas. Cuba era, ni más ni menos, una plaza sitiada.

\*

En tanto, ¿cómo se movía Escovedo? ¿Cuál era su actitud? Su detención en La Habana, todavía a fines de enero de 1837, le tenía desesperado y violento. Optó por realizar el viaje por la vía de Inglaterra. Antes de salir de La Habana supo que la cámara del paquete británico elegido para la travesía era tan gacha que él no cabía en ella de pie. La navegación fué larga e incómoda. Llegado a Inglaterra, planeó entrar en España por Cádiz. Pero las noticias de lo que en Madrid sucedía le compeleron a variar de rumbo. En mayo arribó a París. Desde allí, el 23 de ese mes, escribió a Saco:

“Yo, amigo mío, creía inútil mi viaje a Madrid desde antes de mi salida de La Habana, y, a pesar de las pérfidas promesas del Gobierno en la convocatoria, desde allá predije que la intención era adormecernos para mejor y más impunemente clavarnos el puñal. Y así lo pensé porque yo conozco lo que nos quiere esa gente y lo he conocido siempre, pero nunca creí que llevase el escándalo hasta el extremo de no admitir a los actuales diputados. Y me resolví al sacrificio para que, viéndose la inutilidad de nuestros justos clamores en el Congreso, acabasen de desengañarse en nuestro país los bobos bien intencionados, que todavía pensaban que de España les había de venir la buena ventura: fe que a mí me parece igual a la de los judíos en la venida del Mesías y a la de los portugueses en la vuelta del rey don Sebastián en su caballo blanco.”

Escovedo, sin haber salido de La Habana, tuvo exacta conciencia de la postura de los gobernantes españoles respecto de Cuba hace ahora cabalmente un siglo. ¡Qué lección para reaccionarios y para radicales la elaborada una centuria atrás! Los cubanos pugnaban por obtener libertades políticas y franquicias económicas dentro de la comunidad hispánica, al amparo de aquellos principios constitucionales que desde 1812 declaraban la igualdad entre los españoles de Europa y América. En cambio, directores de la vida española que se apellidaban progresistas pu-

sieron en acción pretextos y argucias para excluir a Cuba del régimen vigente en la Península. Escovedo se había anticipado a comprenderlo. Pero su calidad de estadista le había inducido a ser colaborador en la ingrata empresa de evidenciar con la abnegación y el fracaso propios la inutilidad de luchar con las armas de la mente y la palabra en un medio poblado de hostigamientos e incomprensiones.

El régimen político escogido por España con destino a Cuba rompía toda honesta conexión entre la Península y la Isla. Podía en Madrid proclamarse en tonos altisonantes el advenimiento de una nueva era de libertades públicas. Pero la situación de Cuba seguía siendo la misma: la fomentada bajo el signo del absolutismo. Y los llamados en España progresistas o liberales en las postrimerías del primer tercio del siglo XIX eran más enemigos que los propios reaccionarios del reconocimiento de derechos a los hijos de Ultramar.

En el fondo de aquel conflicto se debatían intereses económicos, que, al cabo, eran intereses políticos. Los cubanos no se mostraban contrarios a que la Isla continuase siendo española. Pero requerían un trato igual al que Madrid daba a las provincias de la Península. En esto radicaba su punto de apoyo para proteger y conducir en prosperidad la producción cubana en beneficio de ellos mismos y del país en general. Por su parte, los hombres dominantes en España se aferraban a la idea de servir a sus paisanos residentes en Cuba, a quienes mucho importaba crear y sostener monopolios y restricciones en el tráfico internacional que sólo podían ser logrados en la colonia dentro de un régimen arbitrario, desligado del aparato constitucional, que, con mayor o menor regularidad, funcionaba en la metrópoli.

Saco conocía el temple de Escovedo. Sabía de sus alcances. Seguro estaba de que en las Cortes la voz de Escovedo hubiera asombrado y eclipsado hasta a aquellos que llevaban fama de divinos por su modo de usar de la palabra en público. Y, discurriendo acerca de los sucesos de 1836 y 1837, escribió:

“La vanidad y el orgullo ofendidos, y la ruin envidia que siempre nace al lado del talento, tuvieron mucha parte en los esfuerzos de Argüelles para cargar a Cuba de cadenas en 1836. Bien hicieron él y sus amigos en arrojar del Congreso a los cuatro

diputados cubanos, porque de este cortísimo número hubieran visto aparecer en aquella escena un habanero formidable que, juntando a un entendimiento prodigioso una elocuencia encantadora, habría llenado de asombro a toda España. Este hombre extraordinario fué mi amigo, mi buen amigo el ciego doctor don Nicolás Manuel de Escovedo.”

Al formular sus pronunciamientos sobre la situación que iba Cuba a enfrentar, Escovedo vió con los ojos del estadista. Había profetizado la perdurabilidad del absolutismo por la forma en que se hallaba organizado en Cuba, en evidente contradicción con los anuncios de lo que en España se abría paso. Pero no pudo tener ni indicios siquiera de la existencia de otros hechos, encerrados en el conocimiento de poquísimas personas, sin los cuales aquel absolutismo no habría sido ni tan duro ni tan dilatado como él certeramente lo previó. La expulsión de Cuba del régimen político vigente en España coincidió con la conclusión del tratado de paz y amistad entre España y México, tratado en cuyo artículo secreto adicional la segunda de estas altas partes se obligó para con la primera a no permitir en su territorio actividad alguna contraria a la soberanía hispánica en las Antillas. La penetrante mirada del ciego ilustre llegó hasta los fondos de archivos situados lejos de él y franqueados sólo a encumbrados funcionarios.

\*

La exclusión de Cuba de la comunidad española fué una novedad jurídicamente. Pero, en la órbita de la realidad, aquello no pasó de ser la confirmación de un estado de hecho conllevado por la Isla através de los siglos. La Isla se había hallado sujeta al capricho y a las extralimitaciones de sus gobernantes, con frecuencia vulneradores de la legislación proveniente de la Península. Escovedo lo sabía de sobra. Lo había manifestado en su comunicación privada con otros cubanos. Sin embargo, el desenfado con que España procedió en la coyuntura de los dos primeros tercios del siglo XIX, al enfocar la cuestión de sus dominios ultramarinos, punzó en lo hondo su corazón.

Desde París siguió Escovedo observando el giro que tomaban las relaciones entre España y Cuba. Ya no le cupo duda alguna acerca del acierto con que había vaticinado el entronizamiento del



despotismo en su patria. Esta desgracia colectiva pesaba sobre su ánimo. Su equilibrio interior desapareció ante un cúmulo de realidades impuras y nocivas. Lo comprendió claramente. Lo confesó a los cubanos que le visitaban. Y los males del espíritu acentuaron los del cuerpo. A mediados de 1838 su organismo estaba minado por dolencias agudas. Sólo encontraba alivio para sus dolores físicos en el deleite que le producía el trato con hombres de la calidad de Saco, quien, por su parte, señalaba las sabrosas horas pasadas en compañía de Escovedo como uno de los pocos placeres que le quedaban en la vida.

\*

Escovedo comprendió que su existencia no había de ser larga. A tiempo se resolvió a ordenar sus disposiciones de última voluntad. Si sus más atinados pronunciamientos políticos fueron hechos en documentos no redactados para la publicidad, sino para el conocimiento de amigos íntimos—alta prueba de sinceridad—, su enjuiciamiento del orden social quedó contenido en un papel que sólo debía ser conocido después de su muerte: su testamento. Al dictar las cláusulas de este instrumento, consignó un legado para incrementar la enseñanza popular. Y lo razonó con aprecios que de nuevo evidenciaron la perspicacia de su mirada.

En el curso de la vida de Escovedo, la enseñanza primaria recorrió en Cuba tres etapas, a saber: a) la de organización, que, iniciada en 1794, tuvo fin en 1824; b) la de decadencia en la educación gratuita, de 1824 a 1833; c) la de ampliación y mejoras, emprendida en 1833. En días en que él desarrollaba sus actividades envuelto en tinieblas, dentro del período de decadencia de la educación gratuita, sólo había en todo el territorio cubano ciento cuarenta escuelas. Esta cifra debió de aterrar al hombre de pensamiento y acción que era Escovedo. Y sus meditaciones giraron en torno al desequilibrio social denunciado por el misérrimo estado de la enseñanza primaria en Cuba.

Escovedo no era un mero ideólogo. Aspiró a coordinar sus actos con sus principios. En el silencio de su despacho, con el pensamiento ya en su hora postrera, proveyó en la medida de sus recursos al sostenimiento de la educación popular en su país. Mandó en su testamento que se adquiriese un capital de censo de seis mil pesos sobre finca urbana e idónea, con el interés del cinco por

ciento anual, y que su producto se destinase a costear la primera enseñanza a veinticinco niños pobres, número que señaló porque sabía que los maestros los admitían a razón de un peso mensual. En su mente se hallaba clavado el lamentable juicio inspirado por la incuria oficial en materia de educación. Anunció el propósito de fijar más adelante, en teniendo tiempo, el procedimiento que debía seguirse y las personas que habían de intervenir en la administración de sus piadosas manda. Y añadió:

“Entre tanto, y por si muero antes de verificarlo, faculto a mi albacea para que él lo haga, encargándole que en la designación de las personas cuide de que la elección recaiga en hombres virtuosos e ilustrados, que estén firme y sólidamente convencidos de que todos los bienes sociales peligran mientras la primera enseñanza no se proporcione a todos los pobres a costa de los que tienen algo.”

Pudo parecer fuera de ambiente y tono el lenguaje usado por Escovedo al instituir un legado con destino al incremento de la enseñanza popular en La Habana. Mucho dijo al referirse a las condiciones que debían concurrir en los encargados de administrar su manda. No bastaba con que fuesen hombres virtuosos e ilustrados. Era menester también que estuviesen firme y sólidamente penetrados de que urgía salvar los bienes sociales. Hacía falta algo más: hacía falta la convicción de que los bienes sociales peligraban mientras todos los pobres no recibiesen la educación primaria a costa de los pudientes.

En los albores del segundo tercio del siglo XIX, rodeado de sombras que, sin embargo, alimentaban la luz de su espíritu, Escovedo enfocó la necesidad de marchar hacia la realización de la justicia social. Mantener un pueblo en la ignorancia le parecía tanto como conspirar contra el ascenso que era anhelo suyo. Debía pensarse hondamente en poner a salvo los bienes sociales, pero era asimismo indispensable no olvidar que a esto sólo se llegaría a través del equilibrio de las fuerzas materiales e inmateriales que entraban en la composición del país cubano.

Escovedo aquilató la importancia de la enseñanza popular. Levantar la inteligencia de la población cubana era el medio apto de preparar al país para la vida de la libertad y la civiliza-



ción. Con ánimo de verdadero constructor, aspiró a fomentar el cultivo de la mente por la escuela.

•

La salud de Escovedo se agravó en París. Saco le encontró en abril de 1840 en malísimo estado. Creía inevitable su muerte. Al fin, ésta sobrevino, en el mismo París, el 11 de mayo de 1840.

Su cadáver fué embalsamado y conducido a La Habana dos meses y medio después. Luz y Caballero tuvo a su cargo el elogio fúnebre, pronunciado ante los restos mortales de su entrañable amigo. Fué una pieza transida de la profunda admiración que Luz sentía hacia Escovedo: más que una página de sereno enjuiciamiento, todo un panegírico, mezcla de destacamientos a veces subidos de tono y apuntaciones tomadas a través del trato íntimo del orador con el extinto.

La intolerancia inherente al despotismo previsto por Escovedo tuvo ocasión de exhibirse en torno al elogio fúnebre producido por Luz y Caballero. Se intentó publicarlo. En el inexcusable trámite de someterlo a la censura previa ejercida por el Gobierno, el funcionario a quien incumbía esa tarea sintió sobresaltos. No gustó al censor regio que el panegirista dijese: "...si es que historia llegamos a tener". Tampoco toleró que se mantuviese la siguiente frase: "...único árbol en pie en medio de este yermo de virtudes". Ya Saco, en los tormentosos días que precedieron a la expulsión de los diputados cubanos en el parlamento español había afirmado: "Nosotros no tenemos patria, no, no la tenemos." Luz y Saco, realmente, no se referían a la ausencia de historia propia, ni de virtudes, ni de patria—porque donde existían hombres como Escovedo y como ellos no podían faltar ni patria, ni virtudes, ni historia propia—: se referían a la ausencia de normas de civilidad y respeto, por el régimen político imperante negadas o puestas en fuga.

Hasta sobre la tumba de Escovedo se manifestaron las extralimitaciones del desquiciamiento que en la existencia cubana él previó cuando eran muchos los ingenuos que creían en la legisla-

ción especial de que se hablaba en Madrid para hacer la felicidad de Cuba. En tanto su ceguera física se había transmutado en claridad de mente y espíritu, el espíritu y la mente de otros, en la plenitud de sus cinco sentidos, no alcanzaban a ver ni lo cotidiano. Sus desdichas, aun las póstumas, acendrarón las esencias de su vida. Recordemos la conclusión a que llegó Luz y Caballero: Escovedo, el ciego que vió claro, nació respirando patria, y respirando patria vivió y murió.



# Pozos Dulces, el inútil vidente,

por José Antonio Ramos.

Desde luego que en la galería de habaneros ejemplares—que Emilio Roig de Leuchsenring se propuso ofrecer a la actual generación como un esfuerzo más de los muy meritorios suyos en determinación y esclarecimiento de la conciencia histórica cubana—no podía faltar la figura grave, bondadosa y dolorida de Francisco Frías, más conocida por su título español de entonces: el Conde de Pozos Dulces.

El *comes* latino, con todas sus transformaciones hasta el título honorífico de las monarquías europeas—hoy en grotesca o in noble agonía—podrá no significar nada serio en nuestra América. Francisco Frías, por otra parte, nació un segundón de padre negociante—¡traficante de esclavos nada menos!—y recibió el apodo condal inesperadamente, por extinción de la línea que debió llevarlo, española y condignamente, en la familia de su madre. Su vida, sin embargo, fué la de un noble de verdad, la de un fundador. Fué un hombre sencillo, laborioso y desinteresado. Si heredó riquezas de dudoso origen y por el mero azar de la cuna recibió todas las ventajas de un medio familiar privilegiado y de una excelente educación moral e intelectual en el extranjero, lejos de la sentina colonial que era su patria, él se hizo después bien digno de su suerte; padeció toda su vida de un punzador sentido de responsabilidad, renunció hasta a inocentes satisfacciones de su fina sensibilidad de artista para consagrarse a una tarea ingrata; rehusó honores y compensaciones pecuniarias por algunos de sus trabajos, y murió pobre, derrotado, indignadoramente compadecido por contrerráneos frívolos e incomprensivos, el único quizá—con la excepción de José Antonio Saco y de algún otro—verdadera y doloridamente desterrado entre el grupo numeroso de cubanos

ricachos y egoístas a quienes la clásica torpeza del conservatismo gubernamental hispánico ahuyentó de Cuba, quien sabe si sin otro resultado que el de justificarles su abstruso anhelo de ellos, tan nuestro todavía, de vivir en París o en cualquier parte, tras de alguna ilusión de importancia, no importa si diplomática o *conspiratriz*.



Lo que no se explica con tan fácil razón es que de todos los intelectuales cubanos de esta hora sea yo el encargado de este noble retrato. Por más de la mitad de mi vida he residido fuera de Cuba. Mis tanteos de crítica e investigación histórico-literaria, tronchados siempre en retoño o en flor por imprevistas órdenes de traslado o cesantía, “en beneficio de la buena marcha de la Administración”, dañan más que abonan mi modesta reputación literaria, por cuanto dificultan mi clasificación como escritor imaginativo. En la generación que me sigue, por otra parte—y muy afortunadamente para Cuba—vencen con todos méritos el número de los estudiosos, de los eruditos fecundos y creadores, que tanta falta hacen en las nacionalidades jóvenes como la nuestra. Mi primer movimiento fué el de renunciar a la honrosa asignación...

Tengo un pecado anterior, sin embargo. Desconsolado desde mi adolescencia por nuestra carencia hispánica de verdaderos estadistas, por nuestra daltónica ceguera para el sentido económico de la Historia, sorprendí hace años a unos jóvenes estudiantes, quienes me pidieron les hablara sobre algún poeta cubano, con una disertación acerca de Francisco Javier Balmaseda, mediocre como escritor, indudablemente, pero cuya vida—como las de Arango, Suzarte, Frías, Saco, Jorrín, y algún otro, aunque siempre muy pocos—tiene para mí la significación extraordinaria de ser todavía, en nuestra historia patria, la prueba favorable por excelencia a la causa de nuestra capacidad para el gobierno propio, si reabrimos el proceso de nuestra demanda independentista, bajo alegato de adultez mental colectiva, plena y suficiente. Que si vencimos gloriosamente en la otra prueba: la heroica y sentimental de la guerra, hasta trocar en taimado “shake hands” la crispatura predatoria de la mano que firmó con España el Tra-

tado de París, nuestra conducta posterior hartó clara y tristemente nos enseña que el derecho de un pueblo a su personalidad histórica no se obtiene solamente con “generales y doctores”, por heroicos, bien intencionados y valientes que éstos sean...

Y refrenen aquí su pasión política los que piensen solamente en nuestra situación de hoy.

Mi dolorosa duda va más alto y más lejos. Arranca desde los primeros mártires de nuestra independencia; incluye a figuras excelsas como las de Céspedes y Aguilera, Agramonte, Máximo Gómez, Calixto García y Maceo; se detiene reverente ante Martí, para repetirle con la voz de su pueblo que él “no debió de morir”, y que su suicidio nos clava más adentro la duda, en vez de darnos fe. Pues: ¿fué sólo para enseñarnos a morir que él nos naciera? Ya eso de España lo teníamos... ¡hasta en las plazas de toros! Mi duda se acerca hasta hoy y se estremece ante el recuerdo de los bravos cuya sangre aún me parece que mancha nuestras más hermosas avenidas habaneras, a despecho de prematuras lustraciones oficiales.

Arango, Frías, Balmaseda... tipos constructivos, de civismo creador, hombres de acción práctica, sí, pero guiados por un pensamiento social firme y desinteresado, no se han reproducido en Cuba, después de aquel pujante y promisor grupo de hombres del siglo XIX. La generación del 95, que a sangre y fuego nos dió la ansiada liberación del yugo colonial de España, es ya una triste y dolorosa realidad histórica que fracasó en la consolidación de la República. La figura de su último caudillo en el poder, malhechor vulgar e irresponsable y megalómano delirante, proclamado “Gran Hombre de América” y “Emulo de Martí” en una sangrienta bacanal, con la cooperación idiota—y acaso muy significativa desde cierto punto de vista—de los más brillantes y decorativos señores diplomáticos de todo el mundo oficial contemporáneo, puso un final de melodrama al largo proceso de treinta años de incompetencia, peculado y nepotismo. Lo de hoy es sólo un intermedio a telón corrido, y nadie sabe quién lleva la batuta.

Mi pecado anterior, de todos modos, en loa de Francisco Javier Balmaseda, agricultor y economista como Frías, invalidó mi resistencia a invadir otra vez este territorio de la biografía cubana, donde me siento como intruso. He de hacer siempre, por

imperfecta que resulte, obra de higiene espiritual para la juventud cubana, arrancada de la buena tierra, que aún se conserva casi intacta para ella, en los comienzos de nuestra personalidad histórica: en ese grupo de los Frías, los Balmaseda, Saco, Jorrín, etc. He de hacer obra de reanimación y de consuelo para esas generaciones nuevas, injustamente acusadas de ir a otras latitudes en busca de ideales y de fe, mientras la amarga verdad es que desde su cuna sólo supieron de ladronerías y vanidades vulgares, ni oyeron una vez la altisonante invocación de nuestros grandes del pasado que no fuera para encubrir alguna pequeñez inconfesable del presente.

Y acepté así la tarea, sin más vacilaciones. A esas generaciones me dirijo, pues, sólo a título de vulgarizador y dando en prenda de mi sinceridad y de mi desinterés esta sencilla confesión misma de ineptitud para la necesaria empresa de una verdadera biografía crítica de Francisco Frías y Jacott, alias El Conde de Pozos Dulces, que desde ahora les señalo de nuevo como un deber gozoso y de perenne valor que realizar.

\*

Nacido en 1809, durante el estupor napoleónico y los sangrientos contrastes, allá en la Madre Patria, entre las cobardías y desvergüenzas de la nobleza, entregada al déspota extranjero, y el denodado patriotismo de su calumniado "populacho madrileño": de aquel Dos de Mayo inolvidable, mientras en las colonias de América se formaban las Juntas Patrióticas que habrían de ser el inicio de las Guerras de Independencia, la primera observación interesante que se impone al biógrafo de Francisco Frías—como Manuel Sanguily lo señalara ya, el primero—es su educación inicial en Norteamérica.

Enviado en 1819, junto con sus hermanitos Antonio y José, al *Mount St. Mary's College* de Baltimore, Estado de Maryland, no parece en nada aventurado apuntar la importancia de ese despertar de su conciencia en un medio ambiente muy distinto al de su patria. Como tampoco está demás recordar que ese período de la historia de Norteamérica, hasta la elección de John Quincy Adams, se reconoce como "the era of good feeling"—"la



era del bienestar”—síntesis de su entusiasmo constructivo, de su gran optimismo y unánime espíritu de afirmación nacional. Los colegios religiosos de Norteamérica nunca fueron sistemáticamente místicos, ni indiferentes al espíritu predominante en el país. De los tres hermanos, *Panchito* y *Pepe* Frías inscribieron sus nombres en el cuadro de honor del colegio, como años más tarde lo descubriera emocionado el primero. Sin una cabal penetración de sus alumnos con sus características directrices, no se explican esas distinciones de la escuela, que excluyen con el nombre del mayor y más señalado, por ende, para ellas, todas las connotaciones maliciosas posibles de favoritismo por soborno o gratitud utilitaria, tan frecuente, por lo demás, en esos colegios clericales.

De la tierra nativa, los tres hermanitos no dejarían de evocar constantemente sus recuerdos... El jardín amplio, umbroso, todo el año florido, cubierto de verdor. Y la tierra roja, en todos los alrededores de la casa-vivienda y los caminos de bajada hasta la ciudad. La estancia paterna, en el Monte Vedado corona la altura, frente al mar de añil y el cielo bruñido, de cárdenos reflejos. Por aquellas alturas, contaría el padre, había atravesado el jefe inglés con sus tropas, cuando la toma de la Habana por los ingleses, después de vencer la heroica resistencia que desde el Torreón de La Chorrera le hiciera el coronel habanero Don Luis de Aguiar al famoso Almirante Pocock. Los textos de la escuela contarían otra cosa. Mas: ¿en dónde no halla dudas que remiar la juventud inteligente?

*Spain. The city of Havana.* Con el idioma extraño penetran también, en la adolescencia, las primeras nociones de perspectiva crítica. Pero Baltimore, por aquellos días, no difiere mucho de la Habana, fuera de sus empinadas calles, y de sus casas de ladrillo rojo, de dos pisos. La ciudad nativa es llana y blanca, reluciente al sol. Ellos la recuerdan allá abajo, desde las alturas de Taganana o de San Lázaro o de la loma de Aróstegui, encerrada en sus pétreas murallas y esmaltada de verde, como un nacimiento. Por sus callejuelas estrechísimas de “intramuros” tienen memoria del último paseo de la volanta, el día del embarque, entre las tristes emociones de su despedida. Porque ellos habían venido dentro de uno de aquellos lindos barquitos de blanco velámen estallando al sol en triángulos y cuadriláteros lumi-

nosos, que tantas veces vieran entrar y salir en el puerto, desde las alturas de su casa.

Servidumbre fiel, negra y esclava. Suave cortesanía en las maneras. Religión personal, íntima, recatada, casi pudorosa. Cabaleresca distancia de las niñas. Las lindas criaturas, como sus hermanitas Ana y Lola, enfloran de albas crinolinias y encajes y parecen exhalar como un vago perfume, por su semejanza con las mariposas y azucenas de su patria... Todo eso lo tienen en sus recuerdos y en la realidad también, acaso embellecido en inversión desconcertante. El feudalismo sureño de la América Inglesa diríase que no difiere gran cosa, entonces, del español en las Antillas. Y no será sino hasta mucho más tarde, cuando eche de menos ya para el resto de su vida aquella confianza mútua, un poco fría quizá pero leal y veraz, crisol de las primeras emociones de su adolescencia, que Francisco Frías se dará cuenta de las dolorosas diferencias entre el amplio espíritu de libertad y transigencia del mundo nuevo, empeño ideal de la América sajona, y la feroz neofobia obscurantista de las castas dirigentes españolas. Allá, en el Norte, la estrecha disciplina que proscribía las pequeñas rebeldías inútiles y respeta la libertad integral del espíritu. Aquí, en la Isla de España, la distensión libérrima de toda sacudida espinal, crudamente orgánica... ¡pero *tabú* la voz de la conciencia, ruina y persecución en la íntima personalidad que busca el hecho y la luz de la verdad! Allá, la autoridad de la experiencia. Aquí, la del Mayoral.

Un día llega al colegio la carta de ancha orla negra. Ya no volverán a ver al padre. Es preciso romper con todo aquello y regresar a Cuba. Antes de siete días su vida de siete años queda como ahogada en lágrimas. Ahora, otra vez en Cuba, en su casa...

Los hermanos, al estupor de la ausencia irremediable del padre, añaden la presencia de extraños en la casa. Ana y Lola han hecho esa cosa rara de casarse, de estar al lado de un hombre en presencia de todos. Los desconocidos, militares españoles, nada tienen de tímidos. Están en la casa de sus mujeres, y, por ende, en la suya propia. Reciben a los azorados estudiantes con española sorna, que en vano quiere aparecer campechanía.

La situación política de la Isla, caótica hasta para el propio Mayoral galoneado que a su antojo la gobierna—el taimado ge-

neral Vives—es todavía *terra incógnita* para el desorientado jovencito de diez y siete años. El hogar paterno, lleno de tristes recuerdos, lo rechaza. Antonio, el mayor, queda junto a la familia y nuestro futuro estadista descubre en el campo y en las faenas agrícolas la fuente eterna de la serenidad humana.

Los cafetales del patrimonio familiar son su refugio de largos años, sin incidentes de exotérica historia. Sus siete años de tierra fría le hacen sentir, con exacerbación emotiva de poeta, la belleza del Trópico, intensamente femenina. “Amé sus bosques y praderas—evoca en su carta a *El Porvenir*, publicada en el número 27 de éste—sus arroyos, sus pájaros y collados, con todo el fervor de la entusiasta poesía.” Pero sus hábitos de sano pragmatismo anglosajón lo empujan del éxtasis artístico a la actividad práctica inmediata. “Nadie madrugó más que yo—dice—por ver al despuntar del alba la tendida vega; y cómo se refracta en mil prismáticos colores el naciente sol en sus gotas de rocío. ¡Cuántas veces contemplé en silenciosa admiración doblegados los frondosos platanales con el peso de sus apiñados racimos! Y vi agrietarse y abrirse las tierras al empuje de la yuca o del ñame feculentos que se desarrollan en sus entrañas encerrados. Paso a paso seguí la yunta atrojada cuando abría el surco, y mil veces arrojé en éste el grano reproductor del millo y del arroz. También aprendí del rústico guajiro cuándo se corta el bejuco de boniato y le enseñé a mi turno por qué se le quitan las hojas antes de sembrarlo. Y lo que él cree y piensa y ejecuta lo sé yo, que no me contenté con mirar solamente, sino que puse la mano al arado y afronté intrépido los rigores del sol tropical...”

“Refracción”. “Prismáticos colores”... El lenguaje mismo denota la pragmática influencia del colegio salesiano, con su hincapié en las ciencias naturales. “Más tarde—añade el futuro estadista antillano—sucedió a esa admiración la codicia del propietario: y yo también derribé los gigantes arbolados y apliqué la tea encendida a sus despojos esparcidos. Y vi cómo se siembra la caña y cómo se exprime el jugo y de qué manera cristaliza el azúcar”...

Quince años de esa vida elemental, que con un curioso logogrifo semántico de nuestro idioma podría adjetivarse de creativa y re-creativa a la vez, producen por entero al hombre que habría de ser, hasta su muerte, nuestro Francisco Frías, *EL*

*Conde de Pozos Dulces.* Y sin violentas deducciones ni caprichos de psicología interpretativa, a su preformación escolar norteamericana y a su desarrollo integral posterior, como *guajiro* propietario, pueden retraerse todos los actos de su vida pública; y hasta su pensamiento político.

Nótese, como primera premisa de esta conclusión, su aparente indiferencia inicial frente a la ardorosa lucha política que por aquellos años desenvolvíase en Cuba. Encerremos el período en dos cifras, para ajustarnos al forzado sintetismo de este esquema biográfico: 1826—1841. La conspiración del Aguila Negra; el congreso de Panamá, las gestiones desesperadas de Iznaga, Betancourt y otros cerca de Bolívar; la junta mexicana por la libertad de Cuba; el martirio de *Frasquito* de Agüero y del colombiano Sánchez; la guerra civil en España, la Academia Cubana de Literatura; Taeón; el destierro de Saco; la expulsión de los diputados cubanos a las Cortes españolas, la conspiración de *La Cadena Triangular y Solcs de la Libertad*, la campaña abolicionista de la esclavitud...

“Abstenerse—escribirá él, ya emponzoñado por la injusticia en 1860, en el álbum de su amigo Domingo Guillermo Arozarena, a continuación y refutando lo que en 1842 y en el propio álbum escribiera José Antonio Saco—“abstenerse podrá ser el partido que adopte el egoísta, el vicioso o el ignorante: no el que cumple a una alma elevada y virtuosa. En Cuba, más que en ninguna otra parte del mundo, de todo deberá abstenerse uno, menos de la política; porque la política es la sola esperanza que hay para los cubanos, de ser hombres, de ser verdaderos ciudadanos y no una grey sumisa y obediente al capricho de sus señores... En Cuba todos debemos ser políticos, todos debemos ser revolucionarios, aunque no seamos todos combatientes ni mártires”.

Lo cierto, sin embargo, es que Francisco Frías no entra en la brega política hasta mucho después de la éponima estupidez metropolitana de 1837, cuando el gobierno de Madrid expulsa a los diputados cubanos de su Parlamento y niega a Cuba—más avanzada a la sazón y mejor preparada cívicamente que muchas otras de la Península—el derecho de sentirse provincia española. De ese año data su matrimonio con la señorita Evelina Faurés, que habrá de acompañarlo toda su vida, y hasta la agitación se-

paratista de mediados del siglo no se sabe que expresara opinión política-militante de ninguna clase.

*Ponchito* Frías, pues, no fué un político prematuro al uso de los herederos ricos e inteligentes de la época. Mientras sus coetáneos estudiaban leyes y filosofía, destinados cuando mejor al parasitismo brillante de la abogacía, tan favorecida en las sociedades decadentes, descubría él en la productividad de la tierra una fuente inagotable de paz, de gozosa conquista y progresiva integración con la Naturaleza. Y esta diferencia fundamental de su inceptión en la lucha política lo mantendrá siempre en guardia contra sus compatriotas más exaltados y sentimentales que él, pero sin su amplia visión histórico-económica de los problemas patrios.

En nuestra belicosa y desdichada gran familia hispánica, unas veces por falta absoluta de disciplina escolar y otras por el fariseísmo contraproducente de los colegios clericales españoles, la autodidáctica libre en que se forman nuestros jóvenes, cayendo casi siempre bruscamente de los mimos maternos a una realidad de relajamiento y de cinismo sin límites, multiplica de modo funesto para nuestras sociedades el tipo de político prematuro. Esos sietemesinos de la política hispánica nacen ya odiándose ferozmente entre sí, porque sus caminos corren paralelos en dos hondos surcos. Unos caen incondicionalmente del lado de lo tradicional provechoso, y otros del de la justicia absoluta sin transacciones con la realidad, ni fórmula posible de paz. El adolescente es a la luz de la psicología moderna como un rey destronado, un tirano en potencia. Y el diagnóstico se confirma por ambos extremos, porque nuestros tiranos de América suelen ser tipos de atrasados mentales, de adolescentes perpetuos, pésimos estudiantes de historia—en la que sólo ven héroes y personajes fabulosos: Alejandro, César, Napoleón—y ayunos de todo sentido de corresponsabilidad social.

Francisco Frías debió de experimentar sus primeras y dolorosas dudas desde las juntas del llamado *Club de la Habana*, mientras su cuñado, Narciso López, movía por el resto de la Isla los hilos de la primera conspiración, denominada después de la *Mina de la Rosa Cubana*, o de *Manicaragua*.

“Estamos siempre gritando que nos faltan brazos—dirá él años más tarde—cuando lo que verdaderamente falta son cabe-



zas, corazón y energías". Y en la primera de sus *Cartas a todos sobre todo*, publicada en el número 9 de *El Porvenir del Carmelo*, insiste: "No basta que un pueblo sea rico, que tenga bastante producción y extenso comercio, que cultive las ciencias y las letras: en una palabra, que sea culto, próspero y bien gobernado y administrado. Hay, algo más esencial todavía: es preciso que ese pueblo sea, además, moral... La moral, la práctica del deber en todas las esferas de la sociedad, es el único escudo contra el cual se embotan los males públicos y privados... Para que la civilización sea una verdad y un bien, es necesario que represente el desenvolvimiento, armónico y simultáneo, de la triple naturaleza del hombre: física, intelectual y moral... Los niños, es verdad, aprenden en la escuela a decir lo que es moral, pero a la manera que aprenden el griego y el latín, que olvidan luego porque no encuentran con quien hablarlos. Los adultos, cuando no tienen qué hacer, suelen hablar de *derechos*, pero nunca de *deberes*. La correlación de estos dos términos se ha olvidado ya por la generalidad..."

En la pugna política por los *derechos*, Francisco Frías debió de ver en aquella época cierto olvido de los deberes para sí mismo, que no los señalados por el despotismo. Contra los valientes reclamantes nada podía decirse, desde luego. Pero: ¿dónde estaba el pueblo, el verdadero pueblo cubano, que debía de hacer uso de esos derechos tan denodadamente reclamados? Es anacrónico suponer en Frías esa fe radical en las masas con que hoy se combate en la extrema izquierda política. El liberalismo de entonces entendía por "pueblo" lo que después llamóse "burguesía", lo que él conocía por "el pueblo de los Estados Unidos de América", constantemente en los labios de Jefferson, el agrarista a su manera señorial, casi aristocrática. Y esa burguesía cubana, ese elemento adinerado de la colonia, que él iba a conocer a fondo al final de su vida, enfermo y pobre, en París, no debió de inspirarle mucha confianza desde entonces. Harto la conocía él desde la época del general Vives. Acaso en la conducta del mismo Narciso López, su cuñado, tenía él ejemplo bien cercano de la impetuosa irresponsabilidad y ausencia de sentido económico de esos futuros gobernantes. La agricultura cubana, por lo demás—que para él debió de constituir siempre la base de toda realidad social o política—presentaba el problema fundamental y urgente

del trabajo esclavo, que los diversos sectores revolucionarios de 1848 no se pusieron nunca de acuerdo para atacar y resolver de una vez. Es necesario conservar siempre a la vista estos detalles de la formación mental y espiritual de Pozos Dulces. Hasta su rostro, dulce y bondadoso, lampiño y abundante de grasa, nos revela al tímido "cuban boy" del colegio salesiano, al agricultor ancestral, de origen guanche, al patriota liberal y moderado, demócrata sincero pero siempre en cautelosa guardia ante los excesos de consecuencias contraproducentes...

"La reparación final que debemos a la raza que pagó con su libertad nuestras riquezas..."—se atreve a escribir una vez. Y en otra ocasión, en mi sentir como expresión definitiva de su más hondo pensamiento: "Una raza que abandona a otras razas el cultivo de su territorio, se despoja por eso mismo de toda legitimidad de posesión, de todo derecho y arraigo a la perpetuidad, sin los que la vida de los pueblos es un accidente transitorio en la historia de la humanidad."

He aquí, en pocas palabras, los términos irreconciliables de su disyuntiva íntima. Francisco Frías penetró de una vez en la entraña de esta tragedia nuestra, que sin una transformación social completa y un cambio radical en los medios de producción, distribución y consumo de nuestro mundo occidental—y especialmente en la América del Norte—nos mantendrá siempre en irreconciliable división interna, y por ello mismo despiadadamente unidos a los vaivenes de las finanzas de la Gran República.

Francisco Frías vió en la economía esclavista la indignificación del trabajo con todas sus funestas consecuencias, vió el abandono de la pequeña propiedad rural como la pérdida de toda "legitimidad de posesión"; propuso, teórica y prácticamente, una doctrina, una política, una línea de conducta que seguir como único medio de conservar cubana a Cuba. Y no habló en demagogo, para atraerse prosélitos entre los que nada tenían que perder, sino en conservador inteligente, en rico heredero, que habla sin ambages de su "codicia de propietario".

Y no le hicieron caso. No fué sino hasta mucho más tarde—cuando la guerra civil y la abolición de la esclavitud en el Norte los devolvió, arrepentidos y temblorosos de sus devaneos anxiosistas, al regazo de España—que sus conmlitonos, propietarios de tierras y de esclavos, aplaudieron entusiasmados sus folletos y

cartas de París, y sus artículos de “El Siglo”, en favor de la agricultura racional y del “reformismo” sin revoluciones.

•

Afortunadamente para él, su ventajosa posición económica le permitió la fecunda inhibición del trabajo y del estudio durante los primeros años de su madurez. Consolidó el patrimonio familiar, amplió sus conocimientos prácticos, viajó, aprendió idiomas y perfeccionó, con la lectura, el suyo, hasta alcanzar esa límpida belleza literaria de sus más sencillos informes técnicos y oficiales, para no referirnos solamente a sus correspondencias, ni a sus eseritos políticos.

En 1832, mozo todavía, hizo su primer viaje trasatlántico: a España, desde luego. Y diez años más tarde, hombre ya formal y casado, emprende otra vez el camino de Europa, ahora con fines propios. Visita su viejo colegio de Baltimore, crisol de los primeros datos de su conciencia, y de los Estados Unidos sigue viaje a París, a establecerse allá no como el antillano rico, que harto bien conocen y tan finamente *blaguean* los orgullosos parisienses, sino en modesta calidad de estudiante, para inscribirse en el Conservatorio de Artes y en la Escuela del Jardín de Plantas. “Aquí en París—cita Vidal Morales de una de sus cartas familiares—reconoce uno su ignorancia completa. Me dices tú—su hermano Antonio—que podría escribir... Mucho tengo que estudiar antes, y esto es lo que por ahora más me preocupa. ¡Desgraciado del que aquí no piense en aprender!”

Europa no lo deslumbra, pues, como todavía le sucede a tantos de nuestros jóvenes intelectualoides. Y con sereno y penetrante juicio avalora el saber de sus maestros y su aptitud pedagógica, las actividades industriales del país y el grado de adelanto en que halla las diversas escuelas, granjas y talleres que visita a través de toda Francia. “. . . si puedo quedarme dos años por acá—escribe a sus hermanos—tengo la esperanza de que no perderé mi tiempo y podré ser útil a mi país en alguna cosa.”

A fines de 1843 se encuentran con él en París José de la Luz y Caballero, José Antonio Saco y Domingo del Monte. Acosado por su obsesivo recuerdo de las sangrientas hecatombes de esclavos que a la sazón perpetra en Cuba la Comisión Militar de



O'Donnell, y enfermo, con alarmantes síntomas de agorafobia, sin concentración intelectual para ningún trabajo, el pobre don Pepe debió de ofrecer un doloroso espectáculo para sus interlocutores. Es lástima, sin embargo, que no se conozca la impresión dejada en Frías por esas entrevistas.

Al año siguiente, falleció en la Habana Antonio, el hermano mayor de los Frías. Y otra vez, bajo el peso de ese extraño dolor, imaginario y tan legítimo, sin embargo, que causan las líneas de una carta donde se dice de la muerte de un ser querido, nuestro sensible compatriota cruzó el vasto mar y regresó un día a su casa para ahogar en lágrimas y evocaciones angustiosas del otro ausente, la alegría incoercible de la vuelta a la patria.

\*

Los nueve años que siguen a ese imprevisto regreso, hasta que en 1853—el 14 de abril—sale por la boca del Morro, desterrado, y después de seis meses de prisión en dicha fortaleza, transcurren dentro del período más interesante y peor estudiado de nuestra historia patria, si se exceptúa el valiente y preciso estudio de Herminio Portell Vilá, sobre *Narciso López y su época*. Creo que hay bastante documentación acumulada, sin embargo, para permitirnos—aun a los profanos como yo en esas materias—ciertos atisbos dolorosos dentro de aquel caos de ideas y acciones tan contradictorias, y cuyas verdaderas causas hoy persisten, inexorables y fatales, todavía en la sombra.

La significación especial de Francisco Frías en aquel período, para no salirnos de nuestros límites biográficos, consiste no tanto en su papel, acaso secundario, de conspirador, cuánto en su invariable y persistente esfuerzo constructivo de propietario agricultor, de ciudadano laborioso y pacífico, empeñado en llamar la atención de sus despavoridos y apasionados compatriotas—los de su clase adinerada especialmente—hacia el problema fundamental de la tierra, entregada al laboreo torpe y deficiente del trabajo servil, mientras ellos malgastaban todo su tiempo, sus talentos y hasta su dinero, en esfuerzos desesperados por conservar las cosas como estaban, aunque otra cosa pensaran el anexionista sincero o el amigo y partidario de las ideas de Saco.

De esos años, de agitación política incesante, datan su valiosa *Memoria sobre la industria pecuaria de la Isla de Cuba*, premiada por el Liceo Artístico y Literario, sus informes sobre la navegación de los ríos San Diego y de la Coloma y su defensa del Instituto de investigaciones químicas, cuya supresión pedía la Junta de Fomento, de la que era Frías consiliario.

Por su cuenta, mientras tanto, sabemos de él que asiste a las famosas reuniones secretas del *Club de la Habana*, las cuales celebrábanse en el palacio de Miguel Aldama y acordaron—como es sabido—el plan de comprar los servicios de un general americano, que vendría a combatir en Cuba para anexar la Isla a los Estados Unidos de modo de salvar ellos sus esclavos y su tradicional holgazanería. Francisco Frías, apesar de su parentesco con Narciso López, no parece tampoco partícipe entusiasta, ni enterado siquiera de los planes de éste, encaminados en otra dirección más democrática; ni abandona su modesta contribución, cívica y pacífica, para llegar al remedio de las calamidades de la patria sin salir de ella a buscar redentores peligrosos. José Martí y nuestra triste realidad de hoy le dan al cabo toda la razón al glorioso “guajiro”.

Ya sabemos como fracasó todo.

La pluralidad de fines e intereses, la insinceridad de todos ante los esenciales de la nacionalidad cubana, las delaciones internas, la doblez de la cancillería norteamericana y la indolencia general del pueblo de Cuba, dieron al traste con todos los esfuerzos. Nuestro pacífico patricio tuvo a lo largo del sangriento proceso verdaderos rasgos de valor, como el de visitar al general Narciso López, pocas horas antes de su ejecución, y recoger de labios de éste, con suprema solercia, sus instrucciones generosas, enderezadas a destruir documentos comprometedores para sus amigos. Poco después se veía él también, al fin y al cabo, encarado en el proceso de la conspiración designada por algunos historiadores con su nombre, en 1852. A fuerza de habilidad—y muy probablemente de dinero también—escapó del garrote. Fué condenado a dos años de destierro, en Osuna, España.

\*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Los reducidos límites de estos esquemas biográficos me impiden seguir paso a paso las vicisitudes de Francisco Frías, después de su última aventura revolucionaria, como Vicepresidente de la Junta Cubana de Nueva York, dispersa lamentablemente entre los años 1855 y 1856. Vivió en París hasta fines de 1860, activo siempre en la defensa de su patria y de sus principios regeneradores, y regresó a Cuba al iniciarse el año siguiente, como se lo exigían la precaria salud de su buen hermano José y el estado vacilante de su patrimonio.

Su carácter retraído y su aparente orgullo de hombre tímido (Vidal Morales dice que era el cubano de menos paciencia para la envidia y las pasiones mezquinas de sus compatriotas) habían limitado hasta entonces su legítima influencia de hombre representativo a un reducido círculo de amigos. Pero durante su destierro, que duró más de siete años, sus folletos políticos y económico-sociales y sus correspondencias desde París, publicadas en periódicos de la Habana de escasa pero muy cubana circulación, dieron a sus ideas la atención esperanzada de muchos de sus compatriotas, anhelosos de soluciones prácticas al problema económico y fundamental de Cuba.

Y así se inició la campaña de *El Siglo*, en defensa de un programa económico determinado y sin credo político militante alguno, hasta que la insidia de la prensa española le impuso la triste necesidad de "confesar" su lealtad al gobierno... ¡o volver a la cárcel o al destierro!

Fuera del comercio de importación y de algunas industrias, el español era el burócrata, aliado de los sátrapas expoliadores y enemigo de los gobernantes honrados y benévolos. Francisco Frías regresó a Cuba y emprendió su campaña de *El Siglo* mientras gobernaba a la Isla un hombre culto y afable, la bastante inteligente para aceptar sin coces, a lo Tacón, los aguijonazos de la realidad. Pero había que someterse... y se sometió él también a esa realidad, tal como se presentaba para los cubanos de entonces.

Lo que pedían los cubanos era el manejo de la cosa pública en provecho propio. Es decir: en provecho de los terratenientes y productores cubanos, de los creadores de la riqueza pública, puesto que el trabajador manual apenas balbuceaba a la sazón sus primeras demandas en Europa. Lo que imponían los peninsulares era la barbarie feudal: la trinidad del clérigo, el militar

y el *señorito*, disputándose, a intrigas de corte y cuartelazos, el uso y abuso de la administración pública, sin otro fin que el de repartirse las fuertes gabelas, contribuciones y tributos en sueldos, arrogantes obras públicas y alardes de riqueza mal habida...

“Nosotros—decía Pozos Dulces—deseamos ver el país poblado de pequeñas heredades, en lugar de ostentar sólo aquí y allí esas fincas colosales que hoy forman nuestro orgullo...” “Y todo esto lo deseo y apetezco y lo ambiciono porque así no más desaparecerían los males *que hoy veo amenazar a nuestro país*, adormecido en los halagos de su prosperidad presente. Porque entonces se trocarían en condiciones sólidas y duraderas las que hoy no son más que precarias y transitorias.”

Pues como prueba aplastante de la virtualidad y alcance de su clarividencia, y al mismo tiempo de la debilidad mental de nuestros llamados hombres “fuertes” y “providenciales”, permítaseme evocar aquí el recuerdo, relativamente reciente, del solemne acto público con que se develó su estatua, en el modesto parquecito del Vedado que lleva su nombre. El orador oficial—*apapípulo* del *Maestro*, “El primer orador de América” según sus admiradores “imparciales”—no creyó inoportunas esas o parecidas palabras de Frías, que acabo de citar. Y no se sabe que nadie se alarmara ni que el tirano le llamara la atención por ello...

Un *viva* o un *muera*, en cambio, del más absurdo e inocuo carácter político, le hubiera costado la vida al imprudente que lo diera en aquel momento.

Ruego a mis oyentes mediten más tarde, y por su cuenta, sobre la triste significación que tiene este típico cuadrito de nuestra *soi-disante* listeza criolla...

Francisco Frías no se movió de su pedestal ni dijo una sola palabra porque asistió al acto contra su voluntad, seguramente. ¡Estaba allí también por conveniencia de los otros, para ser incomprendido, tergiversado aviesamente, petrificado de una vez, al fin y para siempre! Pero si un poco después de la pomposa mogiganga oficial se hubiera acercado a la estatua alguno de nuestros guajiros poetas, lanzado de sus tierras por la usura extranjera y la imbecilidad nativa en nefando contubernio, su desesperación le habría hecho ver sus lágrimas propias como brotando lentamente de los ojos de mármol... Perdóneme esta “cur-

silería" mis líricos amigos de la Habana que tan lindamente saben inspirarse en lo que a nadie importa.

\*

Otra observación dolorosa, enraizada con la singularidad de la figura de Pozos Dulces en nuestra historia, es la persistencia en Cuba de la prensa que combatió sañudamente a *El Siglo*, a su director y al grupo de cubanos liberales y progresistas reunidos bajo la enseña del *reformismo*, mientras ninguna de las empresas sostenidas por periodistas genuinamente cubanos—y honradamente periodistas—desde la implantación de la República hasta la fecha, ha perdurado a través de las vicisitudes políticas, en representación de las ideas e intereses que debían de existir en Cuba: conservadores, desde luego, pero conservadores de *lo cubano* para los cubanos, como lo defendió Francisco Frías desde las columnas de *El Siglo*.

Para Frías *lo cubano* eran la tierra y el trabajo: la producción. Para la prensa que lo acosó constantemente con su insidia jesuítica, lo intangible del despotismo eran la burocracia y el uso y abuso del poder. Nuestra prensa de hoy, que se dice cubana para lo que le conviene, sigue en el uso y abuso de la influencia burocrática y gubernamental. Y sigue, impertérrita, defendiendo lo que ayer defendió, y hasta con los mismos procedimientos de entonces...

Y la tierra y el trabajo cubanos, y las ansias de los que luchamos por algo más que una renta burocrática, ya en el periodismo profesional del papel o del aire, ya en estas otras actividades análogas de la tribuna y el libro, no han tenido desde entonces las columnas generosas de otro *Siglo*, ni la defensa desinteresada, certera, incorruptible y literariamente bella de otro Francisco Frías.

\*

En el orden político, creo que no es aventurado afirmar, asimismo, que el partido llamado *reformista*—obra suya en gran parte, como es sabido—viene a ser el único movimiento político logrado orgánica y completamente en Cuba, dentro de los re-

quisitos que exige todavía la filosofía social ortodoxa del capitalismo. El *autonomismo* intentó en vano ser su continuación; y aunque tuvo figuras de cierto relieve personal, fué en conjunto una cosa tardía, híbrida, ridícula, que acabó como tenía que acabar.

Al Partido Revolucionario Cubano, creo que ya es tardío el empeño de cohonestarlo, dándolo como basado en los mismos ideales e intereses originarios de los movimientos separatistas anteriores. José Ignacio Rodríguez señala con razón que Martí con “su odio—como él dice—al hombre rico, cultivado y conservador” hubo de introducir “un elemento que hasta entonces había sido desconocido, pues todos los movimientos del país habían partido siempre de las clases altas y acomodadas”.

Rodríguez, con su “problema personal” resuelto—como ahora se dice—y su repulsivo egocentrismo místico, representa un triste papel en nuestra bibliografía histórica. En su correspondencia, que finge siempre la falsa mansedumbre y aviesa serenidad típicas de los adeptos de su secta, tropezamos frecuentemente con las pequeñeces y debilidades de nuestros hombres del pasado. De Francisco Frías, por ejemplo, en carta a Vidal Morales, fechada en Washington a 23 de junio de 1885, confiesa que tiene datos preciosos para hacer su biografía; pero aduce que teme escribirla, porque tendría que aniquilar la fama de “santo” de Morales Lemus, enemigo implacable—según él—de Frías.

José Ignacio Rodríguez, sin embargo, dice la verdad cuando señala a José Martí como un elemento nuevo y peligroso en el separatismo. Su opinión es la misma de los elementos conservadores de Cuba ante el Partido Revolucionario de Martí, hasta que la persecución de las autoridades de la Isla—ciega y contraproducente, como todas las persecuciones hispánicas—los fué trocando poco a poco de solapados enemigos en defensores y participantes a la fuerza.

Francisco Frías no hubiera opinado con Rodríguez, seguramente. Y este es un punto que me interesa resaltar.

Si Martí desconfiaba de “los aristócratas de nuevo cuño” y denunciaba a los autonomistas como gente que sólo iba en defensa de sus intereses personales; si Martí infundió al Partido Revolucionario y más tarde a “la revolución que se debió a sus

esfuerzos" un sentimiento "eminente socialista y anárquico"—como puede leerse en el *Estudio histórico* de José Ignacio Rodríguez a que vengo contrayéndome—, si el Mártir de Dos Ríos miró con recelo al cubano enriquecido, adverso hoy y adicto mañana a España, a Norteamérica o a la China, (movido únicamente por su horror al trabajo y la insaciable vanidad de sus mujeres), y no contento con ello—me refiero a Martí—se lanzó nada menos que a enseñar a leer y a pensar a sus compatriotas ignorantes y pobres de la emigración, y llamó a su lado "al negro, al mulato, al blanco... y hasta el español que en nuestra tierra ha hecho su hogar", creo de toda justicia recordar, de nuestro incomprendido y solitario Frías, que él no hizo en toda su vida otra cosa que propugnar y defender, con su constante y tenaz campaña por la pequeña propiedad agrícola y el cultivo intensivo, un verdadero voto de modestia, de pobreza colectiva, intolerable para sus amigos. Para él una clase media, dueña de la tierra y productora de todas las necesidades elementales del pueblo cubano, constituía la única arma de defensa contra el avance del industrialismo en gran escala. Y la prueba la tenemos en esa desconfianza con que ve "las fincas colosales", orgullo de los cubanos ciegos de su época. Con su vida misma, activa siempre y fecunda, demostró que había evolucionado mentalmente de la edad egocéntrica en que se detiene por lo regular el conservador o *derechista*, para alcanzar una verdadera preocupación de apóstol por el bienestar general de su patria.

Por todo ello, insisto en que el reformista es el único partido político logrado en Cuba, dentro de la ortodoxia del capitalismo y con un programa económico definido y realizable. El Revolucionario Cubano—la obra de Martí—antes me parece prelusión genial de un movimiento económico-social americano aún por cuajar, anticipo acaso del *aprismo* peruano de nuestros días, que mera secuela histórica de la revolución cubana del 68, como fué necesario presentarlo, al nacer, a los dispersos y aguerridos elementos de ésta para animarlos a pelear de nuevo por la libertad de Cuba. Pero el Partido Revolucionario Cubano se desvaneció con la muerte de su fundador. Y en 1902, al implantarse la República, triunfaron los terratenientes, los abogados, los banqueros, los industriales y comerciantes: aquellas "clases altas y acomodadas" del reformismo... que a la sazón ya eran apenas

cubanas. Del escamoteo de los fines económico-sociales de la Revolución, so pretexto de "paz y concordia", las pocas protestas que se oyeron quedaron ahogadas en la rebatiña general del momento.

La conclusión, aunque nos aflija, no debe de desesperarnos, ni cerrarnos el camino de la acción social inteligente.

La bella ilusión de una feliz y firme adaptación de la Isla de Cuba al sistema económico-social producto de las revoluciones francesa e inglesa—teórico-política aquélla e industrial ésta—y liberado hasta su máximo desarrollo en el ensayo democrático norteamericano, donde halló territorios nuevos hacia donde desaguar las peligrosas energías sobrantes de sus núcleos funcionales ya formados; la ilusión de una Isla de Cuba gobernada y administrada por cubanos del tipo de Arango, Saco, Pozos Dulces, Suzarte, Jorrín, Luz y Caballero, Anacleto Bermúdez, Francisco Javier Balmaseda, Cisneros Betancourt, Escovedo, Domingo del Monte y tantos otros, con el cordial asenso de un hipotético pueblo cubano, consciente del esfuerzo necesario para su auto-educación técnica, para obtener el máximo rendimiento del trabajo nativo frente a la terrible competencia del extranjero, y de su necesidad cívica de soportar lo que fuera quedando de los vicios y abusos de la esclavitud y de la arrogancia española; la ilusión de ese Paraíso, completamente inerte y sin embargo respetado y acatado por los otros pueblos de la Humanidad, siempre a caza de Cipangos y Eldorados: esa ilusión bien pudo mover sinceramente a nuestros compatriotas y aún decidirlos a luchar por su consecución, en las primeras decenas del siglo diez y nueve...

Por lo que toca a nuestro biografiado, bueno es tener presente que Francisco Frías no parece haber actuado nunca de ese modo ingenuo y sentimental, que José Antonio Saco—español *malgré lui*—tanto gustaba de señalar entre sus compatriotas anexionistas. En una nota a su folleto *Refutación de varios artículos concernientes a Cuba publicados en el Diario de Barcelona... de Junio a Julio de 1859*", puede leerse la siguiente demostración de su genial previsión política, en mi concepto mucho más amplia, firme y perennemente válida que la de Saco, tradicionalmente acatada y reiterada entre nosotros como infalible, como definitiva...



“El gran argumento que siempre se ha empleado contra los que sostenemos la nacionalidad cubana—dice la nota—consiste en decir que en muy poco la apreciamos, cuando consentimos en anexarla a otra nacionalidad que a vuelta de muy pocos años la absorbería por completo. Nuestra respuesta es muy sencilla y a reserva de desenvolverla un día en un trabajo especial, la condensaremos en los términos siguientes.

Primera: nosotros recurriremos a la anexión a los Estados Unidos cuando perdamos toda esperanza de alcanzar o conservar nuestra completa independencia política. Segunda: con los elementos que posee hoy la nacionalidad cubana ella no será nunca absorbida por la nacionalidad norteamericana en el sentido que a la palabra *absorción* dan los que más la emplean. Comparar a Cuba con Tejas, con la Florida o con la California, equivale a desconocer por completo las condiciones de todo linaje en que estos últimos países se encontraban al tiempo de su incorporación en los Estados Unidos. La nacionalidad cubana en el caso de la anexión se transformaría, sí: lenta y gradualmente, sin lucha, sin sufrimientos y sin dolores, en otra nacionalidad a la que también habrá infundido muchos de sus elementos constitutivos. Ese será el trabajo no de años, sino de siglos. Entretanto, nosotros y nuestros hijos y los nietos de nuestros hijos seremos cubanos; conservaremos todos los caracteres esenciales de nuestra nacionalidad cubana, la que podremos desenvolver y mejorar en medio de instituciones políticas que nos asegurarán una completa independencia local, para legar luego a nuestros remotos descendientes una patria y una nueva personalidad que ellos sabrán apreciar y bendecir. Si a eso se llama también *absorción*, nosotros la aceptamos con júbilo para nosotros y para nuestra posteridad, porque ni nosotros perderíamos nuestra actual nacionalidad ni los futuros cubanos cambiarían la suya por la que nosotros hubiéramos disfrutado. No habría, pues, perdedores ni reclamadores en la pretendida *absorción* y sólo quedaría en pie el error de los que, desconociendo por completo las enseñanzas de la historia, no ven que las nacionalidades, cuando se modifican y transforman sin violencia, obedecen a una ley natural que deja todos sus fueros al sentimiento íntimo de la personalidad de los pueblos. Si de la nacionalidad se quiere hacer algo fijo e invariable: ¿cuál es la nación del mundo que conserva hoy su *nacionalidad*? ¿Cuál es el pueblo

qu está seguro de perpetuarse en lo porvenir con todos los caracteres de su actual nacionalidad?"

Sería imposible expresar hoy, de modo más elocuente y preciso, un credo universal de esperanza y de fe para el cubano íntegro, e incapaz de rendirse al pesimismo.

Es verdad que vivimos en plena violencia, entre sufrimientos y dolores que no previó Frías. Pero tampoco los otros pueblos de nuestra civilización viven hoy sobre lecho de rosas. ¡Peor para los avestruces que no quieren ver las señales de los tiempos!

Las palabras de Frías no han perdido un punto de su virtualidad, fuera de ese error, hijo de su temperamento antibélico. Y lo mismo se aplican a una cabal exégesis del movimiento "reformista" de 1866, en la Isla de Cuba, que a una serena interpretación de nuestra hora universal.

Hoy sabemos como de *El Siglo* del 68 a su fin cronológico, en 1900, el ensayo norteamericano había agotado su *frontera*, cerrado su período de *pioneering*, creador y fecundo cual ninguno de los pueblos de la tierra, y entrado alegremente, con dionisiaco entusiasmo, en el torneo internacional de la superproducción y la conquista de mercados para *civilizar* a la trágala. La moral internacional acaba de salir, como quien dice, de su etapa *humani-mal*, correspondiente en el individuo al de la era de la cavernas. Humana al fin, tiene sus avances erráticos y sus regresiones pueriles. Para un filósofo alemán, ahora de moda entre los abogados del taparrabo y del *totem*, Herr Pablo Luis Landberg, la Edad Media "no debe aparecérsenos como una lejanía, sin relación inmediata a nosotros, sino como una forma realizable." *E pur, si muove...* cabría repetirle.

Lo histórico e incontrovertible es que los pueblos que aún no habían despertado de su letargo forestal, como los de Africa y Oceanía, o que durmieran sobre sus laureles, como China, España, los Balkanes, Portugal y los indígenas de América, quedaron desde entonces como para trofeos de victoria.

Cuba, la "colonia a la canadiense" de los reformistas del 66, la "república cordial con todos y para todos" del niño presidiario, del poeta sin patria, de José Martí, quedó así reducida también a trofeo. Un pequeño y lindo cáliz de sacrificios, que en vez del vino tradicional llenamos los cubanos unas veces de ron... y otras de sangre.

Hoy aquella ilusión arcádica de absoluta independencia es imposible, por hondo y ciego que nuestro patriotismo sea. Y la mentira, aunque haya que mentirles a las masas siempre, sería tan abrumadoramente ridícula, que ni uno solo de los partidos que se disputan, nó la responsabilidad del poder sino sus migajas burocráticas, ha llegado al cinismo de encargarle a algún intelectualoide de alquiler la preparación de un "hermoso" programa político con aquella ilusión por base. Seamos justos y apuntémosles este tanto a su favor.

Pero ahí tenemos los cubanos de hoy, de mañana y de siempre, a esos hombres de nuestro siglo XIX, que nos señalan sabiamente el camino para afrontar nuestros problemas patrios, en medio de un ambiente, como el suyo, de violencia sin frenos, y hallando siempre, a despecho de todo, algo útil qué hacer, algo de perenne valor histórico en el constante devenir de nuestra nacionalidad.

•

Después del desastre de la *Junta de Información*, Francisco Frías, injusta y acerbamente señalado por sus compatriotas como el causante de tantas esperanzas fallidas y todo el tiempo y el dinero malgastados en vano, fué objeto de aviesos honores por parte de las autoridades españolas de la Isla. En 1867 fué elegido Regidor del Ayuntamiento de la Habana, y al año siguiente se le hizo miembro de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales. Frías cumplió sus cometidos decorosamente, sin abandonar su tesonero empeño por la tecnificación del trabajo, ni renunciar a su labor periodística.

Al estallar la primera Guerra de Independencia, el amargado jefe ex-reformista negó a la revolución no sólo sus servicios, sino sus simpatías. Su falta de fe en la constancia de sus compatriotas y en la eficacia *per se* de los movimientos armados, dentro de la gran familia hispánica, como medio de dignificar el trabajo y ennoblecer la vida del cubano nativo, lo arrastró hasta la inexcusable debilidad de aceptar un cargo de vocal en el Consejo Administrativo de Bienes Embargados a sus compatriotas en armas. Se le designó de oficio, como regidor que era del Ayuntamiento: pero hubo en ello, sin duda alguna, cierta aviesa inten-

ción política. El señor Conde de Pozos Dulces, en el campo insurrecto, valía por varios centenares de aquellos fantásticos soldados de Carlos Manuel de Céspedes, inermes en gran número y fáciles de señalar como “hordas de malhechores e incendiarios”, de que todavía se habla en la España tradicional del cura, el general y el *señorito*.

La primera sesión del Consejo Administrativo de bienes embargados a los cubanos en armas, con la asistencia del Conde de Pozos Dulces, tuvo efecto el día 19 de abril de 1869. La de fecha 1º de diciembre del propio año es la última en que aparece su nombre entre los asistentes. Y a la sesión siguiente, sin otra explicación, se designa un sustituto en cierta comisión que debía él desempeñar. Se sabe, por otra parte, que en esos días salió Francisco Frías de la Habana, apesar de haber muerto un año antes su hermano José y de dejar su hacienda en tales condiciones que a los pocos años lo encuentra Francisco Vicente Aguilera en París, según las *Memorias* de éste, arruinado y colaborando afanosamente en varios periódicos de Sur América. Estos hechos y el de seguir disfrutando de la inútil admiración de sus compatriotas—en la emigración, como él mismo y aún en armas, como Aguilera—inducen a creer que su separación del famoso Consejo Administrativo, aunque disimulado por los españoles, fué toda una reconsideración de su primera y dudosa actitud.

Sus últimos años de emigrado, en París, creo que brindan un tesoro de emociones al investigador feliz que diera hoy con algún *Diario*, *Libro de apuntes*, correspondencia privada o documentación análoga, testimonio de sus ideas y cambios de ánimo, de 1870 al 25 de octubre de 1877, el día de su muerte. Tenemos el testimonio de José Ramón Betancourt, muy superficial, y el de Francisco Vicente Aguilera, harto elocuente para un buen intérprete de nuestra psicología colectiva cubana. No sé por qué se me antoja, desde ahora, que debajo de la cordialidad aparente de aquellas relaciones entre el arruinado Conde y los señores de Almagro, don Basilio Martínez, el propio Saco y demás figuras de aquella elegante y distinguida colonia—diz que cubana y revolucionaria, pero en coruscantes términos con amigos y familiares metropolitanos, como nos sugiere amargamente Aguilera en sus *Memorias*—nuestro buen *Pancho* Frías debió de padecer tanto, y hasta sin ilusión de gloria, como el más bravo de sus compatrio-

tas en el campo insurrecto. Lo más probable es que él resultaba el único entre ellos para quien la patria lejana, la tierra perdida, no significaba solamente rentas sino trabajo, para quien el destierro no implicaba mero cambio de residencia, sino desgarradora sensación de derrota, de intolerable inactividad cívica...

“La situación de Cuba—escribió a José Bruzón en marzo de 1875—entra por mucho en el estado de mi ánimo... ¿Cuál será el fin que la espera? No quisiera pensar en ello, por temor a ver desaparecer, una por una, las ilusiones de otros días...” Y añadió en la misma carta, como síntesis, que pudiera decirse, de su tragedia íntima: “Yo estoy seguro de desaparecer antes de que se resuelva uno solo de los problemas que han agitado mi mente desde la juventud.”

Francisco Frías, en efecto, nació rico. Tuvo durante toda su vida, y al alcance de la mano, la posibilidad de devenir mucho más rico todavía. Capital, conocimientos, práctica, visión de los negocios, tesón para vencer obstáculos, talento para confundir a sus adversarios, malicia para engañarlos..., de todo tuvo con ventaja sobre sus contemporáneos, cubanos y peninsulares. Y murió pobre. Murió ganándose el sustento diario con su pluma. Y su último pensamiento fué para Cuba.

Antes y después que él se sabe de otros economistas que sostuvieron su misma tesis: Arango, Saco y el español Ramón de la Sagra, por ejemplos más corrientes.

Ninguno de ellos ofrendó toda su vida—como Frías—al empeño de hacer de Cuba “la patria por excelencia de la pequeña propiedad y de los cultivos en escala menor”, como él lo expresó bien claro; ni soportó aquí, en su patria, y fuera de ella, los reveses, humillaciones y violencias de amigos y enemigos, sin desesperar de los métodos cívicos de la persuasión y propaganda racional y científica; ninguno de ellos tuvo a su alcance, como Frías, la posibilidad de encastillarse en un desdén olímpico de hombre superior, con derecho a vivir su propia vida; ninguno de ellos padeció de su clara visión del porvenir de Cuba, aunque nada dijera expresamente del desarrollo industrial norteamericano. Por algo preparaba a sus compatriotas para abroquelarse contra el viento...

“...¿por qué se me deja a mí solo en esta propaganda y predicación?—exclama en su ya citada carta a *El Porvenir*—. ¿Por qué no encuentro en la prensa cubana colaboradores más elocuen-

tes y autorizados? ¿Será acaso que esté yo abogando por el error o proponiendo una utopía? En ese caso, ¿por qué no se me contradice? ¿Por qué no se inicia la discusión y se decide la materia? ¿Por qué no se fijan de una vez la verdadera teoría y la mejor práctica de nuestra agricultura? Dios quiera, amigo mío, que ese silencio y ese abandono no sean síntomas todavía más perniciosos y temibles: los de la indiferencia, que en materias agrícolas, como en otras más grandes, es la ruina de las sociedades.”

Explícitamente, pues, y con exactitud que no discrepa mucho de nuestra realidad de hoy, Francisco Frías previó la tragedia de su querida patriecita, si la ambición de los grandes propietarios, olvidando su pacato pero propio destino agrícola, la lanzaban a los azares de la gran industria. Recuérdese que los grandes propietarios de entonces, en gran mayoría, eran cubanos...

Para evitar la catástrofe y fomentar la pequeña propiedad rural que diera a Cuba una clase media numerosa y fuerte—única base posible de la nacionalidad independiente—propuso el cultivo intensivo de la caña y su exportación en fruto, siempre entre otros productos de la feraz tierra cubana, que puede y debe bastar para la vida básica de su población, sin lujos ni miserias. Y en vez del trabajo servil, ineficiente y ruinoso a la larga para el propietario, propugnó y abogó constantemente por la tecnificación y preparación científica del guajiro, lo mismo asalariado que propietario.



Si Francisco Frías vió al negro con desconfianza, como colaborador de su voluntariosa empresa, fué sencillamente porque a la sazón ningún hombre sincero consigo mismo y más adicto a razonar que a intuir, podía esperar esta asombrosa evolución mental que hoy nos ofrecen nuestros hermanos de piel un poco más obscura que la nuestra, sin exceptuar al negro de pura raza africana. El no negó a los negros su cubanidad, además. Recuérdense sus palabras que ya he citado: “La reparación final que debemos a la raza que pagó con su libertad nuestras riquezas”... Las escribió en un valiente artículo de oposición contra la entrada en Cuba de otros elementos étnicos.

Si desconfió del hombre esclavo, pues, no lo hizo tanto por el color de su piel cuanto por su evidente incapacidad histórica pa-

ra despertar por cuenta propia al sentido económico de la vida social humana. Su error, en todo caso—y harto explicable en él—fué su ilusión de que el inmigrante español, sólo por blanco, habría de darle a Cuba hijos inteligentes, trabajadores, útiles para su patria americana—¡cómo él mismo, Pancho Frías, hijo de isleño canario y modelo magnífico de lo que pudo ser el guajiro cubano!—en vez de dar, como le ha dado, tanto señoritingo imbécil y socialmente inservible, con todas las negruras del esclavo en su alma.



“Mientras más se eleva una raza en la escala de la civilización—formuló Frías en 1858, como si presintiese la filosofía instrumentalista del norteamericano Dewey—más se aparta de aquella especie de automatismo que es casi patrimonio exclusivo de las razas incultas y salvajes.” Y aclara más tarde: “Todo el progreso de la humanidad consiste en sustituir más y más la acción de la inteligencia a la acción de la fuerza corporal, la maquinaria inerte o irracional a la maquinaria viviente o dotada de razón.”

*Todo el progreso de la humanidad:* hagamos hincapié en esa primera premisa de su afirmación. “El progreso material—se lee en la primera de sus *Cartas a todos*—¿no es el conocimiento, cada día más extenso y más profundo de los recursos naturales que nos ofrece el mundo, y de los medios de aprovecharlos? ¿Y en qué consiste el progreso moral si no es en el conocimiento, cada cada vez más exacto, de nuestra naturaleza, de la sociedad en que vivimos, de nuestros deberes y de los destinos que nos están reservados?”

Frías estuvo al tanto de todas las ideas de su época. Comentó exaltadamente la aparición del primer motor de explosión, invento del francés Lenoir. Defendió la educación racional de la mujer, hasta hacerla colaboradora consciente en la labor social del hombre. Y parece enterado, desde su aparición, de la interpretación materialista de la historia. En su correspondencia a *El Correo de la Tarde*, fecha 18 de junio de 1858, apunta: “¿Qué otra cosa es el socialismo, que de algunos años a esta parte ha conmovido la Europa, sino una protesta contra las desigualdades que se

originan en la preponderancia de que disfrutan el capital sobre el trabajo, la industria sobre la agricultura?"

"Creemos, pues, llenar una misión útil y civilizadora—resume en otra fecha—con insistir un día y otro en la necesidad de extender y fomentar la verdadera agricultura, por medio de buenos métodos; de despertar el amor al trabajo y a la industria como fundamentos más seguros, más racionales y duraderos sobre qué asentar después el edificio del bienestar general y la consiguiente elevación y perfeccionamiento de todas nuestras facultades intelectuales y morales. Si a ésto se llama *materialismo*—exclama—nosotros no comprendemos el significado de las voces..."

Junto a su credo evolucionista de las nacionalidades y este programa mínimo de acción, tan válidos hoy en las orillas del Alameda como en las del Potomac o del Moskowa, la supuesta influencia *disolvente* de las teorías de Darwin en su conducta, como tan prolijamente discutieron sus primeros biógrafos, me parece impertinencia. Francisco Frías, a despecho de su anticipado *instrumentalismo*, conservó hasta su muerte la vaga ilusión deísta de su infancia. Que pese a los señores que se dicen filósofos y dogmáticos a la vez, esos hábitos mentales ante lo inconocible se cohonestan perfectamente con la admisión y ejercicio de todas las teorías que progresiva y sucesivamente nos van saliendo al encuentro en la vida, sin que ello implique prueba favorable alguna a ningún dogma. La verdad es que para una vez que obramos como pensamos, pensamos noventa y nueve veces por lo que hicimos antes, sin saber a derechas cómo, ni por qué. En ello están los Watson, Jaensch, Wertheimer, Freud y mil más que vendrán detrás de ellos, y verán más claro que nosotros.

Francisco Frías, por último, fué un hombre tímido, afable, incapaz de odiar. No fué un valiente a la española, en síntesis. Esa constante de su carácter contribuye no poco entre nosotros a su estimación como en tono menor, mientras a imitación provinciana de los pueblos predatorios, elevamos monumentos colosales a nuestros héroes de la guerra.

Pugnaz y corajoso, en tanto, como lo fué—y también en vano—su famoso cuñado, el general Narciso López, o solerte y ambiguo en los momentos difíciles del despotismo, permítaseme una pregunta: ¿habríamos vendido una caballería menos de tierra al extranjero si el Conde de Pozos Dulces hubiera muerto valiente-



mente en el cadalso, como Narciso López, o de cara al sol, en los campos de batalla, como se hizo matar José Martí?

La República jurídica y presupuestal, que nos proporcionó el sacrificio de nuestros héroes, ya sabemos cómo puede caer en manos de gobernantes nativos ineptos, peculadores y hasta criminales, mientras sus bases en la realidad económica van cayendo palmo a palmo, ladrillo a ladrillo, rueda a rueda, bajo la administración y señorío de una raza extranjera, de una raza que siempre se negó a tratar con los cubanos dignos para darle al pueblo de Cuba lo suyo, porque los tuvo a su servicio, y gratis, para explotarlo sin gastos y sin responsabilidad internacional.

Pero el problema fundamental de nuestra existencia, formulado hace ahora la friolera de 78 años—casi un siglo—por Francisco Frías, como un problema agrario y educacional por excelencia, y así confirmado día a día en nuestra historia posterior, sigue en pie todavía. Sigue, a los treinta y cuatro años de “independencia local”, sin resolverse: ¡sin plantearse siquiera!

Manuel Sanguily intentó abordarlo al inicio de la vida nacional. El preámbulo de su proyecto de ley es toda una profecía de nuestra realidad presente. Pero los sabios y prudentes avestruces de entonces, que sepultaron el proyecto en un alud de sordos vituperios, siguen con sus cabezas en la arena. Arenas de oro: y no de ese oro maldito de Rusia al que hoy se achacan todos nuestros males, sino de aquel otro, precisamente, de cuyos milagrosos beneficios para Cuba se atrevieron a dudar Francisco Frías y Manuel Sanguily.

Después de este último, los pocos cubanos preparados y capaces de elevar su patriótica angustia hasta estas cumbres—desde las cuales todas nuestras sangrientas luchas *stare videntur et in campis consistere fulgor*, podría decirse con Lucrecio—han bajado de ellas sin fe en los destinos de la patria... ¡y hasta sin espina dorsal algunos de ellos!

Acaso Frías anduvo equivocado con su voto de modestia para un país como el nuestro, sensual e indolente por naturaleza, e históricamente más importante para los otros que para sí mismo. En ello encontramos al extremista de la derecha y al de la izquierda, muy a despecho de ambos, en perfecto acuerdo.

—“Hay que partir de la realidad”—nos dicen ambos.



La realidad es el “derroche conspicuo” de unos—que diría el norteamericano Veblen—y la miseria rencorosa de los otros; el pacto traicionero del uno con el invasor y la fe absurda del otro en la revolución ajena. La realidad es la suicida negativa de ambos a entenderse sobre lo doméstico... ¡aunque se mataran después por el gusto de hacerlo, sobre lo de fuera!

La realidad, para nosotros, es el patriotismo sin patria, la República sin territorio, la cubanidad sin Cuba .

¿Estamos seguros de que ya no nos queda nada por hacer? ¿Hemos caído así, en una sola generación, tan por debajo de nuestros hombres del siglo XIX, que hayamos renunciado todos a entendernos de hombre a hombre, como seres civilizados? ¿Está ya tan cerca, efectivamente, nuestro día del juicio final, que no nos queda otra cosa digna por hacer que matarnos los unos a los otros, para acabar más pronto?

Yo no pienso en culpas. La historia no las conoce. Los grandes culpables de hoy suelen ser los héroes de mañana.

Pienso, sencillamente, en nuestra al parecer incurable ignorancia de lo fundamental, en nuestra adolescencia mental sempiterna, pasmada en la pugnacidad, la arrogancia y la incomprensión de los quince años. Los animales y los salvajes, los locos, los borrachos—y algunos adolescentes también, tarados quien sabe de qué morbosidades ancestrales—son los únicos seres que se acometen unos a otros por medrosa iracundia irracional, o por contagio en momentos de violencia o de pánico a su alrededor.

Diga cada cubano por qué odia, por qué pelea, por qué mata:—déjese que cada cual diga lo que quiera decir, desde luego —y se verá que ni la pretendida revolución de los pseudo-revolucionarios ni el orden y demás tópicos de los anti-revolucionarios pasan de ser repeticiones y lugares comunes del género jurídico-idealista, con interpolaciones caprichosas de marxismo y de fascismo a la europea, donde nuestros problemas cubanos entran y salen como los personajes de una mala comedia, aborto de autor novel. Se verá, en definitiva, como en cada uno de los energúmenos que impiden la discusión, serena y útil, late el *bovarismo* de algún Lenine o Mussolini tropical, que sueña con transformar el mundo desde este islote de cien mil kilómetros cuadrados, sin otro combustible que la imaginación de algunos de sus 3 millones de habitantes, incapaces de fabricar por su cuenta ni palillos de

dientes, y que lo primero que leen cada mañana—los que pueden hacerlo—es la crónica elegante, o la página de politiquería al menudeo.

Diga cada cubano en armas, por la revolución o por el orden, lo que sepa de Cuba y no se refiera principalmente a su persona. Y que exponga su programa de acción práctica, para cuando acabe con el último de sus “enemigos”.

El temario no es extenso. Basta hacer un alto en la tarea de aniquilarnos mutuamente, por la intención o por el hecho, para darnos cuenta de su extrema gravedad. Y de su urgencia.

La tierra se va. El cubano, ni sabe trabajar, ni tiene ya donde hacer lo poco que sabe por un salario decente. Hasta los profesionales de las generaciones anteriores apelan a expedientes y se refugian en los cargos públicos. Las mujeres políticas, hasta el presente, han favorecido más a hogares ya bien establecidos, que salvado otros de la miseria...

Y hay que pagar a nuestro buen vecino del Norte por dividendos de sus millones invertidos en Cuba (millones que recibieron por sus propiedades los dueños de antaño, y que en su mayoría hoy están pobres); hay que pagar los intereses de los millones prestados por Wall Street a nuestros gobiernos, y hay que pagarles por sus millones de mercancías que les compramos cada año, cada día, cada minuto de nuestra vida: ¡eternos niños que nada sabemos de lo que hacen papá o mamá para darnos de comer y vestirnos, mientras nosotros vamos al parque, a jugar a “policías y ladrones”, como en las películas, con ametralladoras y revólvers “de mentiritas”... hasta que los conseguimos de los que matan “de verdad”!

Todos esos pagos—la cuenta puede hacerla quien guste—ascienden ya a un total que apenas se cubre con lo que va quedando en Cuba como producto de la venta de nuestros azúcares y demás frutos—cada día menos—que todavía nos permiten venderles, y que nos pagan mayormente sin dinero—como en las tiendas de los ingenios—sino abriéndonos allá cuentas en sus bancos para que les compremos más, siempre más...

¿Qué nos queda a nosotros? ¿De dónde vamos a sacar más dinero, para hacer frente a nuestras obligaciones con *el buen vecino*? ¿Nos dejarán siquiera emitir papel moneda, sin garantía,

que eleve el precio de sus artículos? ¿Aceptarán tal desmán nuestros ricachos nativos, que compren sus orquídeas en New York?

El fatalismo de la extrema derecha, como el de la extrema izquierda, culminan en el mismo, triste destino de factoría para Cuba. Para los que nos sentimos responsables del futuro de nuestra nacionalidad, porque nos arde en las entrañas este orgullo de ser cubanos como lo fué Francisco Frías—como lo fueron tantos otros de nuestros gloriosos precursores—y nunca seríamos un *Mister García* más, ni con millones en New York, ni con todo el poder de un jefe soviético local en Cuba o cualquier otra factoría incorporada a la Oficina Central de Nueva York o de Washington: para nosotros todo ha de intentarse, antes que entregar mansamente nuestro destino en manos extranjeras.

Calle el corazón sus razones. La verdad es que si se nos domina y se nos engaña y se nos explota, es porque se nos supera en inteligencia y en conocimiento. *Knowledge is power*, descubrió para siempre Francis Bacon. Conocer es poder. El saber es la fuerza. Sólo quien sabe, puede. La lucha universal de hoy nos concierne también a nosotros, tan relativamente a nuestra pequeñez e indefensión físicas, como a nuestro poder intelectual y moral. A despecho de la furia destructiva de hoy—final sólo para los supersticiosos y los pusilánimes de todo el mundo—el hombre de mañana será más fuerte, más libre, más humano...



¡Conde de Pozos Dulces; Francisco Frías y Jacott... Pancho, mi buen Pancho criollo: lo único que puedo decirte es que cuánto viste y previste en tu vida—Inútil Vidente—sigue aún, para la mayoría de tu pueblo, como vedado: en el *Monte Vedado*; el nombre—acaso simbólico—de esa antigua propiedad tuya, donde naciste para la muerte, modelado en la pobre materia humana, y vives ahora para la posteridad inteligente, por obra y gracia de lo que un día reconocerá al fin el hombre como divino, y más divino que sus viejos dioses del pasado: el Misterio del Arte!



## BIBLIOGRAFIA

- Memoria sobre la industria pecuaria en la Isla de Cuba*, por el Sr. D. Francisco de Frías, Conde de Pozos Dulces, etc., *Anales de las Reales Junta de Fomento y Sociedad Económica de La Habana*, t. II, enero a junio, La Habana, 1850.
- Informe acerca del Instituto de investigaciones químicas*, Presentado... por el Sr. Consiliario Conde de Pozos Dulces, Real Junta de Fomento, *Anales*, tomo IV, No. III, La Habana, 1851.
- Memoria sobre el tema propuesto por la Sección del Liceo Artístico y Literario de La Habana...* ¿Descansa sobre bases científicas la opinión de que la destrucción del reino animal lleva consigo la del vegetal, y viceversa?, por el Sr. D. Francisco de Frías, Conde de Pozos Dulces, residente en París, *Anales y Memorias de la R. Junta de Fomento y de la Sociedad Económica*, Serie IV, tomo II, La Habana, 1859.
- Isla de Cuba. Refutación de varios artículos concernientes a ese país, publicados en el Diario de Barcelona en los meses de Junio y Julio de 1859*, por Un Cubano, París, Imp. de D'Aubusson y Kugelmann, 1859.
- El Porvenir del Carmelo*, Periódico industrial, económico, de literatura y bellas artes, La Habana, enero-agosto de 1860. *El Porvenir* (Secuencia del anterior), agosto, 1860-enero, 1861.
- La cuestión del trabajo agrícola y de la población en la Isla de Cuba. Teórica y prácticamente examinada*, por El Conde de Pozos Dulces, París, Impr. Tip. de Jorge Kugelmann, 1860.
- Informe del Sr. Conde de Pozos Dulces en el expediente sobre introducción de 3,000 indios de la América del Sur, en clase de colonos*, *Memorias de la Real Soc. Económica y Anales de Fomento*, Serie V, t. X, La Habana, 1865. (56)
- El Siglo*, Diario político, económico, literario y mercantil, año II, No. 118 y sig., La Habana, 19 de mayo de 1863, y sig.
- Cartas a José Bruzón y J. S. Jorrín*, París, 1874-75-76, *Revista Cubana*, t. II, p. 537 y sig., dic. 31, 1885.
- Sobre el origen de las especies, por medio de la selección natural, etc.*, (por Carlos Darwin), 1868, Conde de Pozos Dulces, *Revista de Cuba*, t. VIII, 1880.
- Carta a José Ignacio Rodríguez*, París, 20 de noviembre, 1885, Soc. Económica, Archivo Vidal Morales, No. 39.



- Biografía del señor D. Francisco de Frias y Jacott, Conde de Pozos Dulces*, por el Dr. V. M. y M., publicado en *La Enciclopedia, La Propaganda Literaria*, La Habana, 1887.
- Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana*, por el Dr. Vidal Morales y Morales, Prólogo del Dr. Nicolás Heredia, La Habana, 1901.
- La Verdad*, por Cora Montgomery, *Luz y Paz*, Periódico consagrado a la política, a la literatura y a las Ciencias y Artes, Nueva York, año 6, No. 10, mayo 10 de 1853, p. 122.
- La Verdad*, Periódico político cubano, No. 85, Nueva York, Novbre. 17 de 1877.
- Diccionario biográfico cubano*, por Francisco Calcagno, New York, 1878.
- Morales Lemus y la Revolución de Cuba, Estudio histórico*, por Enrique Piñeyro, Nueva York, 1871.
- Revista Cubana*, t. IV, p. 277 y sig.
- Las reformas políticas y el Darwinismo. El Conde de Pozos Dulces. Carta abierta al Sr. Ricardo Delmonte, director de El País, Hojas Literarias*, por Manuel Sanguily, La Habana, año II, t. IV, junio 30, 1894.
- Cuba y América*, Vol. IV. No. 89, agosto de 1900.
- El Figaro*, La Habana, No. del 13 de julio de 1902.
- Carta de José Ignacio Rodríguez a Vidal Morales*, Archivo Vidal Morales, Soc. Económica. (Fecha Washington 23 de junio de 1885.)
- Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento, etc., de la anexión...*, por José Ignacio Rodríguez, La Habana, 1900.
- Francisco Vicente Aguilera y la Revolución de Cuba de 1868*, por Eladio Aguilera Rojas, La Habana, 1909.
- Boletín del Archivo Nacional*, t. XVIII, La Habana, 1919.
- José Antonio Saco. Documentos para su vida*, Anotados por Domingo Figarola Caneda, La Habana, 1921.
- Vuelta Abajo en la Independencia de Cuba*, Discurso de recepción, por Emeterio S. Santovenia, Academia de la Historia, La Habana, 1923.
- El Monumento a D. Francisco de Frias y Jacott, Conde de Pozos Dulces*, Asociación de propietarios, industriales y vecinos del Vedado y Príncipe, La Habana, 1927.
- El latifundismo en la economía cubana*, por Raúl Maestri, Editorial Hermes, La Habana, 1929.
- Narciso López y su época*, por Herminio Portell Vilá, t. I, La Habana, 1930.



# Rafael Ma. de Mendive, el maestro de Martí,

por Félix Lizaso.

No es la figura de Mendive de aquellas primerísimas en la formación de nuestra conciencia de pueblo, que florecieron al iniciarse el segundo tercio del pasado siglo, para hacer posible, de golpe, la existencia de un pensamiento cubano. Pero si en Cuba coinciden, en un momento esencial sin repetición, mentalidades poderosas como las de Varela, Luz, Saco, del Monte, que pueden dar la pauta universal en ciencias o en letras, o, por lo menos, concordar con tales pautas, a la generación que directamente recoge sus enseñanzas, las mantiene y perfecciona, y carga sobre sí el compromiso de trasmitirlas e inculcarlas a las que le siguen, debemos apuntarle mérito extraordinario. Depositarios de un legado que no podrán superar, saben mantenerlo y transmitirlo, como misioneros de la nueva fe, conservándolo tan puro como lo permita la mudanza de los tiempos que imponen nuevas fórmulas.

Mendive comienza a actuar en la vida intelectual cubana poco antes de mediar el siglo. Época de fiero absolutismo era aquélla. El movimiento liberal de 1848, que cambió las ideas político-sociales del mundo, produjo un cambio en las ideas de muchos cubanos ilustres, que sustituyeron el sentimiento separatista por el anexionista. Ese era el momento; pero no parece que Mendive actuara políticamente en aquella época, ni en ninguna otra posterior, de un modo muy destacado, aunque sí se afilió al movimiento reformista propagado desde *El Siglo* que, dirigido por el Conde de Pozos Dulces, aparece en abril de 1862. La labor de Mendive está en ser un animador de ideas avanzadas, un ejemplar hombre de letras que con sus publicaciones suscita modos de superar la vida colonial cubana, un poeta delicado y melodioso, y un insuperable creador de caracteres.

## Apunte biográfico.

El propósito divulgador de estos trabajos obliga a conceder algunas páginas a las fechas y acontecimientos que enmarcan toda vida. Ocurre el nacimiento de Mendive en esta ciudad nuestra, el 24 de octubre de 1821. Pocos detalles dió Vidal Morales, biógrafo de Mendive, sobre sus padres; pero en los *Apuntes para su biografía* publicados por el notable investigador don Francisco de Paula Coronado, en ocasión del centenario del nacimiento de Mendive, hallamos amplias notas sobre el particular, por las que sabemos que era el padre del poeta don Mariano Mendive, vizcaíno establecido en la Habana, comerciante y hacendado, y su madre doña Dolores Daumy, habanera, siendo el séptimo de los ocho hijos que tuvieron de este matrimonio,—porque ambos eran viudos y con hijos antes de contraerlo—, nuestro poeta Rafael María Primo de Mendive y Daumy.

Perdida prontamente la riqueza de los padres a causa de un pleito de familia, y desaparecidos éstos después cuando apenas comenzaban los años de su aprendizaje, tuvo que ingresar como alumno gratuito en una de las escuelas de la época. Gracias al cariño y protección de su medio hermano Pablo Catadiano, hijo del primer matrimonio de su madre, que se ocupa preferentemente de su educación, adquiere Mendive sus conocimientos de las letras patrias y aprende los idiomas italiano y francés.

En 1834, mediante beca, ingresó en el Real Colegio Seminario de San Carlos, estudiando latinidad, filosofía y derecho civil, terminando estos estudios en 1838, en que solicita su ingreso en la Real y Pontificia Universidad para hacer los de derecho. Allí obtuvo el grado de bachiller a claustro pleno y con nota de sobresaliente, y vencido el sexto año de su carrera, solicitaba en 1844 ser admitido a los ejercicios de grado, como lo consigna la señora Isolina Velasco de Millás en su muy completo estudio sobre Mendive. Pero lo cierto es que Mendive no se presenta a tales ejercicios, y han de transcurrir más de veinte años para que los realice.

Había interrumpido sus estudios, a lo que parece, para dedicarse a las letras. Ya entre los años de 1839 al 41 habían comenzado a aparecer en periódicos del interior de la Isla, entre ellos *El Correo de Trinidad*, las primeras composiciones poéticas



de Mendive, que hubieran estado destinadas a pasar desapercibidas, junto con su autor, sin la circunstancia favorable de que en *El Faro Industrial* de la Habana aparecieran reproducidas, con menciones muy halagüeñas que llevaron al autor a perseverar en el estudio de las letras. Por eso pudo decir Mendive que al director de *El Faro*, el insigne bibliógrafo y sapiente investigador don Antonio Bachiller y Morales, debía esta dedicación de su vida; porque dado a conocer por Bachiller, su colaboración no faltó desde entonces en las mejores revistas de su tiempo. Su consagración la determinó en 1846, su nombramiento de Secretario de la Sección de Literatura del Liceo de la Habana, lugar de reunión de los cubanos más eminentes de la época, y que a la sazón estaba en el apogeo de su esplendor. Presidida por el humanista D. Blas María de San Millán, figuraban en esa sección D. Francisco Muñoz Delmonte, D. Antonio Bachiller y Morales, D. Nicolás y D. José María de Cárdenas y Rodríguez, D. José Silverio Jorrín, D. José Antonio Echeverría, D. Joaquín de Santos Suárez, D. Ramón de Palma, D. Narciso Foxá, D. Anacleto Bermúdez y D. José Quintín Suzarte, nombres todos recogidos por Vidal Morales en su biografía. En este mismo año comienza su labor de periodista, y de benefactor de las letras cubanas diríamos mejor, iniciando la publicación de la revista *Flores del Siglo*, en unión de su amigo José Gonzalo Roldán. Un año después—1847—aparece la primera colección de versos de Mendive, con el título de *Pasionarias*, que denota su inspiración. Más tarde el juguete lírico en un acto *Gulnara*, tomado del poema *El Corsario*, de Byron, al que puso música el maestro D. Luis Arditi y fué representado en Tacón la noche de su beneficio,—folleto hoy de suma rareza como con-signa Coronado. En agosto del año 1848, asociado a José Quintín Suzarte, inició la publicación de *El Artista*, revista que conquistó pronto renombre; pero de la que se separó a poco para emprender un viaje al extranjero. En septiembre pasaba por Nueva York, donde tuvo oportunidad de tratar al filósofo Félix Varela, dirigiéndose más tarde a Francia donde estuvo en gran contacto con D. Antonio Saco, colaborando en *El Correo de Ultramar*. En Madrid frecuentó el trato de Domingo Delmonte, que ya se había instalado en aquella capital, y en su casa conoció a Cañete, Fernández Guerra, Corradi—director de *El Clamor Público*—en el cual aparecieron sus versos titulados *Desde Europa*,—y a otros

hombres de letras de la época. Hallábase aún en Madrid, en 1851, cuando apareció la colección titulada *Poetas españoles y americanos del Siglo XIX*, dada a la estampa en París por Andrés Avelino de Orihuela, en la cual se insertaban varias de sus poesías.

Deseoso de visitar Italia “y de poder fijar sus ojos—como él mismo lo decía—en el cielo bajo cuyo soberano influjo nacieron tantos y tan celebrados sabios, poetas, músicos y pintores”, embarcó en 12 de febrero de 1851, visitando Roma, Florencia y Nápoles, para regresar a París, y de allí a Cuba. Su regreso a nuestro país fué saludado por José Quintín Suzarte, a la sazón director del *Diario de la Habana*, con un suelto (aparecido en agosto de 1852), en el que decía: “El tiempo ha madurado su clara inteligencia y su espíritu se ha desarrollado e ilustrado con el estudio y los viajes: las tendencias de las poesías que ahora compone indican claramente ese adelanto, sobre que llamamos la atención con regocijo, puesto que es frecuente ver que jóvenes de esperanzas se estacionan o retroceden”.

Poco después de su llegada a Cuba fué nombrado Secretario de la sociedad anónima *Crédito Territorial Cubano*, presidida por Domingo de Aldama y dirigida por José Quintiliano García. Durante varios años desempeñó Mendive ese cargo, pero en marzo de 1863 se vió precisado a renunciarlo a consecuencia de las intrigas del español Ramón Herrera, que en esa época presidía la empresa, y que con el objeto de separar a los empleados cubanos había establecido un plan de economías, en el que incluyó la plaza de Secretario.

En 1853, unido a José de Jesús Quintiliano García, fundó Mendive la más importante de las publicaciones literarias de aquellos tiempos, la *Revista de La Habana*, en la cual publicó no sólo muchas de sus poesías, sino notables artículos críticos. En ella aparecieron, además de trabajos originales de las plumas más destacadas de Cuba, numerosas traducciones de poetas y escritores extranjeros, lo que le valió seguramente alguna crítica, a la que se refieren los directores en la nota introductoria de la segunda época de la revista, en que hallamos estas palabras: “Lo bueno traducido vale ciertamente algo, mucho más que un original mediano”. Dos épocas tuvo la *Revista de La Habana*, cubriendo ambas un lapso de cuatro años, de 1853 a fines del 57.

En el mismo año de 1853, en que se iniciaba la publicación de la *Revista de La Habana*, apareció el volumen titulado *Cuatro laudes*, en que colaboraban Zambrana, Roldán, Mendive y López de Briñas. Diez y nueve composiciones representan a Mendive en este volumen. Al producirse la suspensión de la *Revista de La Habana*, Mendive consagró algún tiempo a preparar la primera colección completa de sus poesías, que editó en Madrid con prólogo de Manuel Cañete, en 1860, apareciendo pocos meses después una nueva edición hecha en París, que poco se diferencian entre sí. La primera edición de las *Melodías irlandesas* de Tomás Moore, vertidas por Mendive, se publicó en Nueva York en 1863, reimprimiéndose en 1875, en la misma ciudad, en el taller de Néstor Ponce de León, quien en carta de ese año al poeta le daba cuenta de su propósito de publicar, con el título de *Lira Patriótica Cubana*, un volumen que incluyera las mejores composiciones relativas a la revolución, y le pedía su selección para incluirla en el libro, que por cierto nunca apareció. Años más tarde, sin embargo, fué Martí quien publicó, en el propio taller de Néstor Ponce de León, su pequeña antología de poetas de la guerra.

De 1864 a 1869 dirigió Mendive la Escuela Municipal de Varones, obteniendo el cargo por oposición. A esa labor suya y a la significación que tuvo, nos referiremos especialmente. Ahora queremos recordar que al producirse los sucesos de Villanueva, (enero de 1869) Mendive se vió complicado en ellos, detenido y deportado a España. En un trabajo escrito por José Ignacio Rodríguez, en 1887, se recuerda el encuentro que tuvo con Mendive, en los postreros días del mes de enero de 1869, cuando el poeta era conducido a la estación del ferrocarril de Guanabacoa, para ser traído a la Habana y encerrado en prisión. Vamos a reproducir algunos párrafos del interesantísimo trabajo de Rodríguez: "Ocupando el centro venía un hombre de distinguidísima apariencia, fino porte, modales exquisitos, rostro hermoso, cabellos prematuramente encanecidos, mirada clara y dulce en que resplandecían al mismo tiempo la inteligencia y la bondad. Al lado suyo, marchando respectivamente a su derecha y a su izquierda, y teniendo sobre él constantemente una mirada vigilante, venían dos soldados de la guardia civil, con el fusil al hombro y listos, como se les había advertido, a hacer fuego sobre él a la menor señal de evasión o desobediencia... Aquel hombre a quien se llevaba de aquel

modo, manteniéndolo en rigurosa incomunicación, era el ilustre poeta D. Rafael María de Mendive, arrestado la noche antes en casa de su suegra, que escapada a duras penas con los demás de su familia, de lo que el General Dulce llamó públicamente en su proclama "el escándalo de Villanueva", había venido a refugiarse en la salubre y hospitalaria villa, donde tenía una casa y varias propiedades".

Confinado a España, recibió allí tan benevolente trato, que pudo abandonar el suelo español y trasladarse a los Estados Unidos. Después pasó a Nassau, donde se reunió con su familia. Su salud se quebrantó en este lugar, al punto de que su hijo Alfredo, que formaba parte de una expedición, fué obligado a separarse por voluntad de sus mismos compañeros, que le extendieron un documento, en el que se expresaba que su padre estaba loco, en Nassau. Este documento fué fechado en Jamaica, el 22 de octubre de 1873. Salvadora fué esta circunstancia para el hijo de Mendive, que así escapó de la matanza de sus compañeros, expedicionarios del *Virginus*. El padre, sin embargo, había compuesto la poesía *Has hecho bien, hijo mío*, cuando supo que el hijo se había alistado. De regreso a Cuba, después del Zanjón, dirigió por breve tiempo el *Diario de Matanzas*, ejerciendo más tarde la profesión de abogado en el bufete de Valdés Fauli.

En 1886 le fué ofrecida la dirección del colegio de segunda enseñanza *San Luis Gonzaga*, que acababa de establecerse en Cárdenas, y allí se hallaba Mendive cuando comenzó a sentirse enfermo de modo alarmante. Poco después su familia lo traía a su casa de la Habana, donde moría el 24 de noviembre de ese año.

Lo más selecto de la sociedad habanera se reunió para tributar un gran homenaje a la memoria de Mendive. La velada que tuvo lugar el 20 de diciembre en el Teatro Tacón, congregó la representación más destacada de la intelectualidad cubana. Fué don Rafael Montoro quien pronunció el panegírico de Mendive. La reseña que de ese acto publicó Domingo Figarola Caneda en *El País*, permite apreciar la importancia del homenaje.

Lo limitado del tiempo no nos ha permitido, sino a grandes rasgos, señalar aquellos acontecimientos más importantes en la vida del poeta.



## Su poesía.

Al aparecer en 1883 la tercera y última edición de las poesías de Mendive, se publicaron algunos trabajos de verdadero valor crítico, destacándose el que apareció en *El Triunfo*, con una nota aclaratoria en que se leía: "Aunque como trabajo de redacción se publica sin firma, no dudamos que nuestros lectores reconocerán a primera vista la brillantez de estilo, la oratoria abundancia y profundidad de conceptos que distinguen al redactor a quien confió la dirección la delicada tarea de juzgar al más delicado de los poetas de Cuba". Era obvio que se trataba de don Rafael Montoro, y su trabajo es uno de los enjuiciamientos más finos y profundos que haya merecido la obra de Mendive. Poco después aparecía en la *Revista de Cuba* otro excelente trabajo, lleno de atisbos y apreciaciones personales muy interesantes, suscrito por Juan Gualberto Gómez. Quiere eso decir que los hombres más destacados de Cuba lo consideraban como uno de nuestros poetas más importantes de su tiempo. Este juicio es el que confirma Piñeyro cuando da lugar a Mendive entre los siete poetas de mayor importancia nacidos en Cuba en el siglo XIX.

Poeta fácil, de melodías simples y dulces, es Mendive: no conmueve ni arrebató, pero deja en el espíritu una sensación de paz interior y de reposo. La pasión desbordada no existe en sus versos; nos da en cambio las emociones simples y los sentimientos tiernos. De la naturaleza cantará lo tenue, lo evanescente, lo inmaterial: la gota de rocío o la música de las palmas. No es el poeta épico de la naturaleza ni de las acciones humanas, y si intenta serlo en algunos cantos civiles, como su oda a Juárez, se ve en seguida que no es esa su modalidad propia.

Sus poemas fueron con frecuencia alterados por él mismo, en el curso de los años. Su labor de pulimento fué también empresa de recortar las alas a su propio aliento poético. Pudiera decirse que el poeta volvía sobre cuanto no consideraba legítimo producto de su pura y peculiar inspiración, como sugiere Montoro; pero cierto resulta que Mendive traicionaba así su propia inspiración, los naturales sentimientos que había concebido. *Los dormidos*, la más vigorosa sin duda de sus producciones, sufrió, al ser publicada en volumen, modificaciones que desfiguraban notablemente su forma primitiva, quitándole buena parte de su

energía y aliento patriótico. Por supuesto que al proceder así, Mendive creía responder a la verdadera expresión de su sentir poético, y así debió ser, en efecto, para quien lo melodioso y puro debía constituir la esencia de la poesía. Nobles pensamientos en versos correctos y armoniosos, sería su ideal de poeta.

Menéndez y Pelayo lo juzgó en estas palabras: "Acaso no hay en la colección de las *Poesías* de Mendive ninguna cosa de primer orden ni de originalidad muy relevante, pero sí muchas agradables, lindas y aun exquisitas; y si le faltan los tonos valientes de la pasión, muestra en cambio notable sensibilidad y dulzura en la expresión de los afectos domésticos, y brilla con luz templada e igual en el conjunto de sus obras más bien que en ninguna de ellas tomada en particular". Para el maestro de la crítica española la uniformidad expresiva de su obra era característica, y a ella no fué ajena, seguramente, la paciente labor depuradora que Mendive ejerció en su misma creación poética. El juicio que merece el poeta a Chacón y Calvo, en sus *Cien mejores poesías cubanas*, es mucho más benévolo: "Representa en la poesía cubana—comienza diciendo—en una época de romanticismo excesivo e incorrecto, el sentido de la moderación, de la suavidad, de la noble sencillez emotiva". Y después, con juicio insuperable, define Chacón y Calvo el modo peculiar de Mendive: "El fondo de su arte está en el sentimiento de lo transitorio y leve, en cierta delicada manera de asociar los momentos esenciales del espíritu a los dispersos y fugitivos de la vida exterior. No siente profundamente la naturaleza, pero su culto es nota predominante, muy personal y viva, en la mayor parte de sus composiciones. No asciende a las cumbres del arte lírico, pero son raras las caídas y las bruscas desigualdades en su poesía amable y serena. Tuvo conciencia plena de sus recursos y facultades; la emoción sencilla halla sin esfuerzo la expresión adecuada, la idea elemental su forma propia, clara y comprensiva". Difícil es, después de juicio tan certero y fino, definir mejor la poesía de Mendive.

Todo en Mendive, hasta sus traducciones, está en armonía con las predilecciones de su espíritu. Surge precisamente en los momentos culminantes del romanticismo, asiste a su pleno apogeo, y sin embargo, su obra parece una reacción contra los excesos románticos. Traduce a Byron, Hugo, Lamartine, Moore, Rossetti, sus poetas predilectos, figuras excelsas del romanticismo, pero es-

coge en cada caso las composiciones que mejor se avienen con su propia inspiración. No podrá salir de la poesía eminentemente lírica, y dentro de ella, de los temas de inspiración simple, delicada y melodiosa.

La consecuencia de Mendive con su propio credo poético, a través de su obra de cerca de cincuenta años, es un indicio de la firmeza de su carácter y convicciones.

## El maestro.

En 1864 el Ayuntamiento de la Habana creó tres colegios de instrucción primaria superior, respondiendo a necesidad muy sentida de las clases humildes de esta ciudad, cuyos niños debían conformarse con la escasa instrucción primaria de los pocos colegios gratuitos que existían. El Ayuntamiento de la Habana y la Junta Local de Instrucción trabajaron con entusiasmo para hacer pronta y eficaz realidad la creación de tales escuelas, y apenas esto sucedió Mendive dirigió al Gobernador Superior Civil una instancia, que tiene fecha 22 de noviembre de 1864, solicitando la dirección de la escuela superior de varones, como consecuencia de los méritos que a su favor aducía. Como títulos materiales invocaba los de Bachiller en Jurisprudencia, individuo de número de la Real Sociedad Económica y profesor de instrucción primaria y superior; pero otros títulos de mayor trascendencia aducía el poeta: “Amante decidido y ardoroso de la difusión de los conocimientos iniciadores del saber y de las ideas civilizadoras—dice en su escrito—hubiera consagrado sus esfuerzos mucho tiempo hace a la dirección de una casa de enseñanza, si circunstancias particulares no se lo hubieran impedido; pero en cambio, satisfizo sus deseos dedicándose al periodismo todo el tiempo de que le permitieron disponer atenciones y exigencias de su vida como padre de familia”. Y recalcando que en el periodismo había hecho cuanto había estado en su mano “para influir en el adelanto y mejoramiento de la sociedad en que vivía”, precisaba sus contribuciones publicando la *Revista de la Habana*, *El Artista*, *El Correo de la Tarde*, *El Diario de la Habana*, y los fundados y redactados en Madrid, *La Crónica de Ultramar* y *La Reforma*. Hizo resaltar también “la influencia que por muchos años había ejercido en la juventud que con más fervor y mejor vocación se había dedicado al estudio de

las letras en nuestro país”, “llegando su entusiasmo en este benéfico comercio de la inteligencia, al punto de hacer de su morada el centro de reunión donde con más asiduidad han acudido siempre muchas personas distinguidas en letras y en ciencias con el único y especial objeto de leer, estudiar y discutir las cuestiones más interesantes”.

El jurado designado para calificar los méritos de los aspirantes estaba compuesto, según consigna Vidal Morales, de diecinueve personas de las más distinguidas del país, y recayó en Mendive la proposición para Director de la Escuela Superior de Varones, con el sueldo anual de tres mil pesos—no omito este detalle para que se note que no siempre ha sido miserable la retribución de los maestros—, proponiéndose Ayudante primero a D. Miguel Ventura y segundo ayudante a D. Manuel Sellén. Aceptó el Gobernador Superior Civil las proposiciones hechas por el jurado, e hizo constar haberse tenido en cuenta, “además del carácter que le imprimen sus títulos, sus méritos literarios y buenos antecedentes”, lo que dió oportunidad a que se publicara, en el editorial de fondo del *Diario de la Marina*, una nota muy interesante que en parte vamos a dar a conocer: “Generalmente conocido y apreciado el señor de Mendive como caballero y poeta distinguido, su elección para este honroso aunque modesto cargo, será aplaudida en razón de la indisputable aptitud y demás méritos que concurren en el profesor electo. Pero aparte del acierto y justicia que señalan esta elección, se nota en ella una circunstancia que no debemos dejar pasar inadvertida, y es el expresarse en la disposición superior que se tiene en cuenta, además del carácter que le imprimen sus títulos, los antecedentes literarios del agraciado. Esta consagración del mérito literario del cual en los negocios ordinarios de la vida suele hacerse poco aprecio, es un noble estímulo para los que se consagran a la difícil carrera del arte, que acredita nuevamente las rectas e ilustradas miras de la primera autoridad de la Isla”. Esto que consignó el *Diario de la Marina* hace más de setenta años, mercede que se destaque, porque aún hoy son rarísimos los casos en que para las designaciones de cargos públicos se tenga en cuenta “la consagración del mérito literario”, aun tratándose de algunos que requieren, por su misma índole y función creadora y animadora, una imprescindible ejecutoria cultural. El suelto del *Diario de la Marina* revela que se vivía un momento en



que las autoridades se inspiraban en el deseo de acertar por el camino de la justicia y del respeto, máxime si se tiene en cuenta que las designaciones hechas movieron protestas de maestros españoles que combatieron el nombramiento—como nos ha hecho saber el biógrafo de Mendive, Francisco de Paula Coronado—, “alegando que un poeta no podía ser un buen director de escuela”, lo que movió al Conde de Pozos Dulces a publicar en *El Siglo* un artículo en defensa de la designación y elogio de los poetas.

La apertura de la Escuela Superior de niños se celebró el día 19 de marzo de 1865, bajo la presidencia del canónigo D. Domingo García Velayos, Vicepresidente de la Junta Local de Instrucción Pública, y con la asistencia de los vocales Juan Francisco Chaple, Nicolás Azcárate, Ramón Zambrana, Felipe Lima Renté, José Ma. de la Torre, y Vicente Martínez Ibor, además de las personas invitadas y niños que habían de ingresar en la escuela. En el acto leyó Mendive un breve discurso, que hemos tenido oportunidad de copiar del original, conservado en el archivo de la Biblioteca de la Sociedad Económica de Amigos del País. Desconocido este documento, así como los demás que hemos reseñado en relación con las actividades docentes de Mendive, no dudamos en darlo a conocer íntegramente:

“Me levanto, Sres., no para hacer un discurso, porque tengo entendido que en esta clase de actos la *verdad*, que es fuente inagotable de toda elocuencia, *está más en los hechos que en las palabras*. Sin embargo, me permitiré dirigir algunas frases a las respetables personas que me escuchan, referentes al honroso cargo que se me ha conferido, y más que a esto, a la delicada misión que sin reserva alguna he aceptado sin que para ello me guíe otro propósito que el de ser útil en cuanto me sea posible al progreso intelectual de mi país.

No haya temor de que para expresar mi pensamiento ponga en juego los gastados resortes de que por desgracia se hace uso con tanta frecuencia, aun tratándose de cosas tan serias como lo es la educación: semejantes medios podrán servir de aparente justificación a los que, educados en el repugnante tráfico de la lisonja, se complacen en hacer gala de una erudición que contrasta lastimosamente con los resultados prácticos de su vida como maestros y educadores.

Hecho, y muy elocuente, es sin duda la inauguración de esta escuela; sus puertas acaban de abrirse para dar entrada a ese grupo de niños que *por pertenecer a las clases menesterosas despier-*

*tan mayores simpatías*; nuestro Ilustre Ayuntamiento ha proporcionado con larga mano todos los recursos que son de desearse para llegar a buen término; las Comisiones de la Junta Local de Instrucción Pública han secundado con un celo digno de todo elogio las miras de aquella ilustre corporación y de todos los que nos hallamos reunidos aquí animados por la más viva fe, por el más sincero entusiasmo; ¿pero es esto todo, Sres.? ¿Habremos de conformarnos nosotros, *hombres del porvenir*, con lo que en estos momentos vemos, sin levantar el pensamiento a mayores consideraciones haciendo votos porque el desaliento no nos sorprenda a la mitad del camino? Ciertamente que no. Y de mí sé decir que si no me sintiera animado por otro deseo que por el bien pobre de hacer uso de la palabra en este instante, antes que aceptar responsabilidades ajenas a mi carácter hubiera vuelto la espalda a la Dirección de este Instituto.

Convencido como estoy de *que el espíritu de la época*, por más que otra cosa se diga, *es eminentemente práctico*, habré de procurar, en cuanto en mis fuerzas esté, imprimir en la enseñanza que haya de darse a los niños que vengan a recibirla *un carácter diametralmente opuesto al que por desgracia se observa en otras partes*. Sacar de las tinieblas de la ignorancia a seres que por carecer de los medios necesarios naufragan en el insondable mar de los vicios no bien abren sus ojos a la luz de la razón, es indudablemente una misión en extremo delicada; pero cuando se reflexiona que todo el bien que se hace a esa clase es un deber y no una concesión; cuando se piensa que todo lo que sea alejarla de los centros de degradación en que se ve sumida es traerla a la ilustración, al progreso, a la luz, al movimiento, para colocarla a nuestra propia altura, entonces no es posible desmayar en la tarea porque fuera hacer traición a las más íntimas convicciones.

Niños habrá de los que ingresen en este Instituto que sepan al dedillo la lamentable historia de recriminaciones con que en todos tiempos han regalado en sus horas de dolor los necesitados a los que poseen. Pues bien: el mayor triunfo que pueda alcanzarse en esta lucha será borrar del corazón de ese mismo niño todas las prevenciones, todas las sospechas y aun todo el odio de que se halla poseído, merced a los ejemplos de caridad, de mansedumbre, de amor que envueltos en el saludable manjar de la enseñanza podamos proporcionarle a fin de que al volver ya hombre al seno de su familia pueda ser a su vez no una sombra que la ofusque, sino una estrella que la ilumine.

Para alcanzar este resultado demás estará decir que procuraré antes que todo formar corazones religiosos por ser ésta, en mi concepto, la base de todo progreso moral: a la indiferencia opondré siempre el convencimiento, y al fanatismo el libre uso de la razón, únicos medios de llegar a la verdad sin violentar de un

modo lamentable la inteligencia del niño en su natural desarrollo. Ni me olvidaré tampoco de inculcar con el ejemplo y con la palabra la necesidad de ser modestos para no caer en los tristes desengaños en que con frecuencia se ven envueltos los que, deslumbrados por el brillo pasajero de la gloria de un día, llegan a los últimos años de su vida sin haber hecho otra cosa que adornarse a sí mismos.

Ignoro, Sres., si tendré fuerzas para llevar a buen término mis propósitos; pero sí sé que cualquiera que sea el resultado, mi conciencia no me acusará de haber faltado a las rectas intenciones que en este momento abrigó.

Dentro de un breve plazo volveré a presentarme aquí, para dar cuenta de los resultados obtenidos durante el año escolar y entonces podrá juzgarse con la elocuencia de los hechos si he merecido o no la honra que se me ha dispensado nombrándome Director de esta Escuela”.

De aquel Ayuntamiento que en 1864 proporciona “con mano larga” todos los elementos indispensables para que funcionen unas escuelas en que han de recibir enseñanza cientos de niños pobres, se ha de hablar con encomio siempre que surja la oportunidad, como se hablará siempre con elogio de todo gobernante que, percatándose de las necesidades de su época, sepa ponerse a tono con ella y acoger con generoso entusiasmo las empresas de mejoramiento colectivo.

Puso de relieve Mendive, en aquella oportunidad de su discurso, ser hombre que trabajaba por la verdad y por la justicia. Consideraba el mayor de los deberes contribuir al beneficio de las clases más necesitadas, que por lo mismo merecían mayores simpatías, y lanzaba su programa de imprimir a la enseñanza un carácter eminentemente práctico, en consonancia con los tiempos y en desacuerdo con las normas entonces generalmente establecidas. Bien sabía Mendive que los niños que iban a asistir a su escuela elemental superior debían adquirir una preparación que los capacitara para la vida de los nuevos tiempos, y esa preparación habría de tener un carácter marcadamente práctico y científico, por sobre lo literario y filosófico.

Presumimos que el discurso de Mendive no fué muy del agrado del canónigo García Velayos, que presidía el acto, quien después de excitar a Mendive a que desplegase la actividad necesaria en su cargo, le sugirió la conveniencia de nombrar un sacerdote

para las clases de religión y moral. Mendive había hablado de su propósito de "formar corazones religiosos", y el canónigo no pareció muy seguro de los fines que Mendive se proponía y quiso imponerle la religión dogmáticamente, la religión del Estado. Por suerte, en aquellos embarazosos momentos pidió la palabra Ramón Zambrana, el entrañable amigo de Mendive, quien expresó haber convenido ambos en encargarse él de tales clases. El incidente, que se hizo constar en acta, llamándolo así, incidente, fué seguramente bastante desagradable para Mendive, que veía de pronto coaccionada su autoridad y hasta un asomo de persecución para la obra que iba a emprender.

Las cosechas futuras confirmaron las palabras iniciales de Mendive en su discurso, cuando expresaba que la verdad está más en los hechos que en las palabras. En su colegio se formaron hombres como José Martí y Fermín Valdés Domínguez, y uno de los pensamientos que más íntegramente revelan el carácter de Martí—"hacer es mi mejor modo de decir"— parece complemento de las palabras del maestro.

El sentido religioso que Mendive quería infiltrar en los corazones jóvenes no era, no podía ser el mismo que el canónigo García Velayos se apresuraba a reclamar para su Iglesia. Lo que Mendive ansiaba sembrar en sus alumnos era algo muy distinto: un sentido religioso de la vida, fuera de todo dogma, tal como podemos hallarlo expresado en los diálogos platónicos, en las doctrinas sutilísimas del neoplatonismo, y más cercanamente en los trascendentalistas, especialmente en Emerson, y aun tal como nos parece reflejarse en la unción con que Romain Rolland nos presenta a su Juan Cristóbal.

El Dr. Coronado, en sus importantísimas notas publicadas en *El Figaro* con ocasión del centenario del nacimiento de Mendive, aclara un extremo curioso de la coexistencia de la Escuela Municipal Superior de Varones y del Colegio *San Pablo*, también dirigido por Mendive. Nació el colegio *San Pablo*,—que llamó así porque Luz y Caballero había llamado al suyo *El Salvador*—por la necesidad en que se vió Mendive de buscar un medio de subsistir, porque el Ayuntamiento le abonaba sus sueldos con grandes atrasos. En Prado número 88, en la misma casa en que funcionaba la Escuela Municipal, estableció el colegio *San Pablo*, de primera y segunda enseñanza, pero con su cuerpo propio de profesores.

## Mendive, maestro de Martí.

Certero guía fué para Mendive su cariño de hijo por José de la Luz, en su apostolado de maestro. A la Escuela Municipal Superior debió llegar Martí en 1866, es decir, a los 13 años, cuando a duras penas pudo conseguir la autorización de sus padres para continuar sus estudios.

Pronto va a ser su gloria sus sueños de colegio, como apuntó después en las páginas maravillosas de *El presidio político en Cuba*. Y es que Mendive no ha de limitarse a ser un maestro más que imparte enseñanzas; será para Martí, como para muchos otros de sus discípulos—para Fermín Valdés Domínguez especialmente también—el padre espiritual que guía sus pasos y da aliento a sus corazones. En las cartas de Martí a su maestro se desborda la devoción que le inspira; sólo el gusto de serle grato, de expresarle su íntima admiración, de hacerle sentir su reverencia de verdadero hijo para el que no hay placer mayor que prestarle un buen servicio y saberlo contento, mueven sus actos y su pluma.

Pronto entre maestro y discípulo se establece profunda penetración. Los adelantos de Martí en el colegio han hecho que Mendive lo matricule, de su peculio, en el Instituto de Segunda Enseñanza, comprendiendo el ansia profunda de conocimientos que alentaba en el fondo de aquella alma. En los exámenes de junio de 1867, Martí no sólo ha logrado nota de sobresaliente en muchas asignaturas, sino que ha obtenido el premio por oposición en la de Aritmética; y Mendive ha hecho publicar en *El Siglo*, el gran periódico que dirigía Pozos Dulces, y en *El Eco de la Habana*, unos sueltos muy elogiosos. El discípulo no defraudaba al maestro, correspondiendo a la esperanza que había puesto en él; pero tampoco el maestro defraudó al discípulo—cuando ya éste pudo enjuiciarlo—porque muchos años más tarde trazó Martí, en una carta breve para su gran contenido, la más pura y alta silueta moral y espiritual.

En el colegio amigos y condiscípulos tenían a Martí por el más cercano de todos al maestro Mendive. Y así era en verdad, porque fué en aquella casa como uno más de la familia. De fascinación puede calificarse el influjo que sobre su discípulo ejercía Mendive, si juzgamos por su reverente devoción al genio tutelar del maestro.

En refugio de amigos escritores que con él compartían las ansiedades de la época, se convertía la casa de Mendive ya terminadas las clases. Surgían otra vez sus reuniones literarias a las que asistía un grupo de amigos fervorosos, entre los que resultaban asiduos algunos de los viejos contertulios—Valdés Fauli, los Sellén, Isaac Carrillo O’Farrill, Cristóbal Madan, José de Armas y Céspedes. Algunos discípulos participaban discretamente de las reuniones, otros se acercaban tímidamente, tan quedos y silenciosos que pudieran pasar desapercibidos. Entre ellos no había de faltar Martí, que con su impresionante seriedad y la mirada puesta en una lejanía imprecisa aún, parecía estar siempre soñando, mientras en lo hondo de su ser sentía crecérselo y precisársele el anhelo de saber y de poder, para una futura actuación en la vida de su patria.

A veces Mendive—que hasta en su pobreza pareció un Meceñas—se veía precisado a ofrecer una ayuda de dinero a alguno de sus amigos necesitados: Martí entraba entonces en funciones y le ayudaba a maravillas a realizar el servicio, empeñando el reloj del maestro. En una ocasión él mismo le llevó un reloj nuevo que le habían comprado los discípulos que le querían, y se lo había dado, llorando.

El gusto de enseñar movía a Mendive a dar su clase de historia, ya de noche, rodeado de su familia y de algunos de sus discípulos más cercanos. En la carta de Martí en que maravillosamente apresó la visión estremecida de aquella gran figura, y de la que no puede prescindirse cuando se quiere dar la impresión y medida de aquella vida, hay estas palabras: “Era maravilloso —y esto lo dice quien no usa en vano la palabra maravilla—aquel poder de entendimiento con que, de un ojeada, sorprendía Mendive lo real de un carácter; o como, sin saber de ciencias mucho, se sentaba a hablarnos de fuerzas, en la clase de física, cuando no venía el pobre Manuel Sellén, y nos embelesaba”. Después, ante un tribunal en que estaban Valdés Fauli, Pozos Dulces, Luis Victoriano Betancourt, los discípulos que habían demostrado un gusto en aprender sólo comparable al del maestro en enseñar, decían cuanto sabían, y era un torneo de esmeros para ellos, empeñados en demostrar al maestro la eficacia de sus desvelos.

La compenetración entre Martí y su maestro debió ser absoluta. La admiración que despertaba en el tierno estudiante, y que

éste dejaba traslucir continuamente, debía impresionar a un temperamento sensible como el de Mendive. Su afán de saber, su lucha con el padre obstinado que quería arrancarlo de los estudios contrariando su gran vocación, movieron su protección y su piedad. Y Martí fué como un hijo para Mendive. A él le dictaba, al caer la tarde, antes de que comenzaran a llegar los amigos de la tertulia, las escenas de su drama *La nube negra*, o algún capítulo de su novela de la sociedad habanera. Otras veces Martí copiaba con su bella letra los nuevos versos del maestro y se los aprendía para recitarlos después a sus amigos del colegio. ¿No era Mendive el traductor delicadísimo de las melodías irlandesas de Moore? Pues Martí, en sus horas libres, intentará traducir nada menos que el *Hamlet*, aunque se conformará después con *A Mystery*, de Byron.

Refugio fué la casa de Mendive de perseguidos y de necesitados: allí aprendió Martí a comprender el dolor de los cubanos. Se empapó su espíritu tanto de la poesía de Mendive, como de sus pensamientos de cubanos y de sus ansias de libertad. Cuando aquel grupo que rodeaba a Mendive, seguía en el mapa de Cuba, de codos sobre el piano, la marcha de Céspedes, Martí asistía, ansioso, a los comentarios.

La prisión de Mendive, en 1869, como consecuencia de los sucesos de Villanueva, realizaron la definitiva transformación de Martí en hombre. Ya sabemos que no había sido nunca niño como los demás: en las horas de recreo del colegio se le veía estudiar o conversar gravemente, ajeno a los esparcimientos de sus compañeros. Y la prisión de Mendive le revela de pronto la honda intensidad del drama cubano que hasta entonces había conocido a distancia.

Su deber está en servir denodadamente al maestro. Su discípulo Fermín Valdés Domínguez nos dice cómo con increíble decisión a su edad se presenta al Gobernador Político Gutiérrez de la Vega, y obtiene, sin recomendación de ninguna clase, un pase para poder entrar en la prisión. Diariamente lo visitaba en el Castillo del Príncipe, acompañando a la esposa, sirviéndola incansablemente en su ansiedad de hacer más soportable la estancia del poeta en la prisión. Agrega Valdés Domínguez que Martí se portó en aquella oportunidad como un hombre valeroso y altivo: así se portará siempre en lo futuro. El hombre que va a ser Martí,

hechura en buena parte de Mendive, ofrece al maestro los primeros inequívocos testimonios de su textura.

Martí sale formado de las manos de Mendive. Sus rasgos fundamentales, si no los adquiere de aquel contacto, como consecuencia de él cristalizaron y adquirieron consistencia definitiva. Es muy probable que si Martí hubiera sido destinado, como quería su padre, a empleado de oficina, sin otra perspectiva superior, no hubiera llegado a ser lo que fué. Pudo, por el camino de su misión apostólica, haber tenido tanta significación como en ese aspecto logró; pero el hombre guiador del futuro, con mensaje para todo un continente, el pensador y el estadista insuperable de América que Martí es en la actualidad, no hubiera podido serlo sin la misión tutelar ejercida por Mendive en su formación.

Aun los mismos conceptos fundamentales en que descansa la prédica martiana—decoro, dignidad, justicia, simpatía para los humildes, pureza de pensamiento y de obra—eran virtudes atesoradas por Mendive, que si no las infiltró en Martí, porque acaso ya estuvieran en potencia en él, sí contribuyó seguramente a afianzarlas y a definir las.

Muy poco después de la prisión de Mendive va a presentarse nueva coyuntura que permitirá a dos de sus discípulos, hermanados ya de por vida, demostrar cuál era el concepto de la dignidad en los hombres formados en aquella escuela. Corría el mes de octubre de 1869. El maestro había sido deportado, y Martí se encuentra como perdido entre sombras; pero son firmes sus convicciones. Un condiscípulo del colegio de Mendive, que era cubano, se ha incorporado como oficial español, y Martí y Valdés Domínguez lo recriminan duramente, y le dicen: “Esperamos que un discípulo del Sr. Rafael Ma. de Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta”. ¿Es posible pedir una definición más cabal de lo que fué la escuela de Mendive? Esta carta, hallada en un registro, es la causa de la prisión de los jóvenes, y de su condena y posterior deportación; pero es curioso anotar el hecho apuntado por Valdés Domínguez de que cada uno se atribuyó, en sus declaraciones, ser el autor de la carta: ninguno traicionó al otro, ni aun en el careo que se celebró.

Interminable sería señalar en la obra realizada por Martí la influencia de su maestro. Queremos, sin embargo, referirnos a su primer libro escrito en el destierro—*El Presidio político en*



*Cuba*— Solamente quien tuviera de la honra, de la libertad, del deber, un concepto casi místico, hubiera podido escribir ese maravilloso poema en prosa que es *El Presidío político en Cuba*. Dieciocho años tenía Martí cuando lo escribió y lo arrojó como una ignominia al rostro mismo de los opresores de Cuba. Dos años hacía que había abandonado las aulas del colegio de Mendive; pero en ese poema está presente la sombra augusta del maestro. Debíó escribir su poema sintiendo la presencia imborrable de la figura patriarcal que asentía a cada nueva estrofa del poema restallante y profético. Aquella fe en su destino y en el triunfo definitivo de la justicia, se lo infiltró Mendive con su suavidad de alma y su pureza de pensamiento. Oidle cuando nos dice en este poema: “El orgullo con que agito estas cadenas, valdrá más que todas mis glorias futuras: que el que sufre por su patria y vive para Dios, en éste u otros mundos tiene verdadera gloria”. Aquella profunda religiosidad a que aspiraba Mendive, impregna todo este poema escrito por el discípulo, religiosidad que nunca dejará de asistirle en su vida, religiosidad que no quiere decir credos parciales, sino actitud de pureza reverente ante las cosas y los hombres. Sólo la obra escrita con esa unción está llamada a salvarse, para ser guía de los hombres; por eso la obra de Martí está salvada y penetra cada vez más en nuestros espíritus. No es el razonamiento ni la inteligencia lo que dictan en la sombra de su ser cada palabra; por sobre ellos está la unción del espíritu impregnado de esencias místicas.

Y si la vida de Mendive por sí misma merece ser considerada como la de un hombre que vivió para el espíritu, para la superación de su tiempo y el mejoramiento de su país, como vida excelsa debemos considerarla, porque fué la del hombre que modeló la figura única de José Martí.



# **Anselmo Suárez y Romero, el cantor de la naturaleza guajira,**

**por Manuel I. Mesa Rodríguez.**

Uno de los personajes en la Literatura cubana que con más justicia merece los honores de un libro, por el matiz tan vario que presenta, es sin duda alguna Anselmo Suárez y Romero. El fué, entre otras cosas, escritor delicado, jurista sapiente y maestro excelentísimo; y sin embargo, es, una figura olvidada, desconocida, no aun para las clases populares, sino para las mismas clases letradas, y los que acaso saben su nombre, lo más que conocen es que escribió una novela llamada *Francisco*, que es a lo más lo que suelen mencionar los textos de literatura, sin conocer la referida obra, y sin que sepan tampoco, como es en realidad, el más grande cantor de la naturaleza campesina de Cuba, el más tierno narrador del alma guajira, y que esto, por sí solo, aun cuando no hubiera producido más obra, es suficiente a colocarlo entre los primeros, y no obstante, es, repito, un desconocido en su propia tierra, en esta tierra por él cantada con tan galano estilo.

No es de extrañar que pueda haber por mi parte, un tanto de apasionada admiración en el estudio de la figura de Suárez Romero, hay cierta comprensión entre el personaje y el disertante, quizá por haber vivido en algún modo, en las vidas íntimas, instantes parecidos, y por otra parte, porque no sé yo hablar de personajes por los que no sienta cierta admiración y con cuyas vidas me encariñe un poco. Así he hablado de Luz y Caballero, de Saco, de Varela, de Cortina, El Lugareño y de Martí. Lo que edifica y construye, es lo que ha de enseñarse, y en mi labor de maestro he cuidado siempre de desechar la broza y escoger lo mejor de mi patria para mostrarlo a mi pueblo, seguramente con



el afán secreto de que encuentre elementos de estímulo para producirse mejor, a ello se debe quizá el que hace tiempo anhele un libro sobre Suárez Romero y la reproducción de sus obras.

El medio, factor que como se ha dicho ya sobadamente, influye en el individuo por modo considerable, pudo influir sobre manera en Suárez Romero, y sin embargo no influyó, porque él se apartó de continuo del suyo, impelido por una serie de complejos y sentimientos de inferioridad, que se dice ahora, y estados de ánimo o neurosis, que se decía antes. No permite el espacio de esta conferencia, (pero sí será motivo del libro) el hacer un estudio de este aspecto curioso e interesante en Suárez Romero y que tan explicado encontramos en algunos capítulos de *El Sentido de la vida*, de Adler y en *Los Sentimientos de Inferioridad*, por Oliver Brachfeld. Baste señalar aquí como de pasada, el hecho de que no quiso aceptar una posición en el *Colegio del Salvador*, junto a José de la Luz, porque no se consideraba suficientemente preparado, y era nada menos, sin embargo, que el hombre que había producido un libro de tal templadura, que Don Pepe lo utilizaba como de texto en la clase de Lectura, con el propósito de hacerle el gusto a sus discípulos.

Cuba era en los momentos en que Suárez Romero vivió, país dominado por la fuerza de la conquista, bajo la bota del Capitán General y envilecido por el tráfico vergonzante de la esclavitud.

Los hombres de aquel momento no tenían libertad de poder expresar con la palabra o la pluma sus más caras ilusiones; y vivía Cuba, no obstante, su Siglo de Oro intelectual, era el tiempo de Del Monte, Luz, Saco, los González del Valle, Milanés, Mendive, Piñeyro y tantos que en el recorrido de aquel período, haría interminable la relación. Es bueno decir, para una mejor comprensión de los oyentes, que Suárez Romero nació el 21 de Abril de 1818, hijo de José Ildefonso Suárez que después de haber sido juez de Letras en 1821 en la villa de San Antonio Abad, desempeñó alto cargo junto al tristemente célebre Cap. Gral. Miguel Tacón y Rosique, cosa que influyó más tarde en muchas de las desventuras de Suárez Romero, por aquello de que la culpa de los padres han de pagarla los inocentes. Lutgarda Romero llamóse su madre.

Ha dicho Vidal Morales en la Biografía que de Suárez publicó en 1878 en *Revista de Cuba*, que en la novela *Francisco*,

en el apéndice final deja escrita su autobiografía; de la única edición en cuerpo de libro que conozco y cuyo ejemplar tengo a la mano, no hay ningún apéndice, y la "advertencia" que aparece al frente de la obra, es, la explicación que da Suárez en 1875 de lo que es su obra escrita hacía treinta y siete años. Sin embargo es de notar que *Francisco* fué publicado aun cinco años más tarde, en 1880, por Néstor Ponce de León en su librería famosa de Nueva York. He hecho esta aclaración porque no existe dato alguno en la forma en que lo refiere Vildal Morales para la biografía de Suárez, y si convenimos con él, en que por ello se sabe que no es su primera obra y que fué recogida primero, en 1838, en manuscrito con otro nombre que le dió Domingo del Monte. Como convenimos también en que hay bastante material en *Juicio sobre mis obras, Educación, Mi vida como preceptor*, y en su polémica con Enrique Piñeyro para saber de los sinsabores y las alegrías, de las alternativas de su vida, pero no suficientes para conocer todo lo que palpité en él, si hemos de hacer biografía moderna, siguiendo las normas señaladas por Lytton Strachey en su *Reina María* y preconizadas por Maurois en su libro *Aspectos de la Biografía* y que han puesto tan en boga hoy Stefan Zweig, el propio Andre Maurois, Belloc, Gide, Davray, Lenotre y Emil Ludwig.

La posición económica fácil de su familia, en los primeros años, por el cargo que ostentaba su progenitor, le colocó en el medio de relaciones más brillante de entonces, y fué alumno de los dominicos, de José Benito Ortigueira, sacerdote que encontramos con frecuencia figurando como preceptor de cubanos distinguidos; y del Seminario de San Carlos en que escuchó, entre otras, las explicaciones de filosofía de Francisco Javier de la Cruz, tipo tan bellamente pintado con pocas frases en *Cecilia Valdés*, por Cirilo Villaverde, cuando en el capítulo IX narra la charla que en el corredor del Seminario sostienen éste y José Agustín Govantes el sabio jurisconsulto y José Antonio Saco el hombre de más talento que ha producido Cuba. En aquel Seminario está justamente por la época en que Suárez asiste a sus clases lo más selecto de la intelectualidad criolla, ya ha dejado en él su simiente el Padre Varela, ya ha abonado el camino Saco, y ha dicho su palabra evangélica José de la Luz; corre el año de 1837 cuando recibe el grado de Bachiller en la Real y Ponti-

ficia Universidad, y con aquel título en su poder, se cierran por el momento sus posibilidades de estudio, que hará al fin en largos años, y se inician las cuentas de un rosario de dolores y amarguras que sólo tienen fin, el día en que la muerte amiga, lo despoja de la materia y le hace entrar en nueva vida.

Del Seminario se lleva un amigo conquistado para siempre, grande intelecto, que se las hombreó con Pepe de la Luz, y que hoy por esa condición de los pueblos nuestros de adorar orepales y sonajas, está tan olvidado como él, José Zacarías González del Valle fué el amigo predilecto de Suárez Romero, al que se referirá siempre; a la muerte de aquel nos dice una de sus páginas más tiernas, de las que para presentaros ya, algo de la producción de Suárez, como me propongo, tomo estos párrafos de la más exquisita ternura: "Escribimos bajo una impresión altamente dolorosa, y perdonable nos sería cualquier omisión involuntaria. No era la afeción que comúnmente se profesan los amigos, la ternura que entre Valle y nosotros existía; era el cariño de dos hermanos. Juntos estudiamos, juntos hicimos muchos ejercicios literarios, juntos andábamos casi siempre, juntos reíamos o llorábamos en horas de alborozo o de amargura, juntos nos alegrábamos de que una miseria hubiese desaparecido del lado de la humanidad, juntos nos complacíamos en decirnos que amábamos a la patria, a los hombres, y a Dios."

Y al final del trabajo referido añade:

"Tantas esperanzas se han trocado por un recuerdo; pero este recuerdo será indeleble en el corazón de los que tuvimos la dicha de tratarlo íntimamente, y de saber, cuando estrechábamos sus manos, que nunca se hallaban frías para la amistad, ni para amparar a los desgraciados. Muerto ausente de su país, una esposa amante lo acompañó en sus últimos momentos, y nada faltó para honrar el cadáver de nuestro amigo; pero ¡ay! no se derramaron entonces todas las lágrimas que pudieron haberse vertido, y, al expirar, ciertamente que sus ojos echaron de menos el sol de los trópicos."

Es de advertir que este tono quejumbroso se repite con frecuencia en Suárez y Romero y que su producción en términos generales se resiente de esta condición, mas no siempre se manifiesta bajo ese aspecto, momentos hay en que la queja se ele-

va a anatema y fustiga y flagela los vicios y errores de la sociedad, lo que ha sido motivo para que con justicia se le considerase como nuestro *primer moralista* por Vidal Morales.

Domingo del Monte fué el descubridor de los valores literarios, artísticos y morales de Suárez Romero y se encargó de ponerlo en contacto espiritual con lo más distinguido de su cenáculo literario, y cuya impresión se ofrece magnífica en el párrafo de una carta del ilustre mecenas a José Jacinto Milanés que tiene fecha 30 de Mayo de 1838:

“Tenemos otro jovencito que empieza a darme esperanzas. En el tercer número del *Album* saldrá una composición suya en prosa, titulada *Carlota Valdés*. Se propone pintar en ella el sentimiento de la orfandad en una muchacha hija de la Cuna. Tiene rasgos tan delicados como los más suaves de Silvio Pellico. Es todo blandura y amor. Se llama Anselmo Suárez.”

En este momento, tiene Suárez, 20 años, acaba de cumplirlos el mes anterior, y a esa edad, se tiene conquistado tan alto concepto nada menos que de Domingo del Monte, jerarca indiscutible de los literatos y pensadores cubanos del siglo pasado.

Como quiera que mi propósito al aceptar este turno en el ciclo de conferencias populares organizado por el Ayuntamiento de la Habana, y a que me invitara mi cordial y buen amigo el Dr. Emilio Koig de Leuchsenring, no ha sido el que sepáis como yo pienso o siento sobre Suárez Romero, sino que lo conozcáis a él, que es según entiendo, el objeto primordial de este empeño de difusión cultural, os diré, ya preparados ustedes un tanto, en líneas generales, de lo más preciso referente a Suárez Romero; quiero deciros que antes de hablar y presentar trozos selectos del cantor incomparable de la belleza guajira cubana, y porque he dicho que no siempre su prosa es lastimera voy a daros a conocer al preceptor, y al moralista que hay en él, en que con elegancia y con energía se señalan vicios de nuestra vida social, quizá agravados al presente pese a la cacareada civilización de que blasonamos; en un artículo que lleva por título *Incompleta educación de las cubanas*, hay estos párrafos de incomparable belleza:

“Nosotros tenemos la culpa de los vicios que en muchas de ellas nos afligen, nosotros, que amedrentados de pensar en los

resultados que podría traer el dejarse una alumna en el período de la adolescencia dentro de los muros de los institutos mal gobernados, adoptamos la resolución, o de educar a nuestras hijas en el extranjero, o, lo que con más frecuencia sucede, de interrumpir prematuramente su instrucción. Los peligros pululan también en nuestro hogar a manera de reptiles que se arrastran por entre las hierbas si en nuestro hogar somos del mismo modo negligentes. No pensemos tanto en acumular riquezas como en el porvenir de la patria, que está todo encerrado en el entendimiento, y en el corazón de los niños de ambos sexos.

“Trabajemos por proporcionarnos bienestar, por hallar los medios de cumplir nuestras obligaciones, por dejar hacienda a nuestros hijos; ese deseo es legítimo e inocente; pero no nos llevemos nunca los manjares a la boca, no busquemos en el sueño el reposo a nuestras fatigas, sin haber ido antes, no faltando un solo día, al establecimiento en que están aprendiendo nuestros hijos. Si no sabemos, aconsejémonos con las personas ilustradas. Si la pereza tiende sobre nuestras almas sus negras y fúnebres alas, y si ella nos infunde el sueño de la muerte, no clamemos por donde quiera que adoramos la patria, porque nos estamos engañando a nosotros mismos. En materia tan trascendental no cabe ningún linaje de disculpa. Movamos los pies si es que queremos caminar.”

He afirmado antes que en algunas circunstancias los males apuntados por Suárez se han agravado. Este párrafo anterior es una prueba de mi afirmación. Diez y ocho años de Director de Escuelas de primera y segunda enseñanza y entre ellos hasta del Correccional de Guanajay, me dicen que el 95 por ciento de los padres consideran la escuela, no como el lugar de instrucción del hijo, no como el lugar en que ha de serle templada el alma para la vida, que diría José de la Luz, sino como el sitio donde su hijo ha de estar durante un determinado número de horas en que él, el padre, y sobre todo la madre, ha de descansar de las majaderías de ese pobre ser que vino al mundo, no por su voluntad, sino por el rato de placer de esos mismos que hoy lo condenan diariamente a unas cuantas horas de encarcelamiento, (que eso es en síntesis nuestro tipo general de escuelas) para ellos no tenerle encima, no importa la edad del niño.

Y volvamos a Suárez, y encontramos en él al crítico, medurado, consciente y ágil; su crítica valorándola de algún modo pudiéramos decir que es completamente la antítesis de la del gran Don Manuel Sanguily, por ejemplo.

En *Colección de Artículos* se recogen cinco trabajos de esta clase que merecen bien los honores de la reproducción pese a algunos lunares que suelen contener, porque ha de tenerse en cuenta que fueron cartas íntimas escritas a José Zacarías González del Valle. Comentando el *De codos en el puente* y *A una desconocida*, de José J. Milanés hace un recuento de la poesía del momento y consigna estos pensamientos que no puedo dejar de citar:

“Yo me imagino que no hay un sol, un cielo, estrellas, noches tan apacibles y encantadoras como las de nuestra patria; que a sus árboles, sus pájaros, sus verdes colinas y llanuras, no hay cosa que igualárseles pueda; y que en ninguna parte habrá ni los ojos negros, ardientes, de mirar profundo, ni el copioso cabello, ni esa mágica palidez que tanto amor derrama en el rostro de nuestras mujeres. En mis relatos del más puro y santo entusiasmo tú me has oído exclamar que yo no quisiera haber nacido a no haber nacido en Cuba...”

Y añade adelante, estos pensamientos que tengo que dar a modo de perlas de un collar, ya que el tiempo de este trabajo no permite otra forma:

“...darse entre nosotros al cultivo de las musas, cuando aquí no es un recurso para vivir, parece desde luego una locura... la abogacía y la medicina son, puede decirse, las dos únicas carreras abiertas al talento en Cuba.”

\*

“Doloroso, amargo es decirlo, amigo mío: el poeta no puede remontar su vuelo de águila en Cuba, porque no espera alcanzar la espléndida corona de la gloria. Verdad que los que nacen poetas cantarán por fuerza; pero entre nosotros suena su lira como suena el torrente cuando se precipita en la soledad agreste de las montañas; armoniosas alguna vez, yacerán casi siempre destempladas sus cuerdas, en no vislumbrando el poeta un rayo siquiera de sol que lo ilumine y enardezca.”



Y se coloca en Milanés y con Milanés para valorar no la forma sino el fondo de su verso, para sentir con él las mismas emociones, y para buscarle el alma, que es al cabo todo el caudal de la poesía. Y el crítico ve como brilla en Milanés la luz de la esperanza que piensa no se le apaga jamás, y que sin embargo poco después murió para siempre, apagada aquella luz por el desprecio de sus amores, por la mujer de sus ilusiones.

Y urgido por el tiempo vamos a entrar en la producción literaria de este poeta en prosa como ha sido calificado según veremos más adelante y digamos también de su producción genial y encantadora para los que, desde luego, tienen el alma sensibilizada para estas exquisiteces del espíritu y distinguen las bellezas del arrullo de las palomas de las bellezas también que pueden existir para otros espíritus en el tronar del cañón.

Es aquí oportuno que os presente algunos párrafos de *Carlota Valdés*, para que podáis asimismo formar vuestro juicio y comprender toda la razón que hay para esta valoración del olvidado escritor que con justicia ha querido traer a esta galería de habaneros ilustres el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring.

*Carlota Valdés* mereció grandes elogios de Cirilo Villaverde en un trabajo que insertó en *Cuba Literaria* el año 1862, asegurando que "si esos asuntos los hubiera expresado en versos no hubiera habido poeta antiguo ni moderno que aventajara a Suárez en profundidad de conceptos, en belleza y propiedad de imágenes, en brío y viveza de fantasía, en ternura y pureza de sentimientos, en facilidad y fuerza de dicción, en exactitud y verdad de colorido, en elevación y trascendencia de ideas, ni en claridad y transparencia de estilo, ni en melodía y sonoridad de lenguaje."

Algún pseudo-crítico moderno ha dicho que esta producción es amanerada y floja; naturalmente, si nos colocamos en el plano vanguardista del crítico y lo comparamos con el salcocho de ideas mutiladas con que escriben algunos que se titulan a sí mismos poetas, porque dicen disparates, y porque hacen de los árboles caballos, y del sol ametralladoras; todo ese florilegio de Suárez Romero que le apunta Villaverde y le reconocen otros contemporáneos, sería inútil fárrago de cosas, pero si nos colocamos en el tiempo de Suárez y nos ceñimos a considerar que poe-

sía es la expresión de la belleza, como dijera Martí, hay que convenir en que nuestro compatriota fué al cabo un poeta en prosa, y si bien es verdad que algunos de sus trabajos se resienten un tanto en el estilo, se debe ello a que Suárez pasó algunos de sus manuscritos a manos de sus amigos, y por su predisposición al sentimiento de inferioridad, aceptó las observaciones y modificaciones que a aquéllos se les ocurrían, de acuerdo con sus temperamentos, y esto hizo que parezcan como parches puestos al conjunto. Sin embargo en lo que fué suyo, puro, y mantuvo su esencia, sin cambios ni alteraciones ya de ideas, ya de frases, ahí está de cuerpo entero el alma grande y hermosa del bardo de la belleza guajira de nuestra Cuba perdida, de esa Cuba que pasó para quizá no volver, de aquella Cuba que sólo tenía de letal el sello degradante de la esclavitud negra y blanca.

Perdonad que me fuera tan lejos, impulsado por este entusiasmo mío por Suárez y las bellezas de mi patria, y oigamos, que ya es hora, algo de *Carlota Valdés*; que es de las primeras producciones suyas y que hizo vacunar a Delmonte, lo que sería el futuro escritor:

“Cuando Carlota vino al mundo parece que trajo el sello de la desgracia impreso en la frente; la expusieron, acaso sin recibir un beso de su madre, a los umbrales de una iglesia de esta ciudad, y desde allí fué conducida a los brazos de una respetable señora, que, lastimada de su miseria, se brindó a enjugar las lágrimas que un tiempo habría de derramar al verse pobre, huérfana, e hija desventurada del crimen o de la mala suerte de sus padres.

“La señora que adoptó a nuestra amiga, procuró darle la misma educación que hubiera dado a una hija suya; y ella correspondió a sus cuidados. De nada empero le sirvieron sus excelentes disposiciones, a no haberle hecho conocer su juicio, que si una buena educación es necesaria en todos, lo es mucho más en aquellos que no cuentan ni con el lustre vano de la cuna, ni con el brillo de las riquezas. Así fué que aconsejada en sus primeros años de su segunda madre, y guiada después por sí misma, reunió todas las prendas que eran de esperarse en una joven que no contaba más que diez y nueve primaveras cuando Dios quiso sacarla de este mundo, donde fué aventajada alumna del pesar.”

Después de hacer una serie de reflexiones sobre el estado desventajoso en que la colocaba esta situación en medio de la sociedad llena de prejuicios, de todos los tiempos, viene este párrafo de una emoción extraordinaria:

“No faltó, a pesar de todo, un joven de cabeza despejada, que mirando en Carlota un modelo de virtud y cautivado por sus desgracias y cordura, deseara ser su esposo, y suavizar con los encantos de un matrimonio, nacido de tan puros motivos, la infelicidad que la abrumaba; pero hay personas que nacieron para llorar, porque este joven en quien cifraba su dicha, sucumbió en el campo al rigor del cólera-morbo aun después de concluída la epidemia en la Isla. El golpe fué mortal para ella, desde entonces se borraron para siempre de su fantasía las imágenes halagüeñas y encantadoras que el amor le había pintado en el porvenir, y lo único que vió en este mundo fué un cuadro sombrío que no pudieron embellecer ni los halagos de su madre adoptiva, ni las expresiones de consuelo que le prodigaban sus amigos. Se debilitó su salud en tales términos que al cabo de catorce meses de muerto su amante, de continuo combatida por sus pesares, y no obstante los esfuerzos que se hicieron para conservarla, fué víctima de la cruel imprevisión de sus padres, del engaño de la sociedad en que vivió, y de un amor malogrado. No conocemos a los autores de sus días, ni ella tampoco los conoció; pero harto llorarán acaso sobre la tumba miserable de su hija!

¡Que tan terrible lección sirva de amparo a los inocentes a quienes sus padres traten de exponer a la beneficencia pública privándoles del dulce abrigo de su seno! Carlota, es cierto, encontró una mujer que hacía las veces de sus padres; ella sin embargo no los abrazó ni los besó jamás; no pudo decir nunca *este es mi padre, esta es mi madre!*”

Se salta el corazón, señores, ante el patetismo de esta pintura, se humedecen nuestros ojos, y nuestro pensamiento vuela a esa casa de Beneficencia y Maternidad, hoy tan cariñosamente atendida por el Dr. Portela, y piensa, ¡cuántas Carlota Valdés hay en su recinto!

Como a saltos tenemos que ir, y no es esta conferencia suficiente a dejaros ver todo Suárez Romero, os estoy presentando facetas solamente, y temiendo ser demasiado extenso o por si

mis cálculos fallan, voy a invertir el aspecto que debiera tener este trabajo y he de presentar, antes que al novelista que han en *Francisco*, al poeta de nuestros campos.

Naturalmente, que como en toda circunstancia de la vida, y para cualquier persona que se entusiasma con un asunto, yo escojo en este trabajo aquello de Suárez Romero que más en armonía está con mis gustos y afinidades, y que posiblemente ofrecerá al crítico oportunidad para tacharme si debí escoger ésto o aquéllo, antes o después; pero no me interesa en esta oportunidad la crítica, por cuya razón escojo como uno de los mejores, a mi ver, de los párrafos que he de ofrecer, el que se titula, entre los de "costumbres del campo", *El Guardiero*, para cuya descripción hizo en 1843 un interesante dibujo el artista Juan Ignacio Peoli, y que fué publicado con el cuento en *Revista de la Habana*, del año 1853, que dirigían Rafael M<sup>a</sup> Mendive y José de Jesús Quintiliano García.

José Antonio Echeverría dijo de este trabajo que era producto de un ingenio poético y de una delicadeza inimitable de estilo. Villaverde lo calificó de *obra maestra*.

Oigamos cómo describe Suárez al *Guardiero y su bohío*:

"Dejé precipitadamente la guardaraya de palmas y naranjos, y entré en una de cañas bravas. Una sombra triste había bajado de ellas, y a su fin, en el limpio donde estaba el bohío del guardiero, se veía una mancha rojiza de sol, que en medio de tanta obscuridad me parecía la poca luz de esperanza que en sus días nebulosos alumbra la vida de algunos hombres. El guardiero con su gorro de lana en la cabeza, apoyado en un alto bastón de cañabrava, encorvado con el peso de los años y de los trabajos que desquician más la vida que los años, hallábase de pie junto a la puerta de su bohío. Un montón de gallinas le rodeaba, y él, llamando a las que aún no habían llegado, desgranaba una mazorca de maíz. De vez en cuando se agachaba y seguía desgranando; algunas gallinas hambrientas le saltaban a los hombros, otras venían a comer casi en sus manos, él entonces extendía velozmente el brazo, cogía por las patas a alguna, se desparramaban todas las otras, y luego volvían a su derredor. Un perrito flaco de aguzado hocico, manchado de blanco y negro, de orejas paradas, ladraba desde la puerta, a la cual estaba atado con un arique; unas veces impaciente saltaba para correr,

otras se sentaba, aullaba, descansaba un instante la cabeza entre las patas, y al cacareo de una gallina volvía de nuevo, saltando de improviso a ladrar con más fuerzas y petulancia que antes. Desde la corta distancia a que me hallaba divertíame en observar estas cosas, si no nuevas para mí, muy acordes al menos con los sentimientos que embargan enteramente mi alma. Con mis pies por más ligero que anduviese, sonaba el pajonal de las cañabravas; en cuanto aquel perrillo vivaracho y arisco me atisbase, de seguro comenzaría a ladrar, azorado el guardiero volvería la cabeza, y al ver a un blanco, a uno de sus amos tan cerca, otros quizás serían sus movimientos y palabras. Era necesario contemplarlo sin que él se apercibiese de mi presencia, era menester dejarlo libre al lado de su negruzco bohío, acallando el incesante ladrar de su fiel y único compañero, entre sus gallinas; no apagar ninguno de los colores con que así en medio de tanta soledad, con sus canas, su gorro de lana, sus sandalias de cuero crudo, sus pantalones y camisa de rusia, su bastón de caña brava, hablando solo, o con el perro o las gallinas, era sin embargo el alma de aquel cuadro interesante.”

Continúa Suárez Romero su entusiasmado canto a la naturaleza y esmalta el cuadro descriptivo del Guardiero, con una invocación a la noche cubana y exclama:

“¡Noches arrobadoras, espléndidas, yo os amo más que mi vida! Noches de amor, dulces noches ¡cómo se desliza la vida con vosotras, cómo se espera con vosotras, cómo inspiráis inocencia! Luceros, estrellas, luna, alumbrad. Nubes blancas de gasa, corred, que yo me embebezo contemplándoos. Murmuren tus hojas, mango frondoso; rosas de Alejandría, exhalad vuestros aromas. ¡Ay noches de Cuba, yo quiero morir mirándoos!”

Aquí se comprueba la opinión de Aurelio Mitjans de que en Suárez Romero “la frase es amplia y cuidadosamente redondeada, tan limada y florida que a veces peca por el exceso de artificio, perdiendo de fuerza y expresión lo que gana en rotundidad, riqueza y atavío, sobre todo cuando se propone persuadir o demostrar. Se le ve a ratos colocando amorosamente el adjetivo e intercalando la oración incidental, persiguiendo la cadencia y cuidando de la gradación y la armonía.”

Esto es lo que algunos han querido ver como lunar, y para otros ha sido el elemento preponderante de belleza; desde luego

que es cuestión de gustos y de momentos. Hay días en que el espíritu recibe con agrado las páginas secas como guijarros y otros en que clama por las brillantes y euajadas de Suárez Romero, dependiendo ello como se ve de estados de la psiquis y hay quien teniendo siempre el alma para guijarros, no encuentra luz en las estrellas.

En los trabajos que corresponden a los “cuadros de la naturaleza cubana” hay cuatro que son diferentes en el tema, distintos en la forma, pero exactos en el fondo; son los titulados: *Palmares*, *Debajo de las Cañasbravas*, *La música de las palmas* y *El Sol en el Palmar*. Por el parentesco que antes se apunta, vamos a escoger por la necesidad de esta charla con ustedes, la más breve, la que se titula *La Música de las palmas*, escrita en 1856, plena de suspiros y de amores por la naturaleza cubana:

“¿No habéis estado nunca en un palmar?. En una noche iluminada por la luna, y mirando las nubes que corren por el cielo a merced de la brisa, ¿no habéis oído las melodías que forman las pencas? ¿Qué habéis sentido entonces?

“¡Oh, Dios! En horas de amarga tribulación y cuando nada era capaz de consolarme, he corrido a los palmares, y de allí he salido siempre contento. Vuestros suspiros, vuestros sollozos, vuestras quejas, vuestros ayes, vuestros lamentos, adoradas palmas de mi patria, los he escuchado como salidos del cielo, y me han restituido la fe y la esperanza próxima a desfallecer en el acongojado corazón. He llorado en los palmares; pero esas lágrimas han sido dulces, acompañadas de santos devaneos, tales como las que derrama una madre que estrecha en sus brazos al hijo a quien creía muerto, o como las que vierte el patriota que acaba de salvar de tremendos males al pueblo donde nació.

“¿Pero por qué los poetas de Cuba no hablan de la música de las palmas? ¿Por ventura no les inspiran nada tan mágicos sonidos? ¿No los han oído siquiera una sola vez? ¿Creen acaso que los temas sencillos no son adecuados para los versos? Si yo fuera poeta, mi laúd resonaría procurando imitar esas suaves melodías que se escuchan perennemente en los campos de mi patria; mas la naturaleza me negó aquel sublime don.

“Poetas cubanos, poetas cubanos, en esta hermosa tierra que debéis amar tanto, hay muchas cosas que aún no habéis cantado en vuestros versos. Habéis hablado de las palmas; pero sus acen-

tos, en mitad de la noche, nada parece que han dicho a vuestros corazones. Probad si podéis cantarlos dignamente. En haciéndonos sentir en una página lo que se experimenta en un palmar, no escribáis más: ya sois poetas, y una corona inmarcesible ceñirá vuestras sienes.”

Y ¿quién cómo él hizo de la prosa un verso y le cantó mejor a las palmas de su tierra? Nadie.

El crítico, el moralista, el pedagogo, el cantor de la belleza cubana, tenemos ya en una sola pieza, para dar cima a este empeño de que sea conocida la personalidad magnífica del ilustre habanero desconocido de la generación presente, porque su vida fué sencilla, humilde, modesta y siendo un verdadero intelectual, debido a los embates de la fortuna que tan temprano lo agobiaron, se crearon en él una serie de complejos y sentimientos de inferioridad que opusieron a que se colocara en el primer lugar de nuestros escritores y que se reflejan asimismo, como hemos visto, en la quejumbrosa melodía de sus composiciones sentimentales.

No habré de referirme al jurista, prologador de la obra de Andrés Clemente Vázquez, por falta de tiempo y porque tendría que glosar su polémica con Don Enrique Piñeyro y no es posible por su extensión en uno y otro caso abarcar en esta oportunidad todo aquel contenido.

De Suárez he de daros ahora esta página que a mí se me figura de las más bellas de nuestra literatura, es un fragmento de una carta en que cuenta a Rafael María de Mendive la muerte de José de la Luz:

“Al llegar aquí, ¡oh Rafael!, oigo levantarse un grito agudo de consternación y de angustia de cuantos corazones generosos palpitan en nuestra adorada patria. Todos los esfuerzos y todos los votos han sido insuficientes para salvar al hombre más sabio y virtuoso de Cuba; la implacable segur del tiempo ha derribado al fin el árbol a cuya sombra nos sentábamos para meditar y purificarnos. Luz ha muerto, con la serenidad del justo, en su colegio, y al lado de aquella biblioteca, cuyos volúmenes había estudiado todos; y los sollozos que sus discípulos exhalan alrededor del pobre y humilde lecho donde yace descolorido e inánime el director de *El Salvador*, desgarran también el alma de los demás cubanos.”

Novelista en *Francisco*, diremos de conjunto, que es una excelente pintura de la esclavitud y de la época, que el autor ad-

vierte que esas escenas pasan antes de 1838. Es una novela en que se relatan los amores de dos esclavos, que, no empece su estado social para que sientan la más pura pasión y se deleiten en los más exquisitos transportes. Los amos, opulentos señores, como casi todos los opulentos, y como todos los amos, se oponen a aquellos amores; Francisco y Dorotea ven defraudadas sus nobles intenciones de casarse, porque a la Sra. Doña Dolores Mendizábal, la rica habanera, le pareció que las edades de ambos, 22 y 18 años respectivamente, no eran para que esclavos pensaran en casarse, entre otras razones, y por la taimada actitud de Ricardo el señorito de la casa, enamorado de Dorotea que abusa de ella, que al verse en tan triste situación accedió a sus deseos para librar a Francisco de los bocabajos y trabajos forzados a que lo sometían por orden de Ricardo. Ella esquiva encontrarse con Francisco, él la juzga mal y en una escena final describe Suárez Romero el momento con estos vivos colores, cuando al cabo Francisco logra una entrevista con Dorotea :

“Mucho rato permanecieron en los brazos uno del otro, hasta que apartándose ella, como horrorizada, de Francisco, le dijo con voz casi ininteligible sollozando: Adiós, Francisco, adiós, ya no dirás que no te quería ver, ni que soy ingrata. Pero escúchame, esta será la última ocasión, olvídate de mí, y guarda tu corazón para otra, porque ya no merezco ser tuya. El niño Ricardo tiene la culpa de todo. ¡ Ah, si nó, te hubiera matado! Perdida, Francisco, sin honor, no me vuelvas a mirar.—En acabando de pronunciar estas palabras, le echó una mirada lánguida, dolorosa, y tomó el trillo que conducía a la casa. Francisco se quedó por lo pronto inmóvil como una estatua, sin saber qué hacer ni qué decir, con los ojos clavados en la tierra; luego los alzó por entre los árboles en que sólo se distinguía su túnico blanqueando con la luna, principió a llamarla a gritos, los más lastimeros, y a correr en pos de ella desalentado. Así llegó hasta el patio de la casa; pero la mulata había entrado ya, y tuvo que volver para atrás. Internóse en lo más oscuro de la arboleda, donde se tiró en el suelo a revolcarse como acostumbra los negros de nación cuando están desesperados, arrancándose las pasas, y mordiendo la tierra.”

Concluye la escena con este cuadro final, que ofrecen Ricardo y Dn. Antonio en el potrero de la finca :



“...por la tarde estando los dos en el potrero viendo la yeguada, notaron que hacia la parte del monte volaban alrededor de una guásima multitud de auras; señal de que había allí algún animal muerto. Acercáronse para cerciorarse, y nada hallaron al principio en el suelo, ni abajo de la guásima, ni por los alrededores; hasta que alzaron la cabeza, y vieron a un negro ahorcado pendiente del gájo más alto, hinchado ya, medio corrompido, y picoteado de las auras. ¡Este negro era Francisco!”

Dorotea murió más tarde de consunción, en la Habana, en la casa de la Sra. Mendizábal.

La lectura de esta obra solamente, de Suárez Romero, es motivo más que suficiente para que se sienta odio por la esclavitud y bien hizo Del Monte, cuando la envió a Madden, en 1839, titulándola: *El Ingenio o las delicias del campo*, quizá si con ironía en esta última parte, y se explica asimismo que el Censor de Imprenta en 1859, apenas leyó los primeros fragmentos, no permitiera su publicación como parte de la *Colección de Artículos*.

Si en esta costumbre cubana de poner las cosas de moda y hacer vértigo de ellas, se le ocurriera a alguien el homenaje al escritor desconocido para simbolizar su grandeza y sus méritos, yo recomendaría que como un símbolo del escritor olvidado se tallara la figura de Anselmo Suárez y Romero, que siendo nuestro mejor costumbrista, el narrador magnífico de la esclavitud y sus horrores en tierra cubana, el cantor sublime de la belleza y la naturaleza guajira de Cuba, al morir el 7 de Enero de 1878, se ha sepultado en el olvido de modo injustificado y que sirve sólo para que tengamos perdida la fe en nuestros pueblos hispanoamericanos, que así se producen.

# **El compositor y pianista Nicolás Ruiz Espadero,**

**por José Luis Vidaurreta.**

## **La Época.**

El siglo XIX trae para nuestra historia artística dos tendencias opuestas que representan la repercusión de las influencias importadas por los cubanos de la época:

de una parte, la inestabilidad de nuestros gustos, medidos como verdaderos goces estéticos, cambia con los progresos del arte; de otra, los deleites indestructibles se muestran como marca secular de generaciones pasadas.

La primera corriente significa una medida específica de ambiente y de época; la segunda, es el tópico colorista y conservador sostenido en un momento en que vienen a debatirse los arrestos de un pueblo que se enfrenta por su Libertad, mezclando acontecimientos disímiles en apariencia, pero medularmente inspirados en igualdad de principios.

Y se enfoca, entre nosotros, una época depauperada del arte musical, en que, el abstrusismo de las ideas conservadoras va convirtiendo las formas abstractas e indefinidas por excelencia, hacia modos de ínfima práctica, que el elemento literario, de matiz francamente anecdótico, determina, en general, sobre nuestra música y nuestros músicos novecentistas.

Durante el siglo XIX, la fusión de la literatura y la música se hace sensiblemente apreciable y, del momento, surge una legión de artistas que embargándose del nuevo espíritu, en abierta imitación que encadena, se proponen dar un salto—sin lograrlo— a las leyes de la forma, para hacer con el elemento y factor sonoro un arte de vehemencia, impulsivo y naturalmente realista; un arte que quiere como ideal de belleza la expresión emocional exclusiva, buscando efectos en la fenomenología externa. Desde luego, esto pesa notablemente en nuestro medio que a la sazón aun

no subsistía por sí. Por eso apuntamos que la fusión de las dos artes, literatura y música, había sido sensiblemente apreciable y no sensiblemente mayor, porque el reconocimiento del fenómeno es simultáneo al proceso casi embrionario en que se desenvolvía, por mucho tiempo, nuestro arte de factura colonial.

Así se echan los cimientos de corrupción, porque la música cubana decae y degenera, apenas se va formando, al apoyarse en bases ajenas, porque sus elementos intrínsecos de estructuración se resquebrajan. Y si reducimos a un minimum los elementos puramente estéticos, construyendo las obras, casi por entero, en la supraficción de las realidades humanas, lógicamente se menguan las virtudes de la música esencialmente humanista.

Es que conviene no confundir las dos tendencias:

la música se humaniza y por tanto cumple con la finalidad de una aspiración universal o, se apoya en ficciones de realidades problemáticas. En el primer caso, el arte se purifica, porque acusa con mayor vigor el carácter de sus elementos puros de constitución.

Y la inestabilidad de nuestros gustos, como puros goces estéticos que cambian con las corrientes modernas del arte, se apoya en lo poco que en el momento había de cubano, en las bases sobre las que se estructura en nuestra tierra, muy pausadamente por cierto, su endo-organización, que cae del mismo lado en que se forma el tipo, carácter y nacionalidad criollas: en el mestizaje de las razas negra y blanca que se fusionan primero por ley y razones de naturaleza y, sucedáneamente, después, al conjuro de los mismos ideales e idénticas aspiraciones, en el orden de los designios comunes que perfilan los caracteres definidos de los sentimientos de cubanidad, independientes en el orden político, como complementarios en el orden social.

Por eso, en apariencia, en pleno siglo XIX, se toma por secular lo que es actualista y, nuestra verdadera música, la que acusa el patrimonio de pueblo mestizo o, aquella otra que hace su aporte, notable dentro de ciertos límites, al arte universalista, será la que en uno y otro caso tome el lenguaje sonoro como medio subjetivo de expresión, para saltar las fronteras de la palabra pura y aplicada; para hacer con el subjetivismo, una música más humana, más apoyada en realidades espirituales, que se vierte sobre el pueblo, llega a la conciencia de las masas y se transforma en

poderosa fuerza moral y social que influye en la vida popular, sin distinguos de sectores, y con más intensidad quizás que todas las artes juntas.

Y no se trata de acusar frente a la Historia, ni tampoco de defender con apasionamientos; porque la verdad del momento y la política de entonces, fué, como casi siempre, divergencia entre las imágenes demagógicas, faltas de verticalidad, que hacían inclinar los intereses metropolitanos, en lucha estúpida que rechazaba desde los Congresos ultramarinos, las aspiraciones de este pueblo que clamaba indirectamente por incorporarse a la nacionalidad hispánica, y la opinión pública cubana que, es lógico, se defiende, pues, airadamente, levantando como estandarte su espíritu de sacrificio, su magnanimidad vapuleada y su heroísmo sin mácula ni límite.

Así se forma un ambiente y, de él, el artista, el humano susceptible que confunde su vida con la vida del momento y el rezumo de la época, da para Cuba, entre llantos y dolores, una hija que es hija del amor o será hija de la guerra, una música definida en sus orientaciones, que trastorna la existencia de los deleites indestructibles de que hablamos antes; y es que los movimientos renovadores, los trastornos políticos y las inquietudes sociales, los nuevos ideales y la marcha progresista de la civilización vernácula, descubren una arteria que extralimita sus posibilidades y lanza el chorro del arte más allá del simplista fin emocional que, en el desangramiento de las luchas entre las fuerzas revolucionarias que van a la conquista de ignotos horizontes y las tendencias inveteradas de la tradición secular, se convierte en un arte de masas y no en un fin de castas, aunque se diga que el arte nuevo de Cuba disocia o puede disociar los individuos, porque en el arte germinal de la época que analizamos, sus principios esenciales son impopulares, ya que las masas carecían de entendimiento artístico. Pero, si el entendimiento artístico se apoya en el matiz exclusivamente intelectualista de que quiere revestirse la función socializante de la música, entonces, el que llamaremos nuestro arte nuevo, el que se elabora en Cuba desde la época en que se enlazan y cromatizan los siglos XVIII y XIX, no responderá en nada a las funciones genéricas que el propio determinismo de nuestro mestizaje humano le ha concedido porque, positivamente, se apoyará en épocas flácidas de corrientes artísticas que tien-

den a la despotencialización y atrepsia, puede decirse, de las evoluciones de la música simbólica, sea ésta el Canto Bayamés, las Danzas de Fuentes o, simplemente, el canto negrero de Ma Drotea.

Pero... la Patria resurge con himnos de fiesta. Y de aquellos merecimientos indignos de tratos que se van alejando, bebimos amargamente la sed de nuestros mejoramientos artísticos y culturales; y, las inclinaciones naturales y poco a poco después, las corrientes nuevas que vinieron, nos van haciendo formar pequeños cenáculos de músicos y poetas donde se vierte la copa de la aficiones perdidas.

Y la masa misteriosa del pueblo ya no piensa antropomórficamente, pues señala en cada causa de progreso los factores definidos. El pueblo cubano del primer tercio del siglo XIX ya no espera crédulamente tiempos mejores, sino que los labra por sí mismo; abre sus ojos y juzga; censura, lee y escribe; se instruye que es más, y sobre la señal candente que tiempos atrás abrasó sus carnes, ha bañado corrientes amorosas de unión y de mejoramiento, de Patria y de Libertad.

Los cenáculos donde se hacían artes y practicaban ciencias, compensan en parte el estancamiento cultural de la época y son reductos determinantes para la vida de nuestra música y de nuestros músicos, quienes tomando medios más nobles, puros goces estéticos que cambian y se adentran en los tiempos, ya no sólo practican "el baile rumbón y la canción tierna de palabra lasciva", sino que han ensanchado el marco primitivo y los pensamientos inteligentes son corrientes inquietantes que agitan los cauces de la nueva sociedad cubana.

Las aficiones literarias ya tienen sus exponentes en las figuras valiosas y reconocidas de Heredia, Plácido o Zenea; la música la cultivan con toda pureza Claudio Brindis de Salas, Laureano Fuentes en Santiago de Cuba, o Secundino Arango desde el templo de Nuestra Sra. de la Merced; Miró y Arizti son pianistas y profesores bien formados a la sazón. ¡El primero, de vuelta a España, fué sucesor de Pedro Albéniz en la cátedra de piano del Conservatorio de Madrid, al retirarse éste en 1854!

Y en medio de toda esta pléyade gloriosa se destaca potente por sus méritos exclusivos y excepcionales la figura bien definida del insigne músico habanero Nicolás Faustino de Jesús Ruiz y

Espadero; nacido en 15 de febrero de 1832, y bautizado el 10 de marzo del propio año, en la parroquia del Espíritu Santo.

Acerca de su personalidad artística, perdida entre el aislamiento en que vivió, ensayamos una reparación o, mejor, un enfoque crítico y sincero que se proyecta sobre su obra de musicógrafo y no en consideración a su periclitado virtuosismo ya que, en este aspecto, hemos de ceñirnos en honor de verdad, a lo que cuentan algunas crónicas de la época o a la narración que aun se escapa a veces de labios de los únicos testimonios vivientes que todavía pueden contar las glorias póstumas del maestro.

## El Artista.

Nicolás Ruiz Espadero o, mejor, Espadero, según se verá después, ya que en todos sus autógrafos es este el único apellido que se lee íntegramente, porque el primero siempre figura con la inicial, ofrece al estudio de la crítica un punto complejo de consideración:

¿Espadero es, dentro del arte, un artista cubano o un cubano que practica el arte en su tierra?

Y la respuesta no hemos de darla nosotros directamente, afirmando uno u otro sentir, sino, que consideraremos los varios aspectos que tales proyecciones traen, para que luego sean pesados en su integridad.

Nace de padre cubano, Don Nicolás Ruiz y Palomino, habanero ilustrado, redactor de *El Patriota Americano*; y de Doña Dolores Espadero, culta mujer andaluza, artista aficionada que se dice cursa en su tierra natal estudios formales de Piano y Contrapunto.

La madre, establecida en Cuba desde 1810, luego de su matrimonio, hace de su morada—prolongación del hogar peninsular—uno de aquellos cenáculos de arte donde se dió cita lo más escogido y notable que había en música por la época; donde se aplaudía con calor las obras de los grandes clásicos y encumbraba más de lo debido—siguiendo influencias del momento—los gustos enfermos de la empalagosería decadente.

Es lógico, pues, que el bambino resultante de aquella unión, dotado por natural de organización artística, se viera con ánimo



predispuesto hacia aficiones nobles, las cuales fueron encauzadas hasta 1848 por los gustos y determinaciones maternas, aunque no con todo provecho, pues cuentan sus biógrafos que Don Nicolás Ruiz y Palomino no consintió jamás que el hijo practicara sus gustos más de media hora por día.

Aquél deseaba un letrado y no un artista, con lo cual ni niega ni hace deshonor a su ascendencia ni a la recia disciplina que nos legaron nuestros colonos: el hijo ha de ser lo que quiera el padre. Pero, para suerte del artista y timbre de orgullo nacional, Espadero, al año de muerto su progenitor, próximamente al mediar el siglo XIX, toma con todo el entusiasmo de su vocación aquellas aficiones contrariadas y se da por entero al cultivo de la música. Ya no bastan las lecciones maternas y toma aprendizaje con Miró; luego, durante tres años con Fernando Arizti que era el mejor maestro de la época. Con Fontana estudió concienzuda y profundamente la música de Chopin, hasta el punto de identificarse con el genio del poeta del piano.

Y como sucede casi siempre a todos los temperamentos excepcionales, aquellas lecciones si bien le pusieron en condiciones de dominar la técnica instrumental, no han dicho mucho en cuanto a la personalidad interpretativa que en todos momentos—se cuenta—fué independiente y a ratos imperativa.

En este aspecto, Espadero ha sido un estudioso sin límites; un pianómano puede decirse de quien pasaba el día en el encierro puliendo inútilmente una técnica depurada que a nadie, ni a él mismo, sirvió. Al decir de Serafín Ramírez, en el elogio póstumo que escribió de nuestro artista, “poseía un mecanismo poderoso y un repertorio tan extenso, que bien puede afirmarse Espadero conocía cuanto se había escrito para el piano ya fuera antiguo ya moderno, y que todo lo tocaba o con exquisita delicadeza o con fuerza suma, a zarpazos, como si aquellas manos prodigiosas fueran las manos del tigre”.

Dijimos que pulía inútilmente una técnica depurada y, en efecto, la obra de Espadero como pianista, es baldía en grado sumo, pues poco o nada puede tomar del valor social que significa el arte, si, por voluntad de asceta, por gustos místicos, por algún complejo sentimental que no ha podido traslucirse claramente o por cualesquiera otras causas ignoradas, la ha consumido pausada y sordamente en el aislamiento y en la soledad.

Espadero no es, pues, en el sentido lato, un artista. No puede serlo el que se anula y sustrae del mundo de relación; el que a todas las horas, en un piano malísimo, adapta un mecanismo de sordina para que ni en su propia casa pudieran escucharle cuando estudiaba.

El arte como las religiones, es uno de los instrumentos de unión entre los hombres, ha dicho Tolstoi, es una marca del progreso y por consiguiente detalla la marcha ascensional de la Humanidad hacia la dicha. El arte y la sociedad, como la sociedad y las religiones, son en suma, afluentes de un mismo río, del río de los hechos humanos.

Por eso la actitud de Espadero frente al prisma lúcido del enjuiciamiento y libre de todo sentir patrio y nacionalista, se pierde y nada vale, ni siquiera pesando cuanto pudo haber significado en él la misantropía excesiva que animó su vida entera; ya que, ni sobre la base de la conciencia espiritual y religiosa de su tiempo ha discurrido el hombre y, mucho menos proyectado el artista, algo de su ego íntimo que expresara los sentimientos más apreciados por él, siquiera fuesen rancios o añejos, sublimes o groseros, al menos encontraríamos en cada caso al hombre que acciona y reacciona frente a los demás, no al pasivo derrotista que claudica en la lucha de sus ideales.

Comprendemos bien que, Espadero, durante los años primeros de convivencia paterna, cuando se ejercía por este el poder dictatorial de sus gustos y determinaciones, fuera aquel carácter que—con todo respeto, pero con el ánimo exacerbado—venimos enfocando; pero no es comprensible a nuestro sentir teorizante su actitud continuada cuando, prácticamente, la muerte de Don Nicolás Ruiz fué su liberación. Y no nos excedemos en consideración por encima de todo al sentir familiarista; lo dice con claridad meridiana la intensidad extraordinaria con que reacomete las prácticas musicales. Antes de esa eventualidad no puede decirse que en Espadero pudiera germinar el ánimo del músico genial a la par que excéntrico. Sus melodías compuestas, según afirma algún biógrafo, a los 4 ó 5 años, no determinan nada ni en él ni en nadie, dada la relativa inconsciencia de la infantilidad. Sobre todo que, sin poner en duda la veracidad del detalle, la experiencia nos enseña a diario, como los hombres que en su madurez mental son grandes, siempre tienen en las crónicas brotes geniales en los momentos menos oportunos. Parece que la superioridad de ciertos



conocimientos no tiene explicación sin un largo período de incubación consciente. Nada más abstruso y erróneo en el campo de la Psico-fisiología.

Pero no dudamos, a nuestro parecer, hay en Espadero cierto amor preponderante que absorbe su existencia: los amigos se lamentaban día tras día por su falta de resolución para salir de la patria y tomar en tierras de Europa el ambiente amplio que lógicamente necesitaban sus aspiraciones. Y, si estó hubiera sido beneficioso en el orden artístico, sin duda, hubiese sido culminante en el orden sentimental.

Puede afirmarse, y no es la primera vez que esto sucede, que Espadero fué hijo de la madre. Y como la afirmación es amplia, significaremos que, los hombres en general, si bien nacen de padre y madre determinados, no siempre obedecen ideológicamente a tales ascendencias, sino, más bien a uno o a otro, y a veces a seres ajenos a los que les proporcionaron la vida; a aquellas personas, sean consanguíneas o no, que saben comprender la complejidad balbuciente de sus tiernas e inexpertas existencias; las que acogen en amoroso regazo, con besos y caricias, un destello siquiera fugaz de un gusto o una afición; las que son baluarte seguro de una educación llana, o las que son el amigo asequible y el remanso en calma donde vaciamos nuestro sentir.

Desde este prisma, Espadero, insistimos, fué hijo de la madre; de la suave Doña Dolores, andaluza de nacimiento, pero arquetipo de la madre no sólo cubana, sino de la madre en el sentido universalista.

Parece que hay cierto agradecimiento—significativo en verdad—en cada autógrafo de nuestro artista: ya dijimos antes que, en todos, sólo se lee íntegramente el apellido Espadero, quedando el nombre y el primer patronímico específico en el simbolismo de sus iniciales.

Y, o nuestra tesis es incontrovertible o le pasó a Espadero lo que a Góngora, el célebre poeta cordobés, que siempre fué Góngora antes que Argote.

No conviene maltratar a nuestro artista como lo hace algún cronista suyo, contemporáneo, cuando quiere que su independencia sea positiva y acarrea a la tolerancia materna la causal de sus asperezas y voluntades supremas; cuando quiere que "Don Nicolás Ruiz Palomino, hombre enérgico y firme, hubiese corregido en el

hijo ciertas asperezas y excentricidades que por lo general andan aparejadas con el genio.”

¿Pero, es que midiéndole por sus excentricidades, Espadero fué un genio?

¿Por fin, con tales razones, llega a ser cierta la reversibilidad entre la anormalidad de los genios y la genialidad de los anormales?

¿Pero, positivamente, es que Espadero, con prácticas tan limitadas, pudo hacer brotar de su yo, la chispa genial en los primeros diez y seis años de existencia?

Y no vamos a tomar su capacidad artística por el tiempo—cuantitativamente medido—que pudiera distraer en sus aficiones, sino, por muchos detalles que se apuntarán al enfocar a Espadero compositor.

No pidamos pues, independencia, como el cronista aquel, a un alma cristalina, suprasensible, que ni siquiera abandonó el hogar para pisar un colegio; para llegar a esa fragua donde se templan las primeras relaciones de trato, carácter y sociabilidad; donde, entre mojicones y risas, disciplina y asiduidad al estudio, vamos modelando gustos, intercambiando opiniones y, sobre todo, enfrenándonos—a medida de las posibilidades y los tiempos—con la vida en sus formas elementales.

¿Por qué entonces escapó a la inteligencia paterna aquel detalle importantísimo para el hijo?

¿Quién pretende pues que, quien no se anima, por razones que no ahondamos, a separarse del niño por unas horas, fuera a enviar el mozalbeta a Europa, a codearse con los émulos y modelos, para que se librara de “ese hogar que cede a nuestra voluntad”?

Pero fué muy lejos el comentarista cuando cree que el entrañable amor de la madre hacia el hijo, mezclado de una tolerancia sin límites, le perjudicó más tarde en su carrera artística, ¿y no le perjudicaron más las primeras determinaciones?

Por otra parte, no vive Espadero en momentos tan desesperantes de nuestra cultura y movimiento artístico. Se desenvuelve el nudo de su carrera artística en la época más brillante de nuestro período colonial; cuando la música—durante el segundo tercio y comienzos del tercero del siglo XIX—“era encanto de todos, las reuniones filarmónicas el alma de nuestra sociedad, a tal punto

que ya no daban treguas, y de las unas había que pasar a las otras, advirtiéndole que todas eran a cada cual más selecta. El cultivo del arte se había generalizado de tal manera, que habría sido imposible hallar una casa donde no se le pagara tributo.”

Luego, si estas líneas se leen en otros momentos en el propio autor, hay contrasentido cuando se obstina en catalogar a nuestro artista N. R. Espadero.

De todo, llegamos a la conclusión que la madre fué lo único que quiso y tal vez la única que ha querido verdaderamente a Espadero.

Espadero, libre, ¿hubiera sido más grande o hubiese cambiado su natural? Es difícil aventurar respuesta.

Se sabe que cuando quedó jefe de casa, pasaba el día en ardua tarea de estudio y, por las tardes, ya declinado el día, iba al almacén de Edelmann, en la calle del Obispo, y allí, “en el último rincón de la casa, continuaba sus estudios musicales, solo, siempre solo, hasta que a las ocho, si algún curioso no le obligaba antes a cerrar el piano bruscamente, volvía a su casa—Espadero vivió siempre en la calle Cuba N° 154—o hacía antes una pequeña visita a la familia del Brigadier de la Armada, Sr. Ríos Noguerido. En esa época no aceptaba ninguna invitación, no iba al teatro, ni al paseo tan de moda entonces, no concurría a otra sociedad que al antiguo Liceo, y eso de tarde en tarde, ni se trataba más que con un reducido número de personas.”

Pasan diez o más años y, allá por el 1866, se abre la concha y deja entrever un poco la perla que aprisiona. Empieza a relacionarse y siempre recibe por todas partes pruebas de simpatía y admiración. Sin embargo, aun continúa avaro de su arte. Al fin vence un tanto su continencia y se decide a integrar grupos concertantes o a actuar como acompañante en la Sociedad de Música Clásica, y en las reuniones que menudeaban en casa de los Sres. de Arizti y Fessler, en el Tulipán, alternando con las de Delmonte, “en que Gottschalk brillaba en el esplendor de su popularidad, arrobaba Desvernine con su primorosa delicadeza y el discípulo de Kalkbrenne, Fernando Arizti, se elevaba a la categoría de intachable maestro, para dar el calor de su enseñanza a discípulos tan gloriosos como el genial Espadero,—que más adelante sería a su vez maestro solícito y cariñoso de la dulce y sobresa-

liente Cecilia"; así apunta Manuel Sanguily las tertulias de Arizti en su libro *Nobles Memorias*.

Mas no duró mucho tiempo el embrujo que se había obrado en su persona, y no pasa el año 1868 sin que Espadero haya vuelto a su rutina, al encierro, a la soledad.

Continuando el comentario anterior, sigue diciendo Sanguily: "¡Ah!, pero aquello pasó al fin como pasa todo. Interrumpió la guerra aquella feliz armonía. Los amigos se dispersaron; el piano bullicioso enmudeció;—Gottschalk fué a morir temprano a lejanas tierras; Desvernine marchó a la emigración; Espadero se envolvió como en manto de escarlata en su fantástico aislamiento, y la noble casa de Arizti cerró sus puertas para el mundo."

Y ningún testimonio para refutar los achaques, tomados por voluntarios, que conminaron a Espadero a abandonar la vida social, como el autógrafo encontrado entre sus papeles que, después de su muerte, en 1890, publicó la revista *El Fígaro* y fué reproducido también en nota autógrafa por Vidal Morales, al margen del artículo que corresponde a Espadero, en los tomos que fueron de su propiedad, del *Diccionario Biográfico Cubano* de Francisco Calcagno y que literalmente dice así:

"Infinitas decepciones, y de todo género he sufrido en lo que llevo de vida, sobre todo, de aquellos en quienes he puesto mi mayor afecto o esperanza, las que unidas a mi carácter y a las desgracias de diversas índoles por las que he pasado desde niño, como a los deberes sagrados que desde veintiún años acá he tenido que cumplir, me formaron esa especie de manera de ser que ha pasado y pasa por rara, unas veces porque no se ocupan de estudiar causas y detalles, y otras porque no conviene comprender las cosas.

"Otras tantas decepciones sufridas en el arte musical, desde muy joven, para quien jamás tuvo pretensiones personales de ningún género, ni objetivo alguno que no fuese la admiración única a lo verdaderamente grande y bello, debían naturalmente destruir en mí toda clase de ilusiones sobre él, por mil razones que no son del caso explicar, me hicieron abandonar por completo, hace largos años, no sólo el instrumento, etc., etc., sino encerrarme cada día más y más en mí mismo y en el cumplimiento de mis deberes."

Dice Seraffín Ramírez, que le conoció y fué íntimo desde 1853, que sus opiniones no andaban siempre parejas, sobre todo en ma-

teria de arte. Y no es raro, Espadero, desde su fanal, seguía acucioso el movimiento musical del mundo y a sus manos venía literatura abundante de arte en general y, de música en particular, recibía de los principales editores cuanto de valor se daba a la estampa. En consecuencia, estaba perfectamente preparado para distinguir en sus procedimientos entre un clásico y un neo-clásico, un romántico y un insulso; no confundía como aquél, por ejemplo, entre una escuela siglo XVIII y un realista o deshumanizante.

No nos sorprende entonces lo que su cronista cuenta con candor: de la falta de unidad entre sus ideas mutuas “se originaban frecuentes y acaloradas disputas; mas, apenas pasaban éstas, las nubes que se habían levantado se disipaban velozmente”.

Si el aislamiento que siempre fué característico en Espadero, se hizo marcadamente sensible en su condición de artista, en relación con el medio ambiente, no fué, sin embargo, tan excesivo en el orden de sus relaciones; así vemos que desde nuestra isla, intercambia por ejemplo con Antonio Rubinstein y con Jesús de Monasterio; José Silvestre White, el violinista cubano más francés que hemos producido, resultó para Espadero, en cierto modo, su descubridor e introductor a los ojos de Europa; Gottschalk, el renombrado pianista norteamericano, es una amistad que en Espadero sienta época y deja huella. Puede afirmarse que ese ha sido su amigo por no decir su único amigo.

Gottschalk en el orden de la valorización artística creció desmesuradamente a la vista de nuestro compatriota, quien llegó a tener en él un ídolo. Quien sabe si esta disposición naciera precisamente del antagonismo que impulsaba unas vidas que fueron contrarias en sus derroteros. Espadero, tranquilo, sereno, aislado; Gottschalk, inquieto, nervioso, relacionado. Espadero, pese a sus méritos indiscutibles de virtuoso, quería con obsesión perpetuar su obra de músico, en el arte de la composición; el amigo, no se preocupa casi de anotar lo que brota de su imaginación y se embarga del cosmopolitismo errabundo que satura la vida bohemia del artista intérprete. Si comparásemos de un modo gráfico ambos artistas en un símil, Espadero sería una flor fragante de invernadero delicado, Gottschalk, la mariposa retozona que salta de flor en flor. Y, en efecto, cuando ésta cesa su vuelo, es para morir, mientras que la flor, aunque marchita, aun puede dar un poco de perfume si se abre al recuerdo del amigo muerto.

Lástima grande que una amistad tan inquebrantable no fuese apoyada por parte de Espadero en una figura que poseyera con mejor dominio el arte de la concepción artística y, que, sobre todo, no estuviese imbuída como la del epónimo Gottschalk del espíritu decadente y derrotista que cunde, en una época de transición en el arte indefinido de Francia y, por demás, en el arte importado de nuestros vecinos del norte.

Si de aquellas tertulias hogareñas que mencionamos en un principio, tomó Espadero, en cierto modo, inclinaciones algo desmedidas por los gustos de una empalagosería abstrusa, no era entonces campo desabonado para sus inclinaciones posteriores que hacían culto, cuando interpretaba, de aquella generación finalista.

Así comprendemos que Mozart o Beethoven no fueran para él su mejor tierra para crecerse y sin embargo tomara en Rubinstein elegancia y fuego; en las obras de Gottschalk pasión y dulzura y en las cosas de Chopin que cuentan algo incomprendible, no en las obras humanas del genio polaco, hallara un raudal apropiado a su fanatismo y a su vida.

Las producciones de la lírica italiana han sido ampliamente explotadas por Espadero en aquellas selecciones y fantasías tan en boga, que unas veces “ponían dentro del piano” las romanzas del *Trovatore* o el aria de la *Lucía* con sus correspondientes paráfrasis o amontonamientos mecánicos sorprendentes. No censuramos a nuestro excelso artista, pues siempre tenemos presente que él, en medio de su candor doloroso, ha vivido fuera del mundo.

En otro orden de actividades, como profesor, Espadero ha conquistado buenos laureles; en unos casos ha formado y en los más reformado, pianistas y músicos de valer. Las lecciones de piano le fueron pagadas como a ninguno; ni Arizti que tenía larga y justificada fama, ni Gottschalk a quien se le consideraba excepcionalísimo, pudieron ganar como aquél, 10 onzas oro por una clase.

La Srta. Cecilia Arizti e Ignacio Cervantes fueron discípulos completos del maestro habanero. El último, pudo demostrar su preparación eficiente al ganar en solemnes concursos en 23 de julio de 1866, el Primer Premio del Conservatorio de París. Su triunfo interpretando—cuéntase—el Quinto Concierto de Herz le valió felicitación entusiasta del tribunal y, para el maestro, que sin

pisar Europa iba cimentando su fama de grande de la música, el aplauso unánime de los profesores y crítica parisina.

Cecilia Arizti, hija mayor de Don Fernando, que luego más tarde fuera hermana política del insigne patricio Manuel Sanguily, al casar éste con su hermana Felicia, fué tomada de nuevo por el padre, quien se consagra a completar su cultura musical, "cuya superioridad extraordinaria, andando el tiempo. pudo conocerse y admirarse en aquel concierto de Albertini en que el profesor y la niña arrancaron conmovedoras muestras de entusiasmo y simpatía". Aun agrega Sanguily, refiriéndose en este caso como en todos los comentarios mencionados, a la muerte de su suegro: "Pero él deja a modo de luminosa estela, la virtud en su casa, donde decía a menudo que tenía aprisionada la felicidad; y su alma de artista, su corazón que era un raudal de afectos y un raudal de armonías, en el alma pura y el amoroso corazón de esa joven profunda y fecundísima en la composición, y magistral como su padre, cuando recorre el piano con sus dedos de muñeca".

La Sra. Natalia Broch de Calvo, el Dr. Belot, y Gaspar Villate perfeccionaron estudios con Espadero hasta convertirse en pianistas y compositor, respectivamente, que honraron a la Patria y al maestro en Cuba y en el extranjero.

Su última discípula de perfeccionamiento fué la muy eximia intérprete Srta. Angelina Sicouret—para suerte aun entre nosotros—pianista de relevantes méritos que fué enlazada por su condiscípulo Cervantes, a su vuelta de Europa, quien la llamaba la Princesa del Piano. Angelina Sicouret aun cuenta ánimos para estudiar largas temporadas de cinco a seis horas por día y, para dar, como el que practica un sacerdocio, el pan de sus conocimientos en las tareas arduas de la enseñanza.

## El Compositor.

Nicolás Ruiz Espadero también ocupa por sus méritos un lugar preferente en la constelación de los compositores cubanos y, puede afirmarse sin dubitaciones que, su labor, comparativamente medida, no ha sido igualada ni por contemporáneos ni sucesores.

Para suerte del artista, su obra de musicógrafo es la que ha de perpetuar su memoria a través de nuestra historia artística,

pues, si, como se ha expuesto antes, tanto valer que encerraba como intérprete fué consumido en el hermetismo—como un iniciado que en sus lucubraciones oficiara misteriosamente a una deidad—de poco hubiese servido, ni siquiera para dejar el testimonio de sus méritos y virtudes en los que hubieran gozado el deleite de su arte particular.

Y, si antes, al enfocar el estudio del hombre conjeturábamos si Espadero podía ser un artista cubano o un cubano que practica el arte en su tierra, ahora, frente a su obra de posteridad, surge de nuevo en nuestro ánimo la misma interrogación dudosa y, es que, la nacionalidad en el arte no puede buscarse obstinadamente asociando la obra a la tierra originaria del autor, sino mezclando su contenido al momento, lugar y ambiente que ella representa. Y puede preguntarse si cabe en música tanta exactitud de determinación, y diremos que sí, porque, pese a las formas indefinidas de realización que encarna, no por eso el medio ejecutor puede tomarse con valor independiente, separándole del continente o factor causal—en este caso, el músico—que sirve de puente entre el motivo y sus productos. En música, el compositor representa, por decirlo gráficamente, el estado de ambiente y de época y, quien sabe—no sé si me excedo—sea mi arte el arte donde mejor puede plasmarse la humanidad o, al menos, la prolongación metapsíquica de la personalidad creadora.

La música es, entonces, con toda su fuerza colectiva, un producto emocional que busca como fin la cohesión y tiene como medio la repercusión afectiva de las masas o individuos a quienes se encamina; porque su contenido sentimental—o sea, la producida por el compositor—al traslucirse en los sistemas interpretativos, va a producir un hecho complejo de carácter psico-fisiológico, un estado de conciencia, de los que atribuyen particularidades determinadas a los objetos o causas, medios o ideas sustantivas que vienen a ser su ocasión.

Y si tomáramos por exacta e indiscutible la teoría exclusivamente fisiológica que informa para algunos individualistas el punto capital de las emociones de índole artística, fracasarían una vez más tales conjeturas, porque las reacciones intelectivas equilibran en todo estado artístico afectivo la serie de excitaciones—externas o internas—que influyen entre sí, hasta lograr una forma



representativa que en sus complejidades originales oscila entre los polos elementales del placer y el dolor.

No vamos muy lejos en esta disquisición, toda vez que, la vida y obra de nuestro ensayado, dan—dentro de la jerarquía de los elementos estéticos—una situación limítrofe, puramente personal, de las funciones psicológicas que como artista y como individuo le corresponden.

Espadero no es un tipo intermedio; es, mejor, un caso de indeterminación que reduce a la unidad personal la disciplina de una serie de actividades que, si marcharan metódicamente, determinarían la suma de factores elementales que luego integran el factor y fin primordial del arte: el factor social. Por eso, como él lo excluye, su obra artística no vendrá a coronar una evolución y, así resulta que, sin querer, aunque se afane, no deja descubrir en su producción una verdadera determinación histórica de carácter colectivo que pueda tomarse como punto disciplinario de escuela, como característica nacional o como fase precisa del momento en que se desenvuelve.

Y no hay contrasentido entre lo expuesto antes con carácter general y lo afirmado ahora; al principio apuntamos al individuo, en tesis amplia, sea músico, pintor o poeta, en una palabra, artista; en este caso, por desgracia, hay que insistir, tratamos de un factor segregado.

Espadero como compositor rompe lanzas entre los 18 y 20 años; se hechiza con los versos de Metastasio y escribe para aquellos fondos líricos, melodías fragantes llenas de juventud.

Un músico, a los veinte años, como un pintor por ejemplo, siempre tiene ambiente íntimo para concebir la voz o la mirada cándida de una amada quimérica que a lo mejor no existe en realidad pero que, sin duda, presiente el alma. ¿Y qué más realidades hemos de pedir a un artista que aquellas que idealiza y supraconcibe a través del prisma de sus emociones?

Apunta Luis Ricardo Fors en su libro sobre Louis Moreau Gottschalk que, durante una de las primeras estancias de este artista en La Habana, tenía la costumbre de visitar todas las noches una familia de la más distinguida sociedad cubana. Acompañábase cotidianamente su amigo Espadero, que como el célebre pianista, iba a aquella tertulia por exigencias del corazón. Ambos amigos tenían su respectiva novia en aquella casa.

La vieja Sociedad *Liceo* fué acogedora de sus primeros tan-teos; entre otras cosas que no menciona, recuerda el cronista reiteradamente apuntado, un *Capricho* original de Prudent, que Espadero había arreglado primorosamente a dos pianos.

Se interpretó en el Concierto ofrecido por la Sección de Música de aquella Sociedad, el miércoles 28 de Septiembre de 1853. Ocuparon en la segunda parte, el quinto número del programa, los Sres. Don Nicolás Ruiz Espadero y Don Carlos Edelmann.

En mucho tiempo, o casi en toda su producción, ese recurso instrumental es el tópicó máximo, cosa que no es rara ya que—y luego diremos por qué—Espadero ha sido un pianista-compositor.

Frecuentemente adaptaba para esos instrumentos múltiples obras que en su forma original venían compuestas para Piano; o hacía versiones, con fines destinados a la enseñanza, de algunos estudios, como por ejemplo, *Cuatro versiones sobre el estudio N° 1 de Cramer* y las *Cinco del estudio N° 2 de Chopin*. Todas ellas hechas de modo que resuelven algún caso nuevo de técnica manual o ensayan en el que las practica la destreza de los dedos o el uso del pedal.

Si como intérprete, dijimos antes, gustó de las transcripciones de la lírica italiana, como compositor no cede en sus gustos y escribe Tres Grandes Transcripciones sobre las Operas *I Puritani*, *Norma* e *Il Trovatore*.

Publica en París el editor Escudier las siguientes obras:

*Cantos del alma*, *La queja del poeta*, *Cantinelas*, *Partez, Ingrate!*, *La caída de las hojas*, *Sobre la tumba de Gottschalk* y el *Canto del esclavo*.

Autografió, en el álbum de la Srta. Arizti, su composición *Religiosa*; a la Srta. Ascensión Docio dedica un *Preludio* y *Estudio* a la Srta. Angelina Sicouret.

Entre la música manuscrita que dejó a su muerte, figuran—sin contar las composiciones menudas u ocasionales—el *Gran Vals Satánico* que tocó a dos pianos con Don Fernando Arizti, el que fué su maestro; *Quinteto Instrumental*, en forma de scherzo, el *scherzo en fa*; *Gran Sonata*, para piano; *Elegía*, violín y piano, que dedicó a Prume; *Pureza y Culma*, capricho; *Fiesta*, *Idilio* y *Drama*, a dos pianos; y su *Ave María* para soprano, coros y orquesta, interpretada en el Gran Concierto Inauguración de la Sociedad de Mú-

sica Clásica, el Domingo 4 de Marzo de 1866, cantando la Srta. Guide, acompañada por los Sres. Arizti, Bousquet, Vander-Gucht, López, Rossell, Albertini, Anckermann, Ramírez, Beltrán y el autor.

En el mismo concierto, consumieron el tercer número de la primera parte, los Sres. Espadero, Bousquet, Vander-Gucht y Ramírez, para cumplir el *Gran Trío* de Rubinstein que Espadero arregló a cuarteto.

Además se encuentra casi una veintena de *Estudios de ejecución trascendental*, para piano, que a su muerte preparaba para la edición, lo cual puede deducirse de los autógrafos, corregidos casi en su totalidad, y de los tomos encuadernados que esperaron inútiles, en blanco, la copia definitiva del maestro.

Y como caso de marcada fidelidad hacia su amigo Gottschalk, se dedicó a la recopilación y reconstrucción en su mayor parte, de las composiciones que aquel espíritu errabundo no había querido trazar por sí; teniendo que recurrir en muchas ocasiones a su memoria prodigiosa para rehacer lo que años antes había oído y al propio tiempo aprendido de la música inédita y tradicional, puede decirse, de Gottschalk.

La obra de Espadero no sólo se limita pues, a la suave melodía por la que se le conoce generalmente, el *Canto del Esclavo*, que en Cuba se oyó por primera vez hacia 1861, en las reuniones ofrecidas a la élite habanera, en casa del Sr. Onofre Morejón; interpretándolo el violinista White a quien acompañaba el autor.

El *Canto del Esclavo*, acaba de decir recientemente un articulista polifacético, “bastaría para llevar a la gloria el nombre del insigne habanero”. Creemos que el *Canto del Esclavo* dió, en momentos intensos de impresionismo histórico, cuando nuestras luchas e ideales separatistas eran candentes, todo un código de añoranzas más que de realidades.

Martí, nuestro Apóstol Libertario, alma tan lírica y sensible como la de Espadero, fué subyugado, estando en Madrid, en el destierro, por “el arpa magnífica que en la fuerza del silencio, entona un himno fúnebre a todo lo que muere”, y Rafael Montoro, viviendo en el momento de su audición unos instantes de extra-realidad, ha recordado “al conjuro de la prodigiosa melodía”, “el horizonte real, presente, tangible, el suelo de la Patria con los es-

plendores de su incomparable naturaleza y las densas sombras de sus incomparables infortunios”.

Demos pues, siquiera, por encima del valor intrínseco de la obra, el mérito circunstancial que representan los juicios sentimentales de tan nobles cubanos, para quienes aquélla fué a manera de un símbolo, porque tal vez, es la única obra de Espadero donde hay un leve sentir de patriotismo y de nacionalidad.

Los méritos pianísticos de Nicolás Ruiz Espadero fueron enjuiciados desde lejos por diversas publicaciones, de ahí que Serafín Ramírez se sorprenda porque los periódicos de España, *La Epoca* o la *España Musical* acojan cálidos aquellos valores sin haberle conocido, o, porque el periódico conservador *La Voz de Cuba* reprodujera en su número de Noviembre 3 de 1880, una biografía que fué escrita y editada en Madrid, en dicho diario *La Epoca*.

Justa indignación frente al que escribe que “Espadero es un cubano eminente, conocido por doquier, menos en esta región donde vió la luz y vive”. Por eso, como reparación necesaria que salva su patriotismo—llamémosle vicio ya que en sus pareceres mucho le cegó—reproduce extractos de los originales que hemos constatado, y que publicaron el *Diario de la Marina* en Noviembre 8 de 1866, llamándole “artista inimitable”; *La Prensa* y *El Siglo* en Mayo 6 y 7, respectivamente, del propio año, que refiriéndose a su obra *Ave María*, prodigan adjetivos para su genio y fervor.

Toda la producción autógrafa de Espadero está hoy en manos de su discípula Srta. Sicouret. Por más de cuarenta años lleva conservando celosamente los documentos valiosos del maestro, que adquirió en pública subasta, por una cantidad algo mayor de dos mil pesos; y aunque el derecho de propiedad de tales trabajos no puede extenderse, en su actual poseedora, hasta la propiedad del contenido artístico, esto es, a las obras en sí, sus cuidados extremos y los consejos fielmente seguidos, privan de que, casi toda la parte medular de la obra del insigne habanero sea conocida de la crítica, los profesionales y el público en general.

Si una gestión oficial del Estado, la Provincia o el Municipio quisiera rescatar para el dominio público lo que es hoy pa-

trimonio exclusivo, según los cálculos que hemos recogido de labios de la Srta. Sicouret, significaría un desembolso aproximado de cinco mil pesos, y esto no daría derecho a los autógrafos ya que es proyecto, en ese caso, luego de permitir las copias correspondientes, que aquellos pasen al dominio y cuidado de la Sociedad Económica de Amigos del País; la misma preclara entidad que, honrando al maestro, lo acogió en su seno nombrándole—y fué el primer músico—Socio de Honor en 1882. En su Galería de Hombres Ilustres, frente a la puerta de entrada, vemos siempre el retrato de suave mirar, del muy notable Don Nicolás Ruiz Espadero.

Y, mirando despaciosamente hacia la música compuesta por Espadero, hemos de reproducir, antes que el nuestro, los juicios que sobre ella emitieron por ejemplo *La España Musical* y que literalmente dice así: “si en obras anteriores como en *Cantinelas*, *Partez*, *Ingrate* y otras, había colocado su nombre el ilustre artista entre el de los más distinguidos compositores-pianistas de nuestra época, en las dos creaciones que a su genio debemos, ha superado si cabe, las esperanzas que en su talento teníamos, llegando a igualar a Listz y Rubinstein. *Sobre la Tumba de Gottschalk* y *La Queja del Poeta*, merecen ocupar un digno lugar entre lo mejor que para piano se haya escrito jamás”.

A veces una ponderación desmesurada perjudica más que favorece y, este juicio que tomamos por excedido, es, evidentemente, una de aquellas congratulaciones poco oportunas con que a menudo se quiso halagar el amor propio cubano, en las postrimerías coloniales.

Juiciosa y desapasionadamente medida, la obra musicográfica de Espadero se resiente y adolece—es natural—de los defectos e influencias que caracterizan a los modelos que se propuso seguir.

Si en sus obras hay grandes e innegables méritos de inventiva, en cambio, les falta esa espontaneidad y fluidez que, en el lenguaje musical como en el escrito u oral, caracterizan una ideación llana y clara, producto no sólo de una forma natural, sino de una técnica depurada, sea ésta o no racional.

Espadero no puede desembarazarse, ni aun en sus mejores obras, del complejo que producen, en el trazado de una composición, los consejos no siempre fieles del instrumento que él do-

minaba. Las composiciones de nuestro artista reflejan de cierto modo la poca libertad de acción que le caracterizó.

Apunta Ramírez que “sus inspiraciones siempre fueron dulcísimas. Mas en vez de presentarlas con su grata y espontánea sencillez las aprisionaba para retocarlas y pulirlas más y más, con la idea tal vez de alejarse de una forma que él creía rutinaria, y entrar en el idealismo de la música, estando precisamente de lleno en él ¿No hacía Espadero con sus ricas producciones lo que aquellas mujeres hermosas que por el raro capricho de corregir la naturaleza, creyéndose entonces más interesantés y avasalladoras, pierden la esbeltez del cuerpo entre mil adornos extraños, pintan y cortan la hermosa cabellera y hasta apagan los fuegos de sus ojos poniéndoles oscuras sombras en derredor?”

Continúa Ramírez: “Pues bien, esa rebuscada modulación con que él creía dar originalidad a sus obras, tan originales en sí, tan suaves y primorosas, le ha perjudicado más bien que favorecido.”

Si el comentarista es a veces excedido, no le falta razón en muchos momentos. Espadero no puede tomarse como un verdadero contrapuntista, pues su música no canta ni dialoga entre sí, más que en grandes y visibles oportunidades. Espadero, se afirma, es un gran armonista y, en efecto, a menudo produce complejos agradables o llamativos, pero, insistimos, concebidos y realizados según las posibilidades pianísticas.

Cualquiera de sus producciones puede servir como gran nudo armónico, para tejer luego sobre ella, con toda libertad, un ropaje vaporoso que le desahogue del cálido sopor que condensa.

Los *Estudios de Ejecución Trascendental*, compuestos con dificultades técnicas confesablemente monstruosas, son de una extensión y cálculo aniquilador. Se piensa que, con ciertas adaptaciones, ellos pueden servir con finalidad pedagógica “ya que superan a los similares de Rubinstein u otros autores”. Opinar en esta cuestión excedería nuestra finalidad y creemos que ello puede quedar, mejor, para una tasación técnica. De estos estudios interesan, particularmente, el escrito en el estilo “criollo,” y *El Rey Profeta*, dado este último en audición sinfónica con un arreglo para orquesta del maestro Gonzalo Roig.

En general, Espadero compositor, es un plañidero que llora sin cesar, enfrascado en su dolor. Su música quiere tener alas y quiere no ser música del mundo. Puede afirmarse que, en su vida y en sus obras, es un adalid precursor de los deshumanizantes del arte de la música. La gesta libertadora no arranca un solo acénto a su lira bien templada. Sin embargo, tiene la gloria incómensurable de haber abierto entre nosotros un camino que no se ha querido trillar.

Y pasando sus penas en la eterna soledad que le consume, Espadero va apagándose poco a poco; las dolencias del espíritu y las morbosidades del alma le enterraron en vida antes que sus fuerzas declinaran para siempre; y mezclándose las derrotas del cuerpo con las derrotas del alma, deja de existir en 30 de Agosto de 1890, luego de ocho días de cruel y lenta agonía que sucedieron a un accidente también tomado por fortuito.

Se refiere que Espadero, por costumbre o por dolencia, aplicábase fricciones alcohólicas luego del baño tibio. Tenía por costumbre calentar el agua, en el propio cuarto de baño, con un infiernillo; y, una mañana, después de friccionarse, quiso apagar el hornillo, pero su cuerpo, mal seco, fué prendido por las llamas.

Así murió aquel irascible del arte que sólo se acompañaba en sus últimos años con sus gatos y sus rarezas, acerca de lo cual escribiera jugosos juicios el filósofo Enrique José Varona.

Su tumba fué provisional, hasta que en Agosto de 1892, pasó su cuerpo, definitivamente, desde el panteón que cediera su amigo Don José Docio, al modestísimo mausoleo que hoy le guarda para siempre. Fué construído a instancias y gestiones de la comisión que integraron sus discípulos y admiradores, quienes interpretando fielmente la fraterna amistad que estrechaba a Espadero y Gottschalk, encargaron para la tumba de nuestro artista una construcción arquitectónica idéntica a la que sirve de reposo al amigo querido, en el Cementerio de Greenwood.

Rara determinación la que ha unido tan íntimamente a esos dos artistas.

Y los recuerdos del maestro, se perpetúan en la Sala de Conciertos que lleva su nombre, del Conservatorio que fundara el Sr. Hubert de Blanck y, después, en el *Conservatorio Espadero*, establecido en esta Capital por los notables pedagogos Buenaventura

Yáñez y Fernando Gómez Aday, el segundo crítico y musicógrafo de positivo valer, admirador devoto de la obra y vida del insigne Espadero y que, para desgracia irreparable del arte y letras de Cuba, fué a morir hace ya cuatro años, el mismo día, 15 de febrero, en que se cumplía el centésimo primer aniversario natal del maestro habanero.

Y sobre todos aquellos recuerdos, aun queda el de un anciano que, domingo tras domingo, en las brillantes mañanas de nuestro sol tropical, acude a la necrópolis para dejar sobre la tumba una flor y en el murmullo de sus oraciones por el alma de Nicolás Ruiz y Espadero, la flor siempreviva que no se pierde jamás.





# Indice.

	<u>Págs.</u>
Nota preliminar, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i> .....	5
Conferencias de Historia Habanera. Primera Serie: Habaneros Ilustres. Conciertos de Música Cubana .....	7
Palabras del Alcalde de La Habana, <i>Dr. Antonio Beruff Mendieta</i> , en el acto inaugural de las Conferencias de Historia Habanera .....	15
Palabras del Historiador de la Ciudad, <i>Dr. Emilio Roig de Leuchsenring</i> , en el acto inaugural de las Conferencias de Historia Habanera .....	17
Nicolás M. Escovedo, el ciego que vió claro, por <i>Emeterio S. Santovenia</i> .....	23
Pozos Dulces, el inútil vidente, por <i>José Antonio Ramos</i> ....	41
Rafael M <sup>º</sup> de Mendive, el maestro de Martí, por <i>Félix Lizaso</i> ..	75
Anselmo Suárez y Romero, el cantor de la naturaleza guajira, por <i>Manuel I. Mesa Rodríguez</i> .....	95
El compositor y pianista Nicolás Ruiz Espadero, por <i>José Luis Vidaurreta</i> .....	111

